CHURCHILL

La vida de Winston Churchill ofrece una extraordinaria diversidad. Pese a lo que pudiera pensarse, su atención no se concentró únicamente en la política, y así nos encontramos con el Churchill estadista, soldado, aventurero, periodista, historiador, orador, biógrafo, pintor...

Alan Moorehead, el autor de *Gallipoli,* realiza en esta biografía un conciso pero completo estudio de todos los matices que conforman la personalidad de quien tal vez fuera el hombre británico más importante de su época.



CHURCHILL ALAN MOOREHEAD

8

SALVAT

CHURCHILL

ALAN MOOREHEAD



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

CHURCHILL

ALAN MOOREHEAD

Prólogo

JOSE M.ª de AREILZA

Epílogo

DOUGLAS SUTHERLAND

SALVAT

Versión española de la obra original inglesa: *Churchill, and his world*, publicada por Thames and Hudson.

Traducción del inglés a cargo de Pilar Bosque Sendra.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Thames and Hudson.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8153-1.
Depósito legal: NA-963-1984
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra). 1984.
Printed in Spain

Indice



Winston Churchill (1874-1965)

Winston Leonard Spencer Churchill nació en el Palacio de Brideshead, Woodstock, el año 1874. En 1900 fue elegido diputado por el partido conservador, pasando poco después al partido liberal. Nombrado ministro en diversas ocasiones entre 1905 y 1914, su anticomunismo le llevó a enfrentamientos con el gobierno liberal, por lo que en 1924 ingresó de nuevo en el partido conservador. Durante la II Guerra Mundial sucedió a Chamberlain como primer ministro entre 1940 y 1945, y dirigió las fuerzas aliadas contra las potencias del Eje. Tras el triunfo conservador de 1951, fue nuevamente primer ministro hasta 1955, manteniendo durante esta etapa una intensa colaboración con Estados Unidos. En 1955 se retiró de la política. Churchill destacó también como escritor: varias obras históricas, su autobiografía y la concesión del premio Nobel en el año 1953 así lo acreditan. El famoso estadista murió en Londres el año 1965, a los 91 años de edad.

◀ *Sir Winston Churchill*



Churchill en Londres, en septiembre de 1939, tras una visita a Chamberlain.

Prólogo

Un estadista para Europa

por ***José María de Areilza***

"Las crisis de la carrera de Winston Churchill no fueron necesariamente las de su vida personal". Con esta frase se inicia la sintética y pictórica biografía que la pluma inteligente y sabrosa de Alain Moorehead dedica al señero estadista británico. La figura del gran político se agiganta con el paso del tiempo aunque no falten hoy día, en la propia Gran Bretaña, voces críticas y negativas. Churchill fue un hombre de incesantes y renovadas iniciativas. que en ocasiones fueron gestos espectaculares. Su temperamento le llevaba con frecuencia al enfrentamiento dramático con los adversarios. Tuvo, en efecto, ante sí, crisis numerosas, a las que se vio obligado a poner término con decisiones no siempre acertadas. Y junto a ello, era hombre que en su vida privada vivió horas de apasionada emoción sentimental. Winston Churchill era un típico producto del "establishment" victoriano, como hijo del duque de Marlborough, descendiente directo del "Mambrú" de la Guerra de Sucesión española que trajo a los Borbones al trono de Madrid. Su madre era norteamericana, hija de Mr. Jerome, hombre de negocios y deportista muy conocido. La mujer de Jerome, abuela de Churchill, descendía a su vez de los indios pieles rojas de la tribu Iroquí.

Me decía en cierta ocasión el marqués de Santa Cruz, embajador de España en Londres, que los "half-breed", o ingleses de sangre mixta, son, muchas veces, los que responden con más fervor e intransigencia a las solicitaciones del patriotismo británico en los trances supremos de la guerra o de la defensa de la patria. Churchill es un ejemplo relevante de esta característica reacción.

Su sangre juvenil le pedía aventuras castrenses, luchas políticas y sociales. Dejó la iniciada carrera universitaria por la Academia militar de Sandhurst, de la que salió con el grado de teniente de Caballería. Una de sus más sonadas actuaciones, que llamó la atención de la opinión pública, fue la de acudir como corresponsal de prensa, acreditado ante el Estado Mayor español en la guerra contra los insurgentes de Cuba. Asistió, entre

otras acciones, a la de Camagüey en Diciembre de 1895, en la que una columna mandada por los generales Suárez Valdés y Navarro logró derrotar a las tropas "rebeldes" de Maceo y de Gómez. El teniente Churchill enviaba sus crónicas al Daily Graphic bajo seudónimo, pero al regresar a Londres, vía Nueva York, hizo unas declaraciones a la prensa norteamericana en las que encomiaba el valor y la impávida serenidad del soldado español en combate, comparándolos con los legionarios del Imperio romano. El mando español condecoró al teniente Churchill con la cruz del mérito militar con distintivo rojo.

Su entrada en la política y en el Parlamento le dio rápidamente acceso a los centros vitales del Imperio, entre los que el Almirantazgo se presentaba, quizá, como el más neurálgico y decisivo. Se reveló desde 1911 como un renovador y modernizador de la flota de combate. La gran guerra del 14 le tuvo como primer lord del mar, hasta 1915 en que hubo de dimitir por el grave fracaso de los Dardanelos. Pero su combatividad le llevó entonces al frente francés, donde inspiró la puesta en práctica de la masiva intervención de los carros blindadas en la táctica de la Infantería. En 1917 volvió a Londres a formar parte del gabinete que llevó a la Gran Bretaña, junto a los aliados, a la victoria final sobre el Káiser Guillermo II.

La gran hora de Churchill no le llegaría, sin embargo, hasta doce años después de la paz de Versalles. Su independencia de juicio, sus intemperancias de carácter y ciertas condescendencias que caían mal en los sectores más reaccionarios del "establishment", le habían alejado de los niveles decisorios del partido conservador. Chamberlain había sucedido a Baldwin como primer ministro y nadie pensaba que Churchill tenía ante sí un porvenir político importante. Frisaba la sesentena y era un personaje respetado. Pero eso era todo. Había sido además el único valedor que, en la clase política, tuvo Eduardo VIII en la crisis sentimental que le costó la abdicación.

Pero mientras tanto, en Europa, soplaban ya los vientos de la violencia y de la guerra. Empezaba la hora ascensional de Hitler con su fulgurante cortejo de golpes de efecto, rearme espectacular, anexión de Austria, problemas de los sudetes y tensión germano-polaca. Chamberlain, apóstol de "la paz a cualquier precio", acudía a Munich para aceptar las condiciones del dictador nazi. Churchill denunció en el Parlamento, violentamente, esa política entreguista y pidió con urgencia una drástica reorganización de la industria aeronáutica, capaz de contrapesar el

patética desequilibrio existente entre las aviaciones alemana y británica. Al estallar, en 1939, la II Guerra Mundial, Churchill fue nombrado otra vez lord del Almirantazgo en el gabinete, y, al poco tiempo, jefe de gobierno. Llegaba para él la ocasión histórica excepcional que vincularía, para siempre, su nombre a la causa de la libertad en Europa.

¿Cuál fue en esencia el gesto de Winston Churchill, aquél por el que será recordado a lo largo de muchas generaciones? En un momento de total abatimiento y derrota militar aliada, con la desastrosa retirada de Dunkerque y los bombardeos intensivos alemanes sobre Londres, Winston Churchill comprendió que existía en la civilización de Occidente un último recurso, un fundamento moral basado en el principio de la libertad del hombre, que pese a tergiversaciones, desvíos y contradicciones, tenía aún vigencia suficiente para servir de aglutinante frente al despotismo nazi, basado en la fuerza bruta. Y que este ingrediente ético serviría de levadura capaz de hacer fermentar poco a poco la masa de los pueblos recién sometidos por los ejércitos del Tercer Reich, para alzarse en su día contra el ocupante. Decidió entonces, prácticamente solo y después de la capitulación de Francia, continuar la guerra contra el Tercer Reich.

Fue una loca aventura desde el punto de vista de las probabilidades militares. Ni siquiera los Estados Unidos, que pocos meses después se verían metidos de lleno en la empresa bélica conjunta, creían, en 1940, que Inglaterra, aislada, aguantaría el huracán militar nacional-socialista. Pero el espíritu churchilliano de resistencia a ultranza, de luchar hasta el último hombre, de convertir las ciudades y los campos, las aldeas y las playas del Reino Unido en trincheras defensivas contra el despotismo racista de los hornos crematorios y de los campos de concentración presididos por la cruz gamada que asomaba al otro lado del Canal, pudo finalmente más que la aplastante superioridad numérica del adversario. La batalla aérea de la Gran Bretaña duró pocas semanas, pero fue definitiva y terminó con la victoria inglesa. "Nunca tantos debieron tanto a tan pocos", fue su juicio histórico sobre el sacrificio de los heroicos aviadores británicos. Pero esos "pocos" debieron su triunfo a Winston Churchill, que les inculcó ejemplarmente una moral de victoria basada en el heroísmo y en el sacrificio supremo de la vida.

La guerra iba a durar cuatro años largos todavía, implicando a la Unión Soviética y al Japón y a los países balcánicos y al Norte de Africa. Pero no es hiperbólico decir que el gesto de

Churchill, deteniendo con la resistencia británica a Hitler en su desenfrenada carrera, fue el punto de inflexión del conflicto. A pesar de las fulgurantes victorias del Reich en Rusia y en Yugoslavia, en Gran Bretaña y en Libia, Alemania perdió la guerra, al fracasar el "blitzkrieg" sobre Inglaterra y demostrarse la impavidez estoica del pueblo inglés y el coraje de sus guerreros del aire, escasos en número, cortos en material, pero convencidos de que no sólo defendían a su patria amenazada sino que luchaban, también, por un concepto del hombre y de la convivencia civilizada que tenía resonancias universales y que el político conservador supo formular en términos insuperables de gran resonancia.

Churchill llevó sobre sus espaldas la responsabilidad compartida de la guerra juntamente con sus grandes aliados, norteamericanos, rusos y chinos, y también con su difícil camarada, Charles de Gaulle, al que respetaba y temía a un mismo tiempo por su hierática altivez y su clarividente desenfado. Muchas de las decisiones militares y políticas de los aliados en ese gran conflicto son hoy discutidas por los historiadores y los especialistas como erróneas o innecesarias o contradictorias, y algunas, de tipo secreto, como las de Yalta, fueron seguramente funestas para el porvenir de Europa y Occidente y, en buena parte, hicieron posible la instalación soviética en el corazón del viejo continente. En la biografía churchilliana hay, por esas y otras razones, un aspecto negativo indiscutible. Pero la grandeza del personaje sigue incólume, como la del hombre de Estado europeo que, en 1940, desafió al dictador prepotente al que nadie osaba, en el momento culminante de su poderío, contradecir y menos contraatacarle con furia incontenible y ánimo de lograr su total destrucción y aniquilamiento.

La paz aumentó el prestigio personal del viejo luchador en su país. Pero, anegado en el laberinto de las luchas partidistas interiores, perdió, durante los seis años siguientes al término de la guerra, el favor del electorado británico, lo que le causó sinsabores y amarguras. Tuvo en esos años, sin embargo, rasgos de gran inspiración intuitiva cuando en la Universidad estadounidense de Fulton definió, en 1946, "el telón de acero" como frontera de un área geográfica dentro de la cual existía una sociedad cerrada, a la que el sistema totalitario staliniano imponía los mismos métodos de gobierno que el hitlerismo vencido. La definición del "telón de acero" no fue sólo una metáfora brillante que golpeó la imaginación de los países occidentales, sino también una pública rectificación de las decisiones de Yalta, que condicionaron los límites y fronteras de las naciones de libertad y que habían sido burdamente atropellados por el expansionamiento de Stalin. Puede decirse que el discurso de Fulton señaló el comienzo dialéctico de la guerra fría, cuyas últimas consecuencias llegan hasta nuestros días.

Poco después, en Zurich, levantó su voz en memorable discurso en que propugnó la reconciliación francoalemana como base de la unificación europea, que juzgaba indispensable para hacer frente al peligro común. El discurso de Churchill en Zurich tuvo mayor repercusión constructiva que el de Fulton. Frente a una Europa en gran parte arruinada y falta de ilusión colectiva, el político británico lanzó la idea de los "Estados Unidos de Europa" que, ya en 1929, Arístides Briand y Stresseman habían propuesto a la Asamblea de la Sociedad de Naciones, en Ginebra. Aquella iniciativa, acogida al comienzo con entusiasmo, fracasó ante los nacionalismos encrespados que se iban preparando para la II Guerra Mundial. Churchill tuvo la audacia de proponer en 1946 la misma idea, subrayando que solo en un europeísmo bien entendido podían encontrar los pueblos del viejo continente una solución adecuada para sus problemas y un horizonte para su porvenir. Pocos creían que un hombre que había encarnado el patriotismo británico con tal denuedo y tenacidad iba a ser menos que el portavoz de la idea de una Europa federada para evitar que con ello se volviesen a encender guerras europeas entre las naciones del viejo continente.

El discurso de Churchill tuvo un eco considerable entre vencedores y vencidos. Dos años más tarde, en 1948, se celebró, como consecuencia de este llamamiento, una gran reunión en La Haya, el llamado "Congreso europeo", al que concurrieron cerca de mil representantes del europeísmo para tratar de convertir en institución colectiva lo que el viejo luchador había expuesto como iniciativa personal. Después de unas apasionantes jornadas, los congresistas de La Haya redactaron unas conclusiones. Y un año más tarde, en mayo de 1949, se fundaba el Consejo de Europa, la primera de las instituciones europeas de la posguerra. La imagen y el recuerdo del estadista inglés se hallan presentes en el Palais de l'Europe de Estrasburgo como tributo perenne a la figura de quien puede con justeza llamarse un "anticipador" de la construcción europea, que aún no se ha consumado.

La mente flexible e imaginativa de Churchill se hallaba siempre grávida de futuro. Hay que considerarlo junto a Schumann,

Adenauer, De Gasperi, Mannet y Madariaga como uno de los "padres" de la Europa actual.

Escribió asimismo Winston Churchill libras de historia y "memorias" personales, hasta alcanzar en 1953 el premio Nobel de literatura, en justa recompensa a su magistral dominio y manejo de la lengua inglesa, clave de sus éxitos oratorios. Estando yo en los Estados Unidos, llegó Churchill a fines de la década de los años 50 en breve visita privada cuando ya había abandonado la jefatura del Gobierno y del Partido Conservadar en manos de Anthony Eden. En Washington se organizaron varias recepciones, comidas y homenajes en honor de quien llevaba la sangre materna de los Jerome, de rancio abolengo neayorquino. Le oí hablar al término de un banquete. Tenía entonces ochenta y un años recién cumplidas, y todavía campeaba en su porte un gesta de animal de presa, dispuesto a saltar sobre sus víctimas. Sentábase junto a mí un senador demócrata americano que gozaba de fama de orador de incisiva enjundia y garra popular. Escuchaba absarto al viejo premier, que era ya un trozo de historia superviviente. Al término del brindis, me dijo: "Es un maestro y habla una lengua distinta de la nuestra. Mis discursos, junto a él, no son sino balbuceos". Pero añadió: "Claro que lo lleva todo escrito y memorizado hasta en las pausas y en las frases de humar que parecen improvisadas". Así ocurría también con De Gaulle, minuciosa redactar de sus famosas oraciones políticas, en cuyo masaico introducía neolagismos o arcaísmos franceses para deleite suyo y trabajo subsiguiente para sus críticos.

¿Fue Churchill un gran hombre o un gran inglés? Salvador de Madariaga, en un par de artículos admirables que le dedicó a su muerte, escribió que para ser lo primero le faltó, acaso, humanidad. Pero Napoleón decía que el gran hombre se produce en la historia cuando coinciden las circunstancias excepcionales con un carácter excepcional. Y ése creo que fue el caso de Winstan Churchill.

Churchill contemplando las montañas del Atlas, durante unas vacaciones en Asni, Marruecos. ▶



1. Churchill, un hombre de crisis

Puede que las crisis existentes en la carrera de Winston Churchill, y por las que mejor se le conoce, no fuesen las auténticas crisis de su vida. En su juventud toda Inglaterra le conocía gracias a sus hazañas en la guerra de los bóers, y sin embargo es muy probable que el cenit de su carrera militar lo alcanzase dos años antes, durante la carga del 21.º de Lanceros, en Omdurman, o incluso en algún incidente desconocido ocurrido en Sandhurst. Antes de la I Guerra Mundial, siendo un joven político, era famoso por su franco imperialismo; no obstante, puede que su gran experiencia en el Parlamento ocurriera el día en que, con sólo tres meses de asistencia al mismo, pronunció un notable discurso contra el rearme de Gran Bretaña. Posteriormente, en 1915, su nombre estuvo unido, injustamente, con el fracaso de la campaña de Gallípoli, señalándosele con oculto regocijo como otro joven brillante y presumido que había llegado demasiado lejos muy rápidamente. Pero, para el mismo Churchill, el auténtico revés en aquel momento tal vez no fuera el fracaso de un plan en el que había puesto su afán, sino su propia incapacidad para movilizar el recalcitrante y tozudo conservadurismo inglés personificado en el almirante Gisher y en lord Kitchener.

La vida durante sus treinta, cuarenta y cincuenta años siguió igual: una serie de actos públicos le daban una reputación de impresionante extravagancia al tiempo que le hacían el centro de controversias, mientras que sus conflictos internos seguían siempre ocultos. Puede que la pérdida del poder en 1945 le conmoviese más que la adquisición del mismo durante la Batalla de Inglaterra, o incluso que fuese más amargo el tener que hundir la flota francesa anclada en Orán que toda la hostilidad que halló en Rusia.

Además de estas crisis, tanto las privadas como las públicas, aún quedan otras conmociones, de naturaleza muy personal y emocional, que nadie más podrá comprender o sentir. Por ejemplo, ¿quién puede saber lo que Churchill pensó ante el na-

ARBOL GENEALOGICO DE LA FAMILIA CHURCHILL

John Churchill
c.
Sarah Winston

Sir Winston Churchill
c.
Elizabeth Drake

John Churchill
1.er duque de Marlborough
1650-1722
c.
Sarah Jennings

Henrietta,
duquesa de Marlborough
1681-1733

Ann
2.ª hija del
1.er duque
de Marlborough

= Charles Spencer
3.er Earl de Sunde[rland]
1674-1722

3.er duque de Marlborough

4.º duque de Marlborough

5.º duque de Marlborough

6.º duque de Marlborough

7.º duque de Marlborough

Mehitabel Beach
India iroquesa
= Sr. Hall

Ambrose Hall

Leonard Jerome = Clara Hall

8.º duque de Marlborough
1844-1892

Lord Randolph Churchill, M. P.
1849-1895
= Jennie Jerome

9.º duque de Marlborough
1871-1934

Sir Winston Spencer Churchill
1874-1965
c.
Clementine Hozier

John Churc[hill]
1880-1947
c.
Lady Gwendeline Be[rtie]

10.º duque de Marlborough

Diana 1909-1963
c.
(i) John Bailey
(ii) Duncan Sandys

Randolph
1911-1968
c.
(i) Pamela Digby
(ii) June Osborne

Sarah
1914
c.
(i) Vic Oliver
(ii) Anthony Beauchamp
(iii) Thomas Tuchet-Jesson
23.º barón Audley

Marigold Frances
1918-1921

Mary
1922
c.
Capitán
Christopher Soames

Clarissa Chur[chill]
c.
Sir Anthon[y] Ede[n]
1.er Earl de Av[on]



Blenheim Palace, cerca de Woodstock, en Oxford, lugar donde nació Winston Churchill. Fue construido por sir John Vanbrugh para John Churchill (1650-1722), primer duque de Marlborough.

cimiento de su tercera hija, Marigold, en el momento justo en que las campanas celebraban la victoria de noviembre de 1918, o lo que sintió tres años después ante la muerte de la criatura, cuando estaba intentando poner fin a una guerra civil en Irlanda?

Europa se acostumbró a vivir con Churchill durante tantos años, que le resultaba tan familiar como el director de la escuela o el capitán del barco durante un largo crucero. Se conocía todo sobre su pintura, albañilería y sombreros; pero sus sentimientos más íntimos nunca se descubrirán en sus discursos, ni en las innumerables fotografías, ni siquiera en las lágrimas derramadas por una victoria o una conmemoración.

Y aún hay que tener en cuenta otro hecho; en la vida de un hombre que alcanzó a una avanzada edad y que ha permanecido ante la opinión pública, lo que cuenta es la última etapa. Se olvida cómo inició la carrera y las incertidumbres intermedias, mientras permanece encerrado en su reputación de anciano famoso: lo que se recuerda son los últimos diez o quince años. Hasta que no haya pasado un largo periodo desde su desaparición nadie lo volverá a ver joven: delgado, activo, deseando prosperar, propenso a cometer errores de juicio sin fin y no muy respetable. Sin embargo, si queremos conseguir un entendimiento real de un hombre excepcional (en especial, una excepción tan espontánea como fue Churchill durante el desconocido periodo de sus últimos ochenta años), debemos volver al comienzo e intentar caminar, junto a él, en otro siglo; debemos experimentar, de forma indirecta, su vida en los aspectos privados y públicos como si todos esos años aún estuviesen por venir.

La historia, por lo tanto, se debe iniciar en el agradable entorno de las regatas de Cowes, en 1873. La señora de Leonard Jerome, americana residente en París, había ido a Inglaterra con su hija Jennie. Lord Randolph Churchill, tercer hijo del séptimo duque de Marlborough, llegó procedente de Blenheim Palace. No era el asediado y envejecido diputado que intervino en la Cámara de los Comunes en los siguientes años 80, sino un joven de veinticuatro años en vacaciones. Jennie Jerome tenía diecinueve años y era una gran belleza. Según todos los relatos, el encuentro en un baile a bordo del crucero *Ariadne* fue algo idílico. A los tres días estaban comprometidos en secreto, y lord Randolph escribía a su padre: «La amo más que a la misma vida», y continuaba: «El señor Jerome es un caballero que tiene que vivir en Nueva York para dirigir sus negocios. No sé cuáles son.»

2. «Un periodo estéril e infeliz»

De hecho, Leonard Jerome era un notable personaje, de gran importancia en el mundo financiero y periodístico y uno de los hombres que establecieron las carreras automovilísticas deportivas en América. Cuando descubrió que el duque de Marlborough ponía objeciones al matrimonio con la excusa de que era demasiado precipitado, no le agradó mucho y retiró su consentimiento. No obstante, al final, la boda tuvo lugar en la em-

Nº. 28,176.

BIRTHS.

On the 30th Nov., at Blenheim Palace, the Lady RANDOLPH CHURCHILL, prematurely, of a son.

On the 7th Oct., at Rangoon, the wife of HALKETT F. JACKSON, Esq., Lieut. and Adjutant 67th Regt., of a daughter.

On the 20th Oct., at Bombay, the wife of Capt. G. W. OLDHAM, R.E., of a son.

On the 27th Oct., at Ranchi, Chota Nagpore, the wife of Capt. NINIAN LOWIS, B.S.C., Assistant Commissioner, of a daughter.

On the 6th Nov., 1874, at Belgaum, India, the wife of J. CHARLES M. PIGOTT, Esq., Lieut. 66th Regt., of a daughter.

On the 20th Nov., at Marlborough-terrace, Roath, Cardiff, the wife of THOMAS J. ALLEN, of a daughter.

On the 21st Nov., the wife of POYNTZ WRIGHT, M.R.C.S.E., of a daughter.

On the 22d Nov., at South-hill-park, Hampstead, the wife of ALBERT STRAUBE, of a son.

On the 26th Nov., at Wolfang, Queensland, Australia, the wife of HENRY DE SATGÉ, Esq., of a son.

On the 27th Nov., at Wolverton House, Bucks, the wife of SPENCER R. HARRISON, Esq., of a daughter.

La noticia del nacimiento de Winston Leonard Spencer Churchill, en The Times, *el día 3 de diciembre de 1874.*



BBC Hulton Picture Library

Keystone

Los padres de Churchill: lord Randolph Churchill (1849-1895), ministro de Hacienda en 1886, y lady Randolph Churchill, de soltera Jennie Jerome.

bajada de Inglaterra en París, el día 15 de abril de 1874. En el mes de noviembre siguiente, lady Randolph Churchill se hallaba en Blenheim con su marido cuando, de repente, se iniciaron los dolores de parto. Según una versión, en ese momento se encontraban de paseo en coche; según otra, asistían al baile del Día de San Andrés en el palacio. En cualquier caso parece que sólo hubo tiempo para llevarla a un pequeño guardarropa, cercano a la puerta principal, en el que Winston Churchill nació seis semanas antes de lo previsto. La criatura era pelirroja.

La mayor parte de los dieciocho años siguientes constituye una extraña y fría historia de infelicidad, o por lo menos de inadaptación, en medio de la abundancia. El niño recibió la instrucción normal de la clase alta victoriana, pero no sacó ningún provecho de la misma. Lord Randolph se encontró muy pronto engullido por la política, y el niño a veces no le veía durante meses seguidos; al mismo tiempo, su madre era la adorada y remota figura que por la noche le visitaba antes de ir a cenar. Por lo tanto, el cariño inmediato de Winston se depositó en gran parte en la niñera, la señora Everest, con tal intensidad que años después portaría su retrato, y siempre hablaría de ella con expresión de sencilla y sincera felicidad.

No se le permitió permanecer por mucho tiempo con la señora Everest. A los siete años se le envió a un internado en el sur de Inglaterra que, aunque a otros parecía un lugar totalmente respetable, Churchill odió. Años después lo recordaría como un horrible establecimiento dickensiano, donde se golpeaba a los muchachos hasta que gritaban. Durante dos años languideció en el último puesto de la clase, hasta que por fin la familia se dio cuenta de que había algo que iba mal y le sacó de allí. A continuación, asistió durante tres años, en Brighton, a una escuela dirigida por dos señoras; era más agradable, pero le enseñó bastante poco. Finalmente contrajo una pulmonía doble (la única enfermedad que parece haber molestado a Churchill en su larga vida); en consecuencia, se decidió que no ingresara en Eton, que tradicionalmente había sido la escuela de la familia, sino en Harrow, debido a su situación sobre una colina sin humedad y tonificante.

El pequeño Winston con su madre, en 1876, y a los siete años de edad.



Collection Press



BBC Hulton Picture Library



BBC Hulton Picture Library

Winston a los quince años, colegial en Harrow School.

La vieja clase de cuarto curso en Harrow. «Este interludio en la escuela —escribió Churchill— constituye un oscuro parche en el mapa de mis viajes. Me supuso un sin fin de preocupaciones.»

Harrow no supuso ninguna mejora; los resultados obtenidos en el examen de ingreso fueron tan desastrosos que se puede sospechar que se le aceptó debido, en gran parte, al nombre paterno. El latín y el griego se encontraban fuera de su alcance, así que mucho tiempo después de que sus más brillantes contemporáneos se hallasen en las clases superiores, Churchill se encontraba entre los más atrasados aprendiendo una y otra vez los rudimentos básicos de la lengua inglesa. A pesar de que se defendía muy bien en cualquier deporte que tuviera un objetivo práctico, como la esgrima y la natación, no hizo ningún progreso en cricket o fútbol; ni tampoco fue muy popular entre sus compañeros. Sin embargo, parece que nada de esto consiguió desalentarle por mucho tiempo; por el contrario, en los cuatro años y medio que permaneció en Harrow desarrolló un espíritu agresivo y, a veces, arrogante.

Sólo en un aspecto era Churchill un muchacho original. Muy pronto presentó una facilidad y confianza excepcionales en el



J. H. Stone

La Real Escuela Militar de Sandhurst, en 1881.



BBC Hulton Picture Library

uso de la palabra, lo que se unia a una extraordinaria memoria. Se decía que era capaz de recitar de memoria 1.200 líneas de *Lays of Ancient Rome*, de Macaulay, cuando aún se encontraba en los primeros cursos. Años después le agradecería a Harrow la buena base que le había proporcionado en la lengua inglesa.

En realidad fue otro hecho el que decidió su futuro. Desesperando de que pudiese hacer grandes progresos en alguna carrera de estudio, lord Randolph recordó que el muchacho siempre había sentido pasión por los soldados de plomo (había llegado a juntar 1.500 en su habitación de juegos), y se decidió que había que enviarlo a Sandhurst. Por lo menos allí tendría que ser capaz de obtener una calificación adecuada para ingresar como cadete de Infantería. Pero incluso esto parecía estar fuera del alcance del muchacho; realizó dos infructuosos intentos para aprobar el examen de ingreso y, después de un cursillo intensivo de seis meses con un profesor en Cromwell Road en Londres, consiguió aprobar por los pelos en Caballería, donde los requisitos eran algo menores, sobre todo porque muy pocos candidatos podían desembolsar el dinero necesario para los caballos y el equipo. En medio de esto aún sobrevino otro revés: jugando con otros compañeros en el jardín de lady Wimborne en Bournmouth, Churchill saltó de un puente a un árbol, perdió su asidero y cayó a un barranco unos nueve metros más abajo. Durante tres días yació inconsciente y luego pasó tres meses en la cama. Churchill escribiría más tarde: «Durante un año vi la vida al otro lado de la esquina», y recordaría la escuela como «el único periodo de mi vida estéril e infeliz». Ya tenía diecisiete años, y casi nada le había ido bien desde el momento en que dejara a la señora Everest y la guardería.

Nadie, ni siquiera el mismo Churchill, ha explicado del todo el cambio que experimentó en 1892. Tal vez fuera tan sólo el sentirse libre de las odiosas restricciones de la escuela, el vigor de



Churchill, a los diecinueve años de edad, con dos compañeros cadetes de Sandhurst, en 1894.

Thames and Hudson

THE INSURRECTION IN CUBA.

LIEUTENANT CHURCHILL ON THE SPANISH OPERATIONS.

(CENTRAL NEWS TELEGRAM.)

NEW YORK, Saturday.—The *World*, with the object of placing the impartial opinions of a well-informed person before the public on the subject of the Spanish operations in Cuba, publishes a communication from Lieutenant Spencer Churchill, of the 4th Hussars, who recently greatly distinguished himself in the battle near Camaguay. This officer says that crossing the boundary of Puerto Principe in the search for Maceo along most difficult routes, the ways being flooded and the heat almost insupportable and skirmishing constantly happening, the Spanish encountered Gomez and Maceo on December 2nd near the Reforma plantation. An important battle was fought. The field of battle was open, and extended about half a mile, being flanked by forests, while the enemy was hidden in fields overgrown with underwood, their rearguard being on the edge of a forest. The Spanish infantry advanced calmly to within thirty yards of the strong position to which the enemy's wings had been driven in and then charging, carried it. Of the Spaniards General Suarez Valdes, who, riding a white horse, marshalled the infantry, presented an excellent mark for the enemy's bullets. General Navarro, who commissioned the advance guard, skilfully handled his men on the rising ground, and the insurgents' firing badly sent their hail of bullets over the heads of the staff where he (the lieutenant) was. The losses of the Spaniards would have been far heavier if the aim of the rebels had been better, because the troops were marching in close order on an open stretch of country towards formidable protected positions. Lieutenant Churchill says he felt extremely impressed in observing the valour and even the unconcern of the Spanish troops. They laughed and sang under a sustained fire, and their perfect discipline was alone comparable to that of the Roman soldiery. The troops subsequently returned to Cienfuegos. In conclusion, Lieutenant Churchill asserts that the methods of warfare in vogue among European armies are impracticable in Cuba.

MADRID, Saturday.—A Havana despatch to the *Imparcial* says that the military Red Cross has been accorded to Lieutenants Spencer Churchill and Barnes for gallant behaviour at the recent victory gained by General Suarez Valdes.

El Daily Graphic *de Londres publicó el 9 de diciembre de 1895 una entrevista con el teniente Churchill, obtenida en Nueva York a su llegada de la guerra de Cuba. Las primeras informaciones de Churchill como corresponsal de guerra aparecieron precisamente, de forma anónima, en este periódico.*

la nueva vida al aire libre, las bandas, los uniformes, el mismo influjo retrasado de la adolescencia (o quizá fuese la combinación de todas estas cosas), pero desde ese momento todo lo que antes le resultaba difícil se convirtió en fácil y agradable. Es casi como si su vida hubiese estado esperando, al igual que una semilla, ese momento especial de la fertilización. Disfrutaba con todo en Sandhurst, con los paseos tempraneros a caballo, las maniobras, las cenas de oficiales y la caza. Fue a Londres y se metió en una pelea en un teatro de variedades; de permiso en casa de su padre en Connaught Place conoció a los principales políticos de la época. Y a los dos años se graduó el octavo de entre un grupo de ciento cincuenta cadetes.

Poco tiempo después se le destinó al 4.º Regimiento de Húsares. Churchill consiguió permiso para visitar las fuerzas expe-



Churchill, a los veintiún años, desfila vistiendo el uniforme de gala de los Húsares de la Reina.

dicionarias españolas que luchaban contra una rebelión en Cuba, y partió con un joven compañero del regimiento con rumbo a Nueva York y La Habana. En el día de su vigésimo primer cumpleaños, el 30 de noviembre de 1895, sufrió el bautizo de fuego en la selva, en las afueras de Arroyo Blanco. Vistiendo el uniforme inglés, se sentaba muy erguido en su caballo mientras las balas silbaban a su alrededor, con lo que una nueva etapa en la búsqueda de sí mismo pasó adelante. En aquella época muy pocos oficiales británicos jóvenes habían estado bajo fuego enemigo, y uno se imagina que regresó a Inglaterra, lleno de alegría, para disfrutar unas agradables vacaciones de seis meses de duración. En el otoño zarpó con su regimiento rumbo a la India.

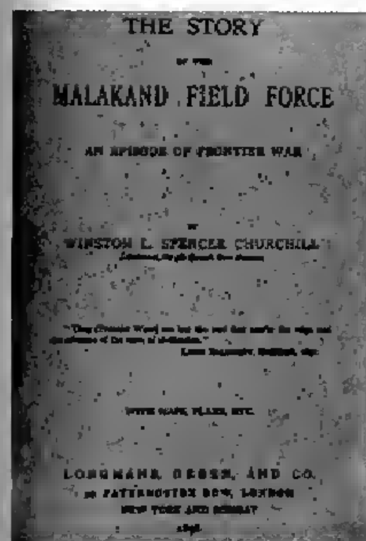
Puede que todavía fuese posible, en 1960, comprender la amplitud y la seguridad de las grandes casas de la Inglaterra victoriana, así como las vidas de los privilegiados jóvenes que, como Churchill, se movían en un pequeño círculo entre Westminster y los cotos de caza, conociendo a todos los personajes importantes y con algún pariente o conocido en un cargo oficial. Pero el Ejército inglés de la India, surgido de la sociedad victoriana, tenía un ambiente más difícil de captar, y en el que hasta Kipling fue un intruso. Presentaba una tradición entre romana y de internado, y ofrecía a un joven oficial de Caballería deleites que no es fácil que vuelvan a existir. Winston tenía casa propia, con mayordomo, sirvientes y mozo de cuadras. La familia le pasaba una asignación de cuatrocientas o quinientas libras esterlinas al año, además de su paga; y si no era suficiente, siempre quedaban los prestamistas nativos en el poblado.

En un regimiento realmente entusiasta se jugaba al polo, no como deporte sino como si fuera el propósito mismo de la vida, siendo las restantes actividades, hasta el trabajo, simples interrupciones del entrenamiento necesario con vistas al inevitable certamen interregimental que se celebraría en un futuro. Lo interesante de Churchill no es que se acostumbrase a esta vida al instante y que triunfase en ella (fue uno de los mejores jinetes del regimiento), sino que, amándola tanto, comenzase tan pronto a renunciar a ella. Los húsares estaban acampados en Bangalore, a unos novecientos metros sobre el nivel del mar, en el tranquilo y pacífico sur de la India; tras unos cuantos meses, Churchill empezó a estar intranquilo. En la frontera del noroeste, a unos 3.200 kilómetros de distancia, se estaba luchando, y consiguió que le destinasen allí con tiempo para poder participar en una seria escaramuza con las tribus. Lo que importaba era el honor y la gloria, y estaba decidido a conquistarlos.

3. Oficial, corresponsal de guerra, diputado y ministro

Quizá todo esto no rompiese la pauta que seguía su vida hasta ese momento, pero muy pronto se inició algo mucho más importante: a la edad de veintidós años, por primera vez, comenzó a dedicarse a leer. La influencia de estos estudios alteró el curso de su vida; en ese momento empezó realmente a dejar atrás a sus contemporáneos. Leía como lo hace una mente hambrienta y cuando no existe un objetivo específico o un examen en perspectiva, sino tan sólo una subyugante concentración en el tema; no hay duda de que tras tantos años de aridez intelectual pudo aprender con un ritmo sorprendente. En Bangalore, durante los cuatro o cinco horas de calor diurnas en las que sus compañeros dormían o jugaban al *whist*, él primero leyó a Gibbon y a Macaulay, y luego avanzó con todas sus fuerzas sobre Schopenhauer, Darwin, Platón y Aristóteles. Las inevitables reacciones se sucedieron: pesar por la falta de una preparación universitaria, resentimiento porque la enseñanza de la escuela le hubiese limitado tanto o incluso le hubiese engañado, y por último, bajo la influencia de obras tales como *Martyrdom of Man*, de Winwood Reade, las primeras dudas sobre religión. Durante un tiempo pasó por una «violenta y agresiva fase antirreligiosa», que se corrigió, dijo, en días posteriores con el frecuente contacto con el peligro físico. Llegó a una solución que, como dice la señorita Virginia Cowles en su estudio sobre Churchill, casi era femenina: creería lo que deseaba creer. *Le coeur a ses raisons, que la raison ne connaît pas.* . Parece que Churchill continuó igual hasta el último día.

Mientras tanto había comenzado su propia tarea como escritor. Cuando se encontraba con las fuerzas de la frontera del noroeste había enviado una serie de comunicados que se publicaron en el *Pioneer* de Allahabad y en el *Daily Telegraph* londinense, y con los que estructuró su primer libro, *Story of the Malakand Field Force*, publicado en 1898. Luego, en el espacio de dos meses y bajo los ojos de sus compañeros oficiales, compuso



THE STORY

OF THE

MALAKAND FIELD FORCE

AN EPISODE OF FRONTIER WAR

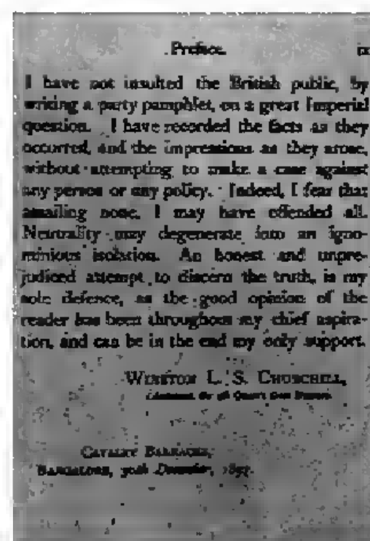
BY

WINSTON L. SPENCER CHURCHILL

WITH MAPS, PLANS, ETC.

LONGMANS, GREEN, AND CO.

NEW YORK AND BOMBAY



Preface. ix

I have not insulted the British public, by writing a party pamphlet, on a great Imperial question. I have recorded the facts as they occurred, and the impressions as they arose, without attempting to make a case against any person or any policy. Indeed, I fear that assailing none, I may have offended all. Neutrality may degenerate into an ignominious isolation. An honest and unprejudiced attempt to discern the truth, is my sole defence, as the good opinion of the reader has been throughout my chief aspiration, and can be in the end my only support.

WINSTON L. S. CHURCHILL,

CAVALRY BARRACKS,

«Decidí construirme una pequeña morada literaria». Portada y prefacio del primer libro de Churchill, escrito en Bangalore, a los veintitrés años. En él ya se vislumbra al futuro historiador de guerra.

Savrola, su primera y única novela, cuya acción se sitúa en una república ficticia y romántica, y cuyo clímax lo constituye el relato de la aventura de una flota naval que fuerza un estrecho no muy diferente al de los Dardanelos. Un vistazo a cualquiera de estas dos obras pone en claro que bajo el estilo imitativo se halla un escritor profesional. Los comunicados de guerra fueron muy comentados, y *Savrola*, al principio publicada en capítulos en el *Macmillan's Magazine* y en forma de libro en 1900, le produjo la suma, sorprendentemente importante, de setecientas libras esterlinas.

En 1897 Churchill aún tenía por delante tres años de vida militar muy activa; años que le convertirían en una figura pública, haciendo su nombre famoso en el mundo. El general sir Herbert Kitcheer se hallaba en Egipto, preparando una expedición con la que subir por el valle del Nilo y atacar el califato de Sudán, vengando así la muerte del general Gordon. Desde el instante en que Churchill oyó estos planes le fue intolerable permanecer en la pacífica vida del regimiento en la India; de permiso en Inglaterra, utilizó todas las influencias que pudo en Whitehall para conseguir que le agregasen a la expedición.

En esta ocasión encontró dificultades. La *Story of Malakand Field Force* contenía ciertas críticas al alto mando, y lógicamente

SAVROLA

A TALE OF THE REVOLUTION IN LAURANIA

BY

WINSTON SPENCER CHURCHILL

LONGMANS, GREEN, AND CO.
39 PATERNOSTER ROW, LONDON
NEW YORK AND BOMBAY

Odhams Press

Portada de la única novela de Churchill, escrita en 1898. Sobre ella, Winston diría: «He pedido a mis amigos que se abstengan de leerla».



BBC Hulton Picture Library

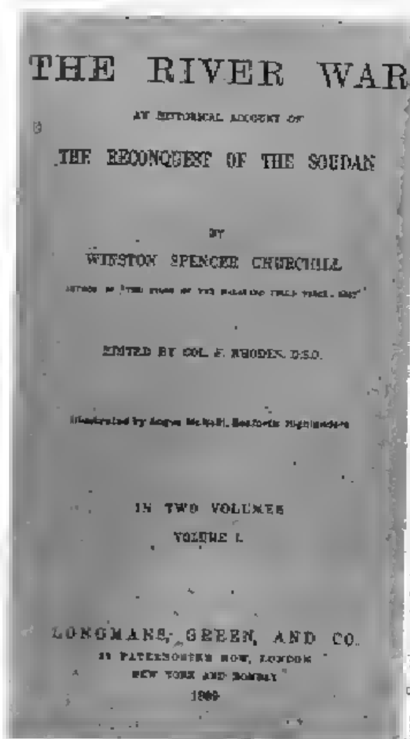
La carga del 21.º de lanceros, el 2 de septiembre de 1898. «Por primera vez, aquella mañana experimenté una repentina sensación de dolor», escribió Churchill.

a los generales no les había gustado. Al final Churchill halló un amigo en sir Evelyn Wood, general adjunto, y se le hizo un sitio en el 21.º de Lanceros. Antes de salir de Londres hacia El Cairo llegó a un acuerdo con el *Morning Post* sobre una serie de comunicados, a 15 libras la columna.

La campaña del Sudán fue un modelo de lo que hoy se conoce como logística (o ciencia del aprovisionamiento), con un ejemplo a gran escala de la guerra colonial en la terrible y planificada batalla, librada en Omdurman, en la que se derrotó a los derviches. Pero este hecho siempre ha estado oscurecido en la opinión pública por un incidente de la batalla: la carga del 21.º de Lanceros. Esta fue la última carga de la caballería clásica antes de que la ametralladora tomase el control; el último floreo realizado por la pompa guerrera del siglo XIX, siguiendo la tradición de la Caballería Ligera en Crimea o de los *troopers* en Waterloo. Apenas se puede considerar que fuese un éxito total como tal operación militar; intervinieron unos trescientos hombres a caballo, que se lanzaron con sus lanzas en ristre al galope sobre una masa de varios miles de derviches, terminando todo en tres

minutos. Cuando los británicos se retiraron se vio que cerca de la cuarta parte había caído, con 120 caballos muertos, mientras que solamente cuarenta o cincuenta derviches yacían en el campo. Sin embargo, ni siquiera hoy se puede visitar Omdurman sin sentir algo de la sensación y excitación de aquella galopada. Churchill tenía veinticuatro años en ese momento, y estuvo en lo más reñido del combate; no podía sostener una lanza porque se había dislocado el hombro, pero llevaba una pistola, y al encontrarse al final de la carga solo entre los derviches, de alguna manera consiguió abrirse paso a tiros hasta las líneas británicas. El joven Beatty, teniente de la Marina Real (quien le había lanzado una botella de champán la noche anterior), fue un silencioso testigo desde un cañonero próximo en el Nilo.

Durante el regreso a Gran Bretaña Churchill conoció a G. W. Steevens, corresponsal de guerra del *Daily Mail* londinense, a quien cautivó. Este parece haber visto con más claridad que nadie hasta aquel momento que el joven oficial de Caballería era alguien muy excepcional. En el *Daily Mail* apareció un artículo titulado «El hombre más joven de Europa», en el que Steevens



THE RIVER WAR

AN HISTORICAL ACCOUNT OF

THE RECONQUEST OF THE SOUDAN

BY

WINSTON SPENCER CHURCHILL

EDITED BY COL. F. RHODES, D.S.O.

Illustrated by Angus McNeill, Seaforth Highlanders

IN TWO VOLUMES

VOLUME I.

LONGMANS, GREEN, AND CO.

39 PATERNOSTER ROW, LONDON

NEW YORK AND BOMBAY

1899

Eyre & Spottiswoode Ltd.

The River War, *tercer libro de Churchill, apareció en 1899. Las abiertas críticas a Kitchener causaron un gran revuelo en los círculos militares.*

hizo unos comentarios bastante originales y temerarios, y predijo que Churchill podía llegar a ser «un gran dirigente popular, un gran periodista o el fundador de una gran empresa de publicidad».

Parece que el mismo Churchill no desconocía dichos sentimientos. Sus aventuras en Omdurman le habían llevado a tomar unas decisiones claras: primero, tenía que dejar el ejército e iniciar una vida con más perspectivas; segundo, debía conseguir dinero, y la manera obvia de hacerlo era escribiendo; y tercero, seguiría los pasos de su padre y entraría en la política. Incluso hoy, a más de medio siglo de distancia, se siente cierto asombro ante la total determinación con la que, contra todo obstáculo, realizó todas estas metas en el espacio de los dos años siguientes. No se desperdició ningún movimiento, nada le distrajo de su último salto desde la juventud hacia la fama.

En primer lugar, regresó al ejército de la India con la expresa intención de completar la carrera de jugador de polo y de to-



Un grupo de famosos corresponsales de guerra en África del Sur, 1899. Churchill, que contaba entonces veinticinco años, está sentado el segundo por la izquierda.

BBC Hulton Picture Library

mar parte en el encuentro interregional celebrado en Meerut, lo que logró al colocar tres de las pelotas ganadoras en el último partido, a pesar de que tenía el hombro dislocado vendado hasta el costado. Luego, tras terminar *The River War*, su espléndido relato de la campaña del Sudán, abandonó el ejército y se presentó a su primera elección en Uldham con los conservadores. Fue derrotado por el futuro lord Runciman y el Partido Liberal, pero no parece que perdiese mucho tiempo en lamentaciones.

En octubre de 1899 se embarcó en la guerra de los bóers, viajando a bordo del *Dunottar Castle* con el general Buller y su alto mando, como corresponsal de la guerra civil. Incluso para los criterios de hoy en día el acuerdo al que llegó con el *Morning Post* es verdaderamente bueno: recibiría 250 libras al mes con todos los gastos pagados.

En la historia militar, la guerra de los bóers constituye un anacronismo: se parece más a alguna de las primeras campañas

SECOND EDITION.

MORNING POST, Nov. 17, 4.25 A.M.

THE TRANSVAAL WAR.

ARMOURED TRAIN TRAPPED.

MR. CHURCHILL CAPTURED.

HIS COOLNESS AND BRAVERY.

FURTHER DETAILS.

COLENSO RAILWAY CUT.

LADYSMITH FIGHTING.

BOERS DEFEATED.

FROM OUR WAR CORRESPONDENT.

DURBAN, Nov. 15, 10.25 A.M.

Morning Post / Thames and Hudson



BBC Hulton Picture Library

africanas o del Oriente Medio de 1940 y 1941 que a las de la I Guerra Mundial. Hubo el mismo espacio para maniobras sobre campo abierto, los rápidos cambios tácticos, los asedios, el énfasis en el individuo y, sobre todo, el sentimiento de que no era una lucha incondicional por la existencia de la misma civilización, sino más bien un desesperado juego de profesionales pugnando abiertamente con sus propias normas y condiciones especiales. Esta atmósfera le convenía al carácter de Churchill; no se hallaba atado a las trincheras ni a los cuarteles generales de las batallas planificadas, podía moverse libremente. Uno siente que, cuarenta años después, se hubiera comportado igual en el asedio de Tobruk o en las largas marchas por el desierto desde El Alamein.

A los quince días de llegar a Ciudad del Cabo fue capturado por los bóers; al mes se había escapado de Pretoria y había llegado al Africa Oriental Portuguesa; y al año, tras estar presente en casi todas las principales batallas, se hallaba de vuelta en Inglaterra de forma triunfante.

Noticia de la captura de Churchill y calle de un campo de prisioneros durante la guerra de los bóers (1899-1902). Churchill fue capturado por los bóers el 15 de noviembre de 1899, cuando acompañaba a un tren acorazado de reconocimiento. Veinte días después, consiguió escaparse de la prisión.

BBC Hulton Picture Library



Stud Hall', la última prisión que los oficiales británicos ocuparon en Pretoria.

£25.-.-
(vijf en twintig pond stg.)
belooning uitgeloofd voor
de Sub-Commissie van Wijk V
voor den Specialen Constabel
dezer wijk, die den ontvluchte
Krijgsgevangene
Churchill
levend of dood te dezen kantore
aflevert.
Namens de Sub-Comm.
Wijk V
L de Haas
Sec.

Translation.

£25

(Twenty-five Pounds stg.) REWARD is offered by the Sub-Commission of the fifth division, on behalf of the Special Constable of the said division, to anyone who brings the escaped prisoner of war

CHURCHILL,

dead or alive to this office.

For the Sub-Commission of the fifth division,
(Signed) LODK. de HAAS, Sec.

Cartel del gobierno de Pretoria en el que se ofrece una recompensa a quien entregue vivo o muerto a Winston Churchill.

Todo ello constituye una notable historia de valor y de gran energía, pero la parte más extraordinaria es la huida. En los últimos años se nos ha saciado con intrépidas historias de evasiones de todos los tipos posibles, pero muy pocas se pueden comparar, ya sea por la calidad literaria o por la emoción, con el relato hecho por el propio Churchill de sus aventuras en la llanura africana. Escala el muro de la prisión cuando el centinela está de espaldas, camina resueltamente por mitad de la carretera en la capital enemiga, sube al primer tren en movimiento que ve y que, por providencia especial, le lleva en la dirección adecuada. Temiendo que le descubran, abandona el tren por la mañana y va a la ventura, cientos de kilómetros tras las líneas enemigas, has-

ta que por último, desesperado por el hambre y el desaliento, se rinde al único hombre en la zona, que, casualmente, es inglés y quiere ayudarle.

Naturalmente, los bóers están buscándole por los caminos, los trenes y en los poblados indígenas. Se ofrece una recompensa de veinticinco libras esterlinas por la captura, vivo o muerto, de Winston Churchill, «inglés, de veinticinco años de edad, un metro setenta y dos de altura, constitución regular, y andar encorvado, de complexión blanca, cabello castaño-rojizo, con bigote pequeño poco evidente, habla nasalmente y no pronuncia la letra 's'».

En el ínterin, Churchill se esconde en la galería abandonada de una mina de carbón, donde lee *Secuestrado*, de Stevenson, y donde tiene un desagradable encuentro con ratas blancas en medio de la oscuridad de la mina, antes de conseguir escapar. La historia hizo sensación en Inglaterra; la guerra, por entonces, iba mal y la imaginación pública necesitaba un héroe. Lo halló en Churchill, y cuando éste, en vez de regresar, siguió enviando un raudal de absorbentes comunicados al *Morning Post* desde los lugares más peligrosos, se acrecentó su fama.

Era increíble que nunca le hiriese o siquiera rozase una bala, en especial porque sus hazañas incluían el cruce en bicicleta de Johannesburgo cuando dicha ciudad se hallaba en manos de los bóers. Su hermano menor, John, fue herido, y muchos otros que no se expusieron tanto como Churchill sobrevivieron por poco tiempo en las llanuras. No es de extrañar, pues, que por esta época, tras presenciar más combates que ningún otro inglés de su edad, empezase a tener la idea de que algún destino especial le estaba esperando: sólo tenía que seguir tan audazmente y todo iría bien.

Cuando, tras la caída de Pretoria, regresó para participar en la elección «caqui» de 1900, tuvo ofrecimientos conservadores por once distritos electorales diferentes. Sin embargo, eligió volver a Oldham, y Oldham le recibió con las bandas tocando y con pancartas: «El Héroe Conquistador».

Salió con una mayoría de 222 votos.

Aún tenía por delante algunos meses antes de que se sentase en el último Parlamento de la reina Victoria, así que se embarcó en un circuito de conferencias por Inglaterra. Los ingresos de esta gira (le pagaron trescientas libras por una sola conferencia en Liverpool), junto con lo recibido por sus libros y del *Morning Post*, le produjeron unas 4.500 libras esterlinas. A continuación, al viajar a Nueva York obtuvo 10.000 libras más en una gira



La reina Victoria de Inglaterra, en 1899.

por los Estados Unidos, en la que Mark Twain fue uno de sus presentadores. En aquella época, el impuesto de la renta británico suponía un chelín por libra.

Cuando por fin, en enero de 1901, entró en la Cámara de los Comunes y ocupó el antiguo escaño de su padre en las filas traseras, todos y cada uno de los objetivos que se había fijado se habían cumplido. Era famoso y un escritor conocido, vivía con holgura, se sentaba en la Cámara de los Comunes por fin, y contra todo pronóstico estaba vivo. Vivo y tan sólo con veintiséis años de edad.

Según las evidencias, el año 1900 debía considerarse una especie de hito en la historia inglesa. Apenas se celebraron las elecciones generales, la reina Victoria cayó enferma, y cuando murió en el mes de enero siguiente, pareció durante un tiempo que esto había sido un cambio devastador en la vida de todos y que con el nuevo siglo se había iniciado una nueva era.

No obstante, no pasó nada en realidad. La vasta acumulación de hábitos y costumbres victorianas siguió adelante, mientras que el pueblo no quería o no podía cambiar. De vez en cuando, durante veinte años, los conservadores habían tenido el poder político, con los Cecil dominando a los conservadores; en aquel momento, lord Salisbury estaba de nuevo en el poder, con los liberales como siempre en la oposición. La guerra de los bóers se prolongaba, pero Gran Bretaña era todavía, sin duda alguna, la mayor potencia mundial. Aún no se había oído ni un susurro sobre Adolfo Hitler, un colegial en Austria, ni sobre Mussolini, un maestro pobretón en Italia, ni sobre Stalin, a quien acababan de expulsar de una escuela de teología en Tiflis debido a sus actividades políticas. El impuesto de la renta se redujo a once peniques por libra, y el Partido Laborista no era nada.

Diputado conservador en el Parlamento

En estas circunstancias, Winston Churchill, el 18 de febrero de 1901, pronunció su primer discurso en el Parlamento. Tal y como son los discursos inaugurales, fue algo normal. Ya se le conocía gracias a sus libros y a sus hazañas en Africa del Sur, y los diputados estaban, naturalmente, interesados en ver cómo se comportaba el hijo de lord Randolph; y no les desilusionó. Se preparó el discurso lo mismo que cualquier otro pronunciado por Churchill desde entonces; es decir, lo escribió primero por adelantado, y en aquella ocasión se lo aprendió de memoria. Era corto y trataba la cuestión candente del momento: la dirección de la guerra; presentó una hábil alternativa entre la política dura de los conservadores y las simpatías pro-bóers de los liberales, y terminó haciendo una delicada referencia a su padre.

No fue un discurso muy explosivo, pero bastó para que *Punch* dijera que, al igual que el padre, «dominaba el arte de las frases mordaces», y para que el señor Chamberlain (el «Viejo Joe», la figura dominante en el banco del Gobierno) comentara que podrían ver «al padre en el hijo». Lo cual era cierto, y tan evidente que, muy pocas personas, y ciertamente no el Viejo Joe, comprendieron su importancia en aquel momento.

Algo muy notable en la vida de Churchill es que, en todas las etapas de su carrera, siempre parecía tener fijada una apremiante meta central. En 1901, el afán inicial por la actividad física se había agotado; es más, hasta su retorno a la acción militar



real pasarían otros quince años, y en ese momento sentía una ambición totalmente direrente. Sencillamente, quería recrear y reivindicar la carrera política de su padre.

En realidad, Churchill nunca conoció a su padre, o en cualquier caso, no tan íntimamente como hubiera querido. En los momentos en que ambos podrían haber hablado, el muchacho estaba en la escuela o en el ejército, y hasta que la enfermedad arraigó en él, lord Randolph estuvo cada vez más inmerso en su propia carrera; para su hijo siempre fue un ser impresionante, espléndido, incorruptible, injustamente denigrado y muy lejano.

En junio de 1894 lord Randolph emprendió un viaje alrededor del mundo en un último y desesperado intento de recobrar la salud, y Churchill fue a Londres a despedirle. «Su rostro estaba macilento y consumido por el dolor mental. En un gesto simple, pero muy revelador, me palmeó en la rodilla... No le volví a ver más, excepto como una sombra que se desvanecía rápidamente.» Lord Randolph regresó a casa y murió al año siguiente a la edad de cuarenta y cinco años.

Seis años más tarde, Churchill se sentía poseído por estos recuerdos. Instaló la vieja mesa y silla del padre en su propio estudio, mojaba la pluma en el tintero de bronce paterno y colgó el retrato de su padre delante de él. Buscó a todos y cada uno de los amigos del padre, con los que conoció y aprendió la política paterna; muy pronto se embarcó en una gran obra, la biografía completa de la tormentosa vida de lord Randolph. Mientras se creaba en privado, mes a mes, esta imagen mental, se dispuso a recrear en público a su padre en carne y hueso. Los enemigos de lord Randolph serían los suyos propios; lord Randolph había sido un rebelde y él sería otro. En la Cámara, los diputados empezaron a ver los gestos y actitudes del padre repetidos de forma consciente en el hijo, al tiempo que las palabras que pronunciaba contenían el mismo mesurado desafío.

El conde de Winterton, quien tuvo la misma oportunidad que cualquier otro para observar a Churchill en aquella época, ha dicho que no era popular en la Cámara. Era demasiado agresivo, anhelaba demasiado acorralar a los viejos enemigos de su padre, y era, según se creía entonces, demasiado ambicioso. Sólo más tarde, cuando Churchill se suavizó tras realizar un feliz matrimonio y conseguir un cargo oficial, la amabilidad de la Cámara se extendió hacia él.

◀ *Churchill en 1901, cuando fue elegido diputado por Oldham.*

BBC Hulton Picture Library





Joseph Chamberlain (1836-1914), ministro de Colonias y amigo de Churchill y de su padre; y Arthur J. Balfour (1848-1930), sucesor del padre de Churchill en 1886, y del propio Winston en 1915.

◄ *La Cámara de los Comunes en los primeros días de la reina Victoria.*

Pero en los primeros años del siglo no existió nunca intención de darle a Churchill un cargo. Por lo normal, hablaba una o dos veces al mes, tirando persistentemente contra el infortunado Brodrick, y dirigiendo un grupito de rebeldes contra la línea política aceptada del partido. La ruptura llegó en 1903; Joseph Chamberlain, ministro de Colonias, estaba decidido a conseguir el abandono del libre comercio, lo que para Churchill constituía anatema, por estar educado en la atmósfera del *laissez-faire*. El libre comercio para los Churchill (y para otros conservadores) era mucho más que una línea política, era casi un artículo de fe. Por lo tanto, se embarcó en un ataque a gran escala contra el Gobierno que, cuando llegaron las vacaciones parlamentarias, se convirtió en una campaña personal contra Chamberlain durante todo el verano. Entonces recordó que Chamberlain había sido uno de los principales oponentes de su padre.

Cambio de partido

A pesar de todo, puede que los conservadores hubieran incluido a Churchill en la reorganización del gabinete, provocada por dicha cuestión, pero Balfour sucedió a lord Salisbury como primer ministro y no tenía gran espíritu de clemencia. Cuando la Cámara se volvió a reunir en 1904, Churchill fue el centro de varias escenas muy encarnizadas; una vez su propio partido le obligó a gritos a callar, y en otra ocasión Balfour y casi todos los conservadores se salieron de la Cámara cuando empezó a hablar; además, en Oldham sus propios electores le repudiaron. Como es lógico, esta situación falsa no podía continuar por más tiempo, y en mayo de 1904, entre gestos de desdén y mofa de los conservadores, Churchill cruzó la sala y se sentó en el lado de los liberales.

En las elecciones que se convocaron dos años más tarde, los liberales llegaron al poder de forma aplastante, con 401 escaños contra 157, y Churchill fue mucho menos apreciado por los derrotados conservadores cuando se supo que sus nuevos amigos le habían dado el cargo de subsecretario de Colonias. Por fin, se dijo, se conoce la verdad: allí estaba el renegado que había cambiado de partido para obtener un ministerio, el aventurero político que haría lo que fuera en ventaja propia. Se dijo que «era el hombre más odiado de la Cámara de los Comunes».

Un aspecto curioso y llamativo de la vida de Churchill es la escasa importancia, en un hombre que ha estado más tiempo que ningún otro de este siglo ante la opinión pública, que se ha concedido a su vida privada. Esta parece seguir su propio curso tranquilo, y en ningún momento choca con la carrera pública. No importa lo tumultuosa que sea la escena pública; en la privada todo parece seguir sereno, ordenado y objetivo; nunca hubo un soplo de escándalo. Parece como si Churchill nunca sufriera las dudas, el autoexamen ni las ocasionales apostasías que importunan a la mayoría de las personas en algún momento de la vida. Churchill no era un visionario, un misionero ni un poeta; uno le ve, más bien, como a un contemporáneo equilibrado que camina a la cabeza de la historia. Su mundo fue el aquí y ahora, y tenía muy clara su dirección.

También podría ser, naturalmente, que la personalidad de Churchill fuese una especie de iceberg invertido, con casi todo su volumen por encima de la superficie y sólo una pequeña parte por debajo. Pero hasta esa pequeña porción sumergida ha sido bastante exhibida; con la excepción de las fuentes ocultas del

pensamiento, uno cree conocer lo más y lo mejor posible la vida privada de un hombre público. Se ha forjado una «personalidad», una especie de patriota-héroe al estilo de Rowlandson, y el efecto nato que se consigue puede hacernos ignorar la única cosa que sí cuenta: la notable solidez de su vida, la enorme fuerza que obtenía de su familia y sus tradiciones. Partía en todas sus incursiones al mundo desde una base segura en el hogar. La política no constituía para él un asunto de vida o muerte personales ni de causa revolucionaria, sino que era algo que se añadía a la vida, una técnica, un medio que el hombre usa para expresar sus creencias y cualidades de la forma más responsable; e incluso a veces era sencillamente un juego. Como ya veremos más adelante, fue esta idea la que le llevaría a participar en las decepciones y conflictos más graves de su carrera.

Durante estos años, a partir de 1906, cuando externamente parecía que su fortuna era más polémica, Churchill empezó a ordenar su vida privada, a mullirla para hacerla más cómoda para el viaje que se avecinaba, y todo de la forma más sensata. Cuando todavía tenía treinta años publicó la biografía de lord Randolph, y ni siquiera sus mismos oponentes pudieron evitar los aplausos. Era una ordenación maestra de los hechos, escrita de una forma maravillosa y conmovedora, que tuvo una recepción entusiasta en todas partes. Con sus ahorros y los ingresos por éste y otros libros aún le quedaban los suficientes medios económicos para seguir con una vida de soltero. En esta época compartía un apartamento en Mayfair con su hermano John, e incluso, según sus amigos, tenía buena mesa y un vestuario interesante. Trabajaba continuamente; el tiempo que otros hombres empleaban en las apuestas o en diversiones y actos sociales, él lo dedicaba a la Cámara, a pulir sus discursos (a veces trabajó hasta seis semanas en un solo discurso) y a la lectura. Si se exceptúa algún que otro partido de polo, en esta etapa no tenía aficiones; le asaltó una gran urgencia, el sentimiento de que no le quedaba mucho tiempo, de que también él podía morir con cuarenta años, como su padre.

Matrimonio

Conoció a Clementine Hozier en Escocia, en 1908, durante unas elecciones parciales; poco después le propuso matrimonio durante un paseo por los jardines de Blenheim Palace. De todas formas, era una unión muy adecuada; la joven era hija del coro-



BBC Hulton Picture Library

◂ *Winston Churchill y su prometida, Clementine Hozier, en la época de su compromiso.*

nel sir Henry Hozier y de lady Blanche Hozier, y nieta de la condesa de Airlie, gran partidaria de la causa liberal. Clementine Hozier era una joven hermosa, de veintitrés años de edad, once años menos que él. Había terminado su educación en la Sorbona en París, y se interesaba por la política: la familia no era acaudalada, y desde el principio se hizo evidente que la pareja tendría que abrirse paso conjuntamente. La boda, celebrada en St. Margaret, en Westminster, constituyó uno de los acontecimientos sociales de la temporada de 1908; y durante un tiempo, por lo menos, hubo una pausa en la hostilidad política conservadora. Lord Hugh Cecil fue el padrino, y se recibieron regalos de Arthur Balfour y de los Chamberlain. El primer hijo, Diana (esposa de Duncan Sandys, ministro del Aire en 1960), nació al año siguiente, y luego vinieron Randolph (1911), Sarah (1914), quien al principio de su carrera en los escenarios se casó con el actor Vic Oliver, Marigold (1918), quien murió en la infancia, y Mary (1922), que se casaría con Cristopher Soames, el secretario particular parlamentario de Churchill, hasta que éste se retiró como primer ministro.

Los primeros años del matrimonio no debieron de ser muy fáciles para la señora Churchill. Aunque de vez en cuando Chur-

THE TIMES, MONDAY,

MR. CHURCHILL'S WEDDING.

THE SCENE AT ST. MARGARET'S.

The wedding of Mr. Churchill, M.P., President of the Board of Trade, and Miss Clementine Hozier at St. Margaret's, Westminster, on Saturday, undoubtedly captured the public imagination. This was shown not only by the crowded state of the church during the ceremony, but by the remarkable scene which was witnessed outside. Great numbers of well-dressed people lined all the roadways leading to St. Margaret's, and waited with the utmost patience to see the wedding party and the guests arrive and drive away again. The police were present in considerable force, mounted and on foot, and their services were quite necessary to marshal the crowds and to preserve clear the approaches to the church. That the people were animated by kindlier feelings than mere curiosity was made manifest by their cheers. Both the bride and bridegroom were cordially cheered as they came to the church, and when they emerged from the north porch after the ceremony and drove away in their motor-car to Portland-place they were greeted with an enthusiasm that is rarely displayed even at weddings at St. Margaret's.

Within the church political opponents joined with friends and colleagues in expressing their good will towards the President of the Board of Trade and his bride. Many of the guests had travelled long distances in order to be present. The accommodation of St. Margaret's, indeed, was taxed to its utmost capacity to contain the guests, and long before the hour for the wedding arrived the church was filled. The time of waiting afforded ample opportunity to note and appreciate the exquisite setting which had been prepared for the marriage ceremony. The chancel was decked with a profusion of white flowers, their beauty emphasized by plants and creepers of green. On the altar, within the communion rails, along the choir stalls, and about the chancel steps were masses of white chrysanthemums, lilies, and feathery spiræa. In effective contrast with these were the towering palms and the heaped up banks of ferns, smilax, maidenhair, and other creeping growths. Through the stained glass windows the sunshine streamed full upon the flowers, and touched with sudden brightness the beautiful reredos and the carved woodwork of the choir stalls. There were more flowers and palms at the north porch to greet

En The Times, del lunes 14 de septiembre de 1908, apareció un amplio comentario descriptivo sobre la boda de Churchill.

chill visitaba a su primo, el duque de Marlborough, en Blenheim, la mayoría de las mansiones conservadoras le estaban vedadas. Se le consideraba de forma abierta un «traidor a su propia clase», y se pensaba que debía cocerse en su propio jugo, entre los chiflados y los radicales de la izquierda liberal. No obstante, había múltiples amigos que estaban dispuestos a recibir con agrado a los Churchill. Hay que tener en cuenta este rasgo de la familia floreciente y unida más de lo normal cuando se consideran los siguientes nueve años que le llevaron, con un crescendo publicitario, hasta la primera de las dos altas cumbres de su carrera.

Como subsecretario de Colonias, Churchill se encargó de hacer aprobar una ley que era muy de su agrado: la concesión de la autonomía a Transvaal y al Estado Libre de Orange. Tuvo un inmediato éxito, y así se iniciaron las buenas relaciones que Churchill siempre mantuvo con Africa del Sur. Con la aprobación de la ley, ascendió muy rápido a los altos rangos del Partido Liberal, recibiendo en 1908, cuando Asquith sustituyó a Campbell-Bannerman como primer ministro, el ministerio de Comercio con asiento en el gabinete. Sus colegas eran Grey, en Asuntos Exteriores; Haldane, encargado de arreglar el Ejército; John Marley, en la cartera de la India; el mismo Asquith, y, sobre todo, Lloyd George, que era el ministro de Hacienda.

Herbet Henry Asquith (1858-1928), del que Churchill opinaba que «en la plenitud de su vida, sus opiniones, estaban esculpidas en bronce»; y Edward Grey (1862-1933), ministro de Asuntos Exteriores en el gabinete presidido por Asquith.

BBC Hulton Picture Library





El ministro liberal

Parece ser que la asociación de Churchill y Lloyd George surgió del inmediato reconocimiento, por ambas partes, de la valía mutua, ya que existía muy escasa similitud en el origen, educación o personalidad de ambos. A partir de este punto los dos hombres van juntos, a toda velocidad, por la política británica como si supiesen de forma instintiva que estaban destinados a las alturas. Lloyd George, con sombrero flexible; Churchill, con levita; uno, adaptable, intrincado e irreverente; el otro, batallador, formalista e impulsivo. Lloyd George, once años mayor, era el maestro, y Churchill, el aventajado pupilo. En los años siguientes se convirtieron en los oradores de mayor fuerza en la Cámara, y en las figuras más polémicas del país.

No hay duda de que Lloyd George contribuyó más que nadie a abrir la mente de Churchill a los principios liberales, a estimularle y revelarle los horizontes por venir; y mucho más importante, a través de él, en este momento, Churchill empezó a descubrir a la clase trabajadora. De joven, Churchill había contemplado a los pobres a través de unos cristales muy conservadores. En el 4.º Regimiento de Húsares, él y sus hermanos oficiales habían estado totalmente de acuerdo en el valor que la religión cristiana tenía para las clases bajas: «Nada les puede hacer pasar un buen rato aquí, pero les contenta pensar que lo obtendrán en el más allá.» Luego, siendo un joven candidato a las elecciones, había dicho con grandilocuencia: «Me gusta el trabajador británico, lo mismo que a mi padre antes.» Tampoco fue mucho más sutil la forma de tratar a las sufragistas, que no se calmaron con su vehemente «¡Confíen en *mí*, señoras!», y que siguieron interrumpiéndole despiadadamente en los mítines, contribuyendo con gran eficacia a derrotarle en una elección parcial.

Pero, bajo la tutela de Lloyd George y debido a su propio interés por las condiciones de los trabajadores, estaba enfebrecido por corregir la situación; y en el Ministerio de Comercio tenía los medios a su alcance. La contribución de Churchill a la legislación social realizada entre 1908 y 1911, aunque se olvidó pronto durante la I Guerra Mundial y por último fue borrada del



BBC Hulton Picture Library

«¡Votos para las mujeres!» Una manifestación de sufragistas ante el palacio de Buckingham.

◄ *Churchill en compañía de David Lloyd George (1863-1945).*

recuerdo por los rencores provocados por la huelga general de quince años después, fue sincera e importante. Pensiones para la vejez, seguro contra la enfermedad, bolsas de trabajo y comisiones sindicales imparciales que fijaran tipos de sueldo y horas de trabajo más justos; en el establecimiento de todo eso participó Churchill, y los discursos que hizo en esta etapa no hubieran molestado al Partido Laborista de la actualidad.

El tema central del día, la cuestión que, de hecho, abrió el país al siglo XX y a la entrante era de la sociedad de masas, fue el presupuesto presentado por Lloyd George en 1909. En relación con la cantidad de dinero no era un presupuesto sensacional, pero estaba dirigido expresamente contra los ricos, y muy pronto tanto Lloyd George como Churchill empezaron a incrementar los ataques contra las clases altas mediante una sucesión de discursos provocativos.

Desde hacía un tiempo la Cámara de los Lores (a la que Lloyd George, todo afable, había descrito como el «caniche del

señor Balfour») estaba rechazando o enmendando por completo muchas leyes liberales; en esta ocasión rechazaron el presupuesto, con lo que se provocó la crisis. Las dos elecciones generales celebradas en 1910, en medio de una atmósfera de rencores, demostraron que no se podía expulsar a los liberales, por lo que Asquith se sintió lo bastante fuerte y mostró sus cartas. Informó a Balfour, el líder de la oposición conservadora, que estaba dispuesto, con el consentimiento del rey, a inundar la Cámara Alta creando 400 nuevos pares liberales más. Los lores capitularon. Se aprobó una ley que limitaba su capacidad de veto.

En la actualidad, está bien claro que Churchill, a pesar de ser uno de los principales motivos de la ira conservadora, no apoyaba a Lloyd George en estos temas. Los dos hombres nunca discreparon en público, pero Churchill tenía un límite en cuanto a la gravación monetaria deliberada a los ricos. No hay duda de que el desagrado que sentía por los *tories* (y el de éstos por él) le desplazó hacia la izquierda más de lo que por sí mismo hubiera ido. Sentía un respeto instintivo, incluso admiración, por las formas y tradiciones del próspero siglo que había terminado, y le molestaba verlas atacadas.

Cuando en 1910 se mudó del Ministerio de Comercio al Ministerio del Interior, existían evidencias de que su carrera liberal se había moderado. Se convocaron huelgas en las minas de carbón galesas, así como en los muelles y en el ferrocarril; y Churchill envió a la policía especial a las áreas afectadas. Cierto es que las autoridades locales habían pedido ayuda al Ministerio del Interior, y que se evitó el derramamiento de sangre, pero muchas personas consideraron que la acción fue algo precipitada, ya que se ofendió a los huelguistas sin que fuese necesario. De hecho, entonces se inició la desconfianza profunda que el movimiento sindicalista ha sentido por Churchill en cuanto a los temas interiores de la nación. Si acaso se recordaba la reciente legislación social que promoviera desde el Ministerio de Comercio, era vista bajo un aire patrocinado: como medidas incompletas distribuidas como limosnas y no como un derecho. Lloyd George se hizo cargo del asunto y llegó a un acuerdo con los huelguistas.

La corta estancia en Interior se caracterizó por otro asunto menor, que fue un claro ejemplo, bastante curioso, de la forma básica de ver la política, y tal vez la vida; la técnica de golpear duro al adversario para, una vez que está vencido, tratarle con magnanimidad. Dos pistoleros se habían parapetado en una casa de la calle Sidney, en el East End de Londres, y con una

provisión de bombas y armas cortas se defendían de la policía. Ya había numerosas víctimas, cuando en medio del combate apareció el ministro del Interior en persona, con chistera y cuello de astracán, para intervenir en las operaciones, como si estuviese de nuevo en Omdurman. El hecho no le pareció a la Cámara de los Comunes un ejemplo del arte de gobernar: ¿qué se creía el ministro del Interior que hacía allí con los cañones de campaña y las balas silbando a su alrededor? Los dos pistoleros murieron dentro de su fortaleza incendiada, pero en prisión otros quebrantadores de la ley empezaron a encontrar la vida más soportable. Tal vez recordando sus propias experiencias claustrofóbicas como prisionero de guerra («de hecho, odié cada minuto de mi cautividad más de lo que he odiado cualquier otro periodo de toda mi vida»), Churchill introdujo una serie de reformas en las prisiones británicas, y cuando se le concedió, en su calidad de ministro del Interior, capacidad para indultar a criminales condenados a muerte, tendía a ser clemente.

4. Primer lord del Almirantazgo

En 1911, con sólo treinta y siete años de edad, Churchill se mudó del Ministerio del Interior al Almirantazgo, entrando en el último capítulo de su juventud política. Ante la continua y creciente amenaza de Alemania, tenía el encargo de preparar la Marina para la guerra, lo mismo que Haldane con el Ejército. Mirando atrás, desde la perspectiva del tiempo transcurrido, parece como si un extraño aire de somnolencia se cerniese sobre los últimos y fatídicos años de paz en Europa, en especial en lo que concierne a la opinión pública. La Cámara de los Comunes prestaba la mayor parte de su atención a la autonomía de Irlanda



BBC Hulton Picture Library

El primer lord del Almirantazgo hablando en un mitin, en febrero de 1912.

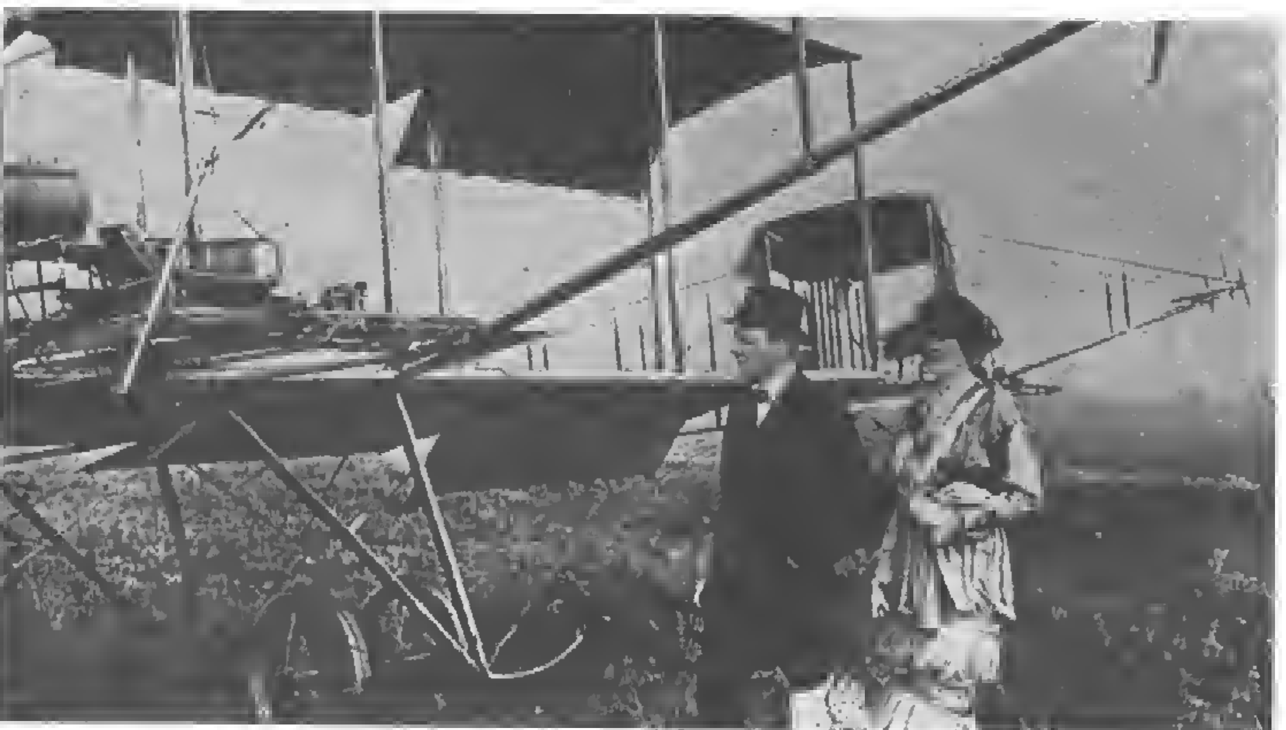


BBC Hulton Picture Library

Richard Burdon Haldane (1856-1928), ministro de la Guerra de 1906 a 1915, fue el creador del ejército británico moderno.



Lady Randolph Churchill (entonces señora de Cornwallis-West), en 1911.



Churchill con su esposa, en el aeródromo de Hendon, en 1914. Central Press



Churchill cruza el puerto de Portsmouth en un biplano del ejército, en 1914.

cuando el archiduque Francisco Fernando fue asesinado en Sarajevo el 28 de junio de 1914; además, dentro del mismo gabinete liberal existía un fuerte partido de la paz. Luego, de pronto, todo empezó a precipitarse de golpe, y no quedó tiempo ni para autonomías ni para partidos de paz o cualquier otra cosa que perteneciese al seguro y tranquilo pasado.

La forma con que Churchill se encaró con esta emergencia constituye uno de los hechos más encomiables e inspiradores de toda su carrera. Tenía amistad con lord Fisher, el primer almirante ya retirado, hombre muy intratable, y llevó a cabo el programa de éste con la mayor determinación. Fisher quería que la flota utilizase petróleo en lugar de carbón: Churchill hizo aprobar un acuerdo por el cual el Gobierno obtenía, por dos millones de libras esterlinas, la mayor parte de las acciones de la Anglo-Iranian Oil Company, así como la primera opción de compra sobre todo el petróleo en tiempo de guerra. Fisher quería mayor velocidad y navíos más rápidos; Churchill, que ya no era el apóstol del ahorro, obligó al gabinete a conceder el dinero. Fisher quería a Jellicoe al mando de la Gran Flota, y Churchill lo puso allí al tiempo que retenía a David Beatty, por entonces el más joven almirante de la Armada, como secretario particular entre su propio personal. En medio de toda esta actividad, el ministro aún encontró tiempo para promocionar unos cuantos intereses suyos; aficionado al vuelo desde 1913, creó el Cuerpo de Vuelo de la Marina Real, y un año más tarde instruyó a los ingenieros navales para que estudiasen la posibilidad de construir un vehículo blindado que pasase por encima de las trincheras. Una mañana, en el desfile de los Guardias a Caballo se presentó un extraño



Reuter

Los hijos de Churchill, Diana y Randolph, paseando con sus niñeras por Whitehall, 1914.

El 3 de agosto de 1914, Churchill y Lloyd George, sentados con el resto del gabinete de gobierno, intercambiaron estas notas: «¿Qué política seguirías?», pregunta Lloyd. Churchill responde: «... Procuraría dar la impresión a Alemania de que pretendemos preservar la neutralidad de Bélgica.» Lloyd George: «¿Te comprometerías ahora [lunes] en público a combatir, si Bélgica es invadida, tanto si este país pide nuestra protección como si no?» Churchill: «No».

artefacto con ruedas de oruga, que fue aprobado al momento y, sin esperar la autorización del Consejo del Ejército, se dieron órdenes para la construcción de dieciocho nuevos aparatos costeados por setenta mil libras de los fondos de la Marina. Así se inició el tanque, conocido en la época como «la locura de Winston».

También los mismos acontecimientos parecieron conspirar en favor de Churchill. A principios de 1914, mucho antes de que se considerase la posibilidad de una guerra, canceló las maniobras navales corrientes y ordenó, en cambio, una movilización en pruebas de la flota. El 17 y 18 de julio se pasó revista en Spithead, y el domingo 2 de agosto, el día en que Alemania declaró la guerra a Rusia, Churchill decidió por propia iniciativa enviar a los buques a todo vapor a sus posiciones de batalla en el mar del Norte. Con este solo acto se contribuyó a una victoria para la Entente: se transportó a toda la fuerza expedicionaria británica a Francia sin perder un solo hombre.

En aquellos días Churchill se sentía a sus anchas; se encontraba a gusto con la Armada, y cuando en aquel mismo noviembre recuperó a Fisher como primer almirante, la flota se encontró bajo el más inspirado control desde los tiempos de Nelson.

Casi no le fue posible a Asquith o a cualquier otro seguir las actividades del mismo Churchill. A las pocas semanas de iniciarse las hostilidades se fue a Dunkerque para intervenir personalmente en la acciones que se realizaban en el flanco izquierdo del ejército alemán, que avanzaba. Luego, en octubre, cuando toda Bélgica estaba cayendo y era vital mantener Amberes, aunque sólo fuese por unos días, se le pidió que fuese allí y que intentara salvar la situación. Se presentó en aquella ciudad vistiendo el uniforme de gran hermano de la Trinity House, organismo rector de los faros ingleses, y al instante se hizo cargo de la resistencia.

De vuelta al Almirantazgo se embarcó inmediatamente en una aventura mucho más osada de lo que nunca se haya soñado: el cruce de los Dardanelos.'

Gallípoli

La campaña de Gallípoli en 1915 fue la operación más imaginativa, polémica y —dentro de sus posibilidades— la más importante en las dos guerras mundiales. Hacia finales de 1914, el avance alemán por Francia se detuvo con la batalla del Marne, y en el este los rusos, aunque muy agotados, todavía mantenían

el terreno. Con la campaña de Gallípoli se intentó romper este punto muerto y obtener el fin rápido de la guerra mediante un movimiento decisivo de flanqueo desde el sur que permitiría a los británicos y a los franceses unir las fuerzas con los aliados rusos en los Balcanes. Con el fracaso se condenó a Europa a cuatro años insensatos de matanzas en las trincheras, mientras que en el este ocurrieron las largas campañas en el desierto de Mesopotamia, el colapso de Rusia, la revolución y el establecimiento de la Unión Soviética tal y como se la conoce en la actualidad.

En los cortos nueve meses que duró la aventura de Gallípoli se tranzaron todos los hilos de la guerra: las más modernas armas y los mayores buques, los últimos inventos como el submarino y el aeroplano, así como los peores y algunos de los mejores mandos de generales; y en tanto que su resolución estuvo en duda, lo mismo ocurrió con el destino de media docena de reinos y gobiernos. También había algo atrayente en el escenario mismo de la batalla: el monte Ida y las ruinas de Troya, el Helesponto de Byron o de Hero y Leandro, que parecía llevar a los jóvenes soldados a extremos de heroísmo romántico, por lo que no había nada a lo que no se atreviesen, ni existía ninguna desesperada perspectiva mortal a la que no se presentasen voluntarios.

Esta campaña constituyó un momento decisivo en la carrera de Churchill; no fue el creador del plan, pero sí su principal defensor en el principio, continuó su defensa en el Gabinete hasta que se aprobó, y al final se jugó su propia reputación en los resultados.

La cuestión estaba clara para Churchill, entonces primer lord de Almirantazgo; la guerra de trincheras de Francia no servía para nada, y la Armada alemana se negaba a luchar. Entretanto, la Marina británica, ese valioso instrumento, la más poderosa arma del mundo, se tenía que quedar virtualmente ociosa; si consiguiera abrirse paso por los Dardanelos hasta Constantinopla expulsaría a los turcos de la guerra, llevaría a los Balcanes al lado aliado y aliviaría la terrible presión que los ejércitos alemanes ejercían sobre Rusia. Pero primero había que convencer a dos hombres formidables: a lord Kitchener, ministro de la Guerra, y a lord Fisher, el primer almirante de la Armada.

En 1914, Kitchener era algo más que un semidiós en los asuntos británicos; ningún general de la II Guerra Mundial llegó a tener tanto poder e influencia. El país estaba cubierto con ejemplares del famoso cartel de reclutamiento que mostraba su heroica y militar cabeza, los ojos brillando ferozmente, el dedo índice apuntando, con la leyenda que decía: «Tu país TE necesi-


El mariscal de campo lord Kitchener (1850-1916), ministro de la Guerra de 1914 a 1916.

BBC Hulton Picture Library

ta.» Era el oráculo de la guerra en Whitehall: erguido, pesado, egocéntrico y totalmente autoritario, anunciaba sus decisiones al gabinete y al Ministerio de la Guerra.

También Fisher ocupaba una posición de gran influencia. Ya tenía más de setenta años y se decía que era algo errático e irascible, pero había sido él quien creara la Gran Flota, irradiaba energía e ideas, y constituía para el público la personificación de la tradición marítima británica. Churchill le había sacado de su retiro como primer almirante poco después del inicio de la guerra, y ambos hombres trabajaban en una íntima relación, curiosamente emocional, en el Almirantazgo.

Poco a poco Churchill convenció a Fisher sobre la idea de los Dardanelos, hasta que al final éste estaba totalmente entusiasmado. Kitchener fue algo más difícil de manejar. De hecho, estaba a favor de algún tipo de maniobra naval; sin embargo, en este momento, se inclinaba a pensar que Gallípoli no sería más



El almirante lord Fisher: «Despiadado, inexorable, implacable», en opinión de Churchill.

Secretary Museum and Art Gallery

Combate con cañones en el frente de la península de Gallípoli, febrero de 1915.

que una diversión. Pero si la Armada deseaba «atacar por sí sola», entonces, ¡buena suerte!; quizá podría conseguirle unos cuantos soldados para efectuar un desembarco más tarde.

En los meses que siguieron se llegó a considerar a Churchill como el intruso aficionado que había seducido a los almirantes y a los generales a favor de la campaña y en contra de su mejor entendimiento; era el imprudente aventurero que, igualmente indiferente ante las pérdidas de vidas humanas y de barcos, persistía en sus locos planes mucho tiempo después de que se perdiese toda esperanza. Cuarenta años más tarde aún perduraba un eco de dicha impresión, ligero pero insistente, por lo que puede ser interesante analizar brevemente lo que en realidad ocurrió.



Camera Press

El día 15 de enero de 1915 el Gabinete consintió, formalmente, en enviar una expedición naval «que bombardease y tomase la península de Gallípoli, teniendo su objetivo en Constantinopla», y el 19 de febrero, a las 9,15 de la mañana, una flota combinada de británicos y franceses entró en acción con 178 cañones. Al principio todo fue bien; a finales de la primera semana la flota pudo adentrarse seis millas en el estrecho, y se encontraba a la vista del punto crítico, la Angostura de Chanak, donde el canal no tiene más de dos kilómetros de ancho; una vez que se pasase este embotellamiento, otras treinta millas les conducirían al mar de Mármara. El almirante Carden, al mando de las flotas británica y francesa, envió un mensaje a Londres en el que decía que esperaba llegar a Constantinopla en unos catorce días.



La Caballería inglesa acampada en Suvla (Turquía) durante la expedición de los Dardanelos.

Pero se iniciaron los retrasos. Carden cayó enfermo; la oposición se endurecía cuanto más avanzaba la expedición; y se tenían que realizar muchas operaciones de barrido de minas, por lo que no se montó otro ataque a toda escala hasta la mañana del 18 de marzo. En el ínterin, y sin consultar a los aliados, se habían plantado otras veinte minas en la bahía de Eren Keni, en la costa asiática, minas que ocupan un lugar en la historia. A la 1,45 de la tarde se vio una tremenda explosión a bordo del acorazado francés *Bouvet*, que se hundió en dos minutos. Poco después fue tocado el *Inflexible*, al que siguió en rápida sucesión la pérdida del *Irresistible*, del *Ocean* y del *Gaulois*. Nadie conseguía descubrir lo que ocurría.

En la incertidumbre, el almirante De Robeck, que sucediera a Carden, ordenó la retirada a las 5,00 de la tarde, con la intención, no obstante, de volver a atacar a la mañana siguiente. A pesar de las pérdidas, Churchill, en Londres, estaba a favor de esta acción, y en realidad, aparte del hundimiento de los barcos, las víctimas no habían sido muy numerosas: 600 franceses y apenas 60 británicos. Pero al tiempo que la excitación se desvanecía en la noche, surgía y la reemplazaba un creciente sentimiento de duda y de ansiedad. Para veteranos como Fisher el perder tantos acorazados de forma tan rápida y misteriosa era algo horro-



Liman von Sanders, general alemán que luchó a favor de los turcos en la península de Gallípoli.

roso, y cuando De Robeck no se puso en camino inmediatamente la mañana siguiente, se le prohibió salir. Durante el siguiente mes no se disparó un solo tiro en la península de Gallípoli.

Cuatro años después, cuando terminó la guerra, se supo que la guarnición turca estaba en las últimas, con la provisión de bombas y municiones casi agotada, y con los artilleros totalmente desmoralizados por el bombardeo, el más intenso efectuado por la Marina en la historia. En Constantinopla, el sultán y el Gobierno estaban preparándose para salir hacia Asia Menor con el tesoro, y se temía que estallase una revolución en la ciudad. «Si los británicos hubiesen tenido el valor de lanzar más barcos por los Dardanelos —declararía Enver Pasha—, hubieran llegado a Constantinopla.»

El enfrentamiento de Churchill con Fisher data de este momento. Al poco tiempo de la acción realizada el 18 de marzo, Fisher anunció que se oponía a toda otra operación, y dijo que sería mejor abandonar la campaña. Según dijo Churchill, «se cruzaron palabras» entre él y Fisher, y aunque se arregló por el momento, quedó bien claro que sólo se necesitaba otra crisis para causar una ruptura formal.

Las cosas con Kitchener funcionaban, sin embargo, al contrario, y en marzo se siente lleno de gran determinación; el ejér-

cito debe terminar el trabajo. Hay que enviar allí a las tropas australianas y neozelandesas, que acaban de llegar a Egipto, y a la 29.ª División británica; además manda buscar al general Ian Hamilton.

Hamilton era una figura dedicada y erudita, uno de la larga sucesión de poetas-generales británicos, un hombre experto, pero quizá no muy dinámico. Se le ordenó salir a toda prisa y organizar un desembarco a toda escala en la fortaleza enemiga. No se le dio ningún plan, y no había planes porque ésta casi fue la primera vez que se oía hablar en el Ministerio de la Guerra de un desembarco en Gallípoli. Kitchener no discutía sus planes: los anunciaba. Hamilton no tenía personal, ni información sobre las fuerzas o la disposición del enemigo, ni mapas ni tampoco instrucciones claras, pero salió en tren directo por Francia y de allí en un crucero rápido hasta el escenario de operaciones.

Los turcos, tras el 18 de marzo, empezaron a fortificar la península a toda velocidad; emplazaron cañones que sacaron de las fortificaciones de Escútari; enviaron sesenta mil hombres para que se atrincherasen tras los alambres de espinos y manejasen las ametralladoras. Y nombraron comandante a Liman von Sanders, general alemán de energía y tenacidad excepcionales.

En Egipto, donde Hamilton estaba reuniendo sus fuerzas, todo esto se conocía o se adivinaba; pero aun así se tomó la decisión de seguir adelante. Más aún, no existía secreto alguno sobre el destino del nuevo ejército; se comentaba abiertamente en El Cairo, se mencionaba en los periódicos; hasta la misma fuerza expedicionaria se denominaba «Fuerza de Constantinopla»: cartas enviadas desde Inglaterra que llevaban dicha dirección se entregaron a las tropas. Así, habiéndose eliminado del proceso toda traza de misterio, con excepción hecha de la sorpresa táctica práctica, ambos lados se dispusieron a prepararse como en algún campo de batalla de la Edad Media.

En estos confusos hechos, el curso tomado por Churchill era el más claro de todos; nunca estuvo muy entusiasmado por la acción terrestre, y siempre creyó que la Marina pudo haber hecho el trabajo por sí sola, o por lo menos al principio. Pero en aquel momento, con el nuevo entusiasmo de Kitchener, los acontecimientos estaban fuera de sus manos; sin embargo, en público y, hasta cierto punto, en la semiintimidad de Whitehall aún se le consideraba el ministro responsable de la empresa, lo que estaba dispuesto a aceptar siempre que el Ejército actuase rápidamente y con los suficientes hombres. A lo largo del resto de marzo y en abril, se presentó una y otra vez a la puerta de Kitchener

apremiándole cada vez más y ofreciendo más barcos si Kitchener suministraba los hombres necesarios.

Pero de nuevo se encontró con una oposición masiva. Para Joffre, el comandante en jefe francés, y para el Alto Mando británico la única forma de ganar la guerra era «el desgaste boche» en Francia; en cambio, Gallípoli suponía una peligrosa diversión despilfarradora de hombres y suministros. Por lo tanto, el frente oriental siempre fue el pariente pobre, convirtiéndose en el clásico ejemplo trágico de demasiado poco y demasiado tarde. Al final, en la batalla intervinieron, de forma paulatina, medio millón de hombres, siempre condenados a ver la victoria escapárseles a media pulgada de los dedos.

Aclarado esto, el resto de la historia es maravilloso: Gallípoli contiene un esplendor propio, y nunca algo tan magnífico podrá volver a ocurrir en la presente era de la fisión nuclear. La flota que partió de Mudros la noche del 24 de abril de 1915, con el monte Athos y las islas griegas en segundo plano, debió constituir una de las vistas más majestuosas en la historia de la guerra naval. Tanto los marineros como los soldados sentían esa especie de intrépida confianza, fruto tan sólo de la inexperiencia y de la emoción sentida al compartir juntos un gran peligro. Con la aurora, el ejército desembarcó en tres zonas; los hombres se pre-



Carga de una división de la Armada británica en los Dardanelos.



cipitaron de cabeza contra el fuego de las ametralladoras. Las pérdidas superaron con mucho las del día *D* en Normandía, treinta años más tarde. Nunca se consiguió avanzar más de unos pocos centenares de metros en aquel primer día ni en cualquiera de las siguientes batallas homéricas que le sucedieron.

Cuando se disipó la pasión inicial de las primeras batallas, y cuando se estaban calculando en decenas de miles las pérdidas sufridas por ambos contendientes, el general Hamilton sólo podía proclamar que aún se encontraba en tierra, y poco más. No obstante, había estado muy cerca del éxito; si Liman von Sanders no hubiera arriesgado y comprometido todas sus fuerzas de una vez, y si la línea de fuego no hubiese estado al cargo de un fanático y joven general llamado Mustafá Kemal, con toda seguridad los británicos hubiesen atravesado y ganado los altos. Para mediados de mayo, se vio claro que todo el ímpetu había desaparecido; Hamilton escribió a Kitchener diciéndole que a menos que recibiese refuerzos no podría hacer más.

Estas noticias precipitaron una crisis importante en Inglaterra: el 12 de mayo Fisher exigió el inmediato regreso del *Queen Elizabeth* de los Dardanelos, teniendo una violenta reyerta con Kitchener en consecuencia. El 14 de mayo se celebró un descorazonador consejo de ministros; Fisher anunció que se había opuesto a la operación en los Dardanelos desde su inicio, y que

◂ *Celebración de los oficios religiosos a bordo del* Queen Elizabeth *durante la expedición de los Dardanelos, 1915.*

BBC Hulton Picture Library



El político conservador Andrew Bonar Law (1858-1923) fue uno de los principales promotores de la separación de Churchill del Almirantazgo.

bajo ninguna circunstancia estaría de acuerdo con un nuevo ataque naval hasta que el ejército hubiese conquistado la península. A pesar de este arranque, Churchill tuvo la impresión de que él y Fisher se habían despedido en buenos términos aquella noche; pero al día siguiente Fisher había dimitido.

El Gobierno liberal no podía hacer pasar la dimisión del almirante como otro simple cambio de jefe militar; al añadírsele a otros problemas, los conservadores la utilizaron como arma ofensiva, con lo que la posición de Asquith se hizo insoportable. El día 18 de mayo inició conversaciones con Bonar Law, el jefe de la oposición conservadora, con idea de constituir un gobierno de coalición.

Los conservadores estaban más que dispuestos a constituirlo, pero también fueron inflexibles sobre un punto. En ningún caso admitirían a Churchill en el Almirantazgo o en algún otro ministerio. Como mínimo, esto era ser algo más que despiadado, ya que Churchill no había tenido ninguna responsabilidad sobre las operaciones militares en Gallípoli, que se realizaron por iniciativa de Kitchener y con la aprobación del Estado Mayor del Ejército. Una apelación personal del propio Churchill a Bonar Law no hizo diferencia alguna: la mejor oferta que Asquith le consiguió fue Colonias, rechazada por Churchill. Con el tiempo estuvo de acuerdo en aceptar el cargo de canciller del ducado de Lancaster, con asiento en el Comité de los Dardanelos. El pri-





Churchill con Lloyd George, en 1916.

◄ *Lord Kitchener durante una intervención en el Guildhall para pedir refuerzos, el año 1915.*

mer lord del Almirantazgo fue Balfour. En algún sentido constituía el peor revés en la carrera de Churchill.

Ashmead-Bartlett, corresponsal de guerra, recién llegado de los Dardanelos, da una visión reveladora de Churchill en estos momentos. Habían cenado en casa de la madre de Churchill, y tras una discusión acalorada, regresaban a pie por las calles oscuras y casi desiertas a medianoche.

«Llegamos a la residencia del Almirantazgo, donde seguía a petición del señor Balfour hasta que se preparara su propia residencia, y me hizo entrar por una estrecha puerta de servicio. Las salas, en las que había tenido tantos días de poder, estaban desiertas. Sólo estaba de servicio un criado, que recibió una buena reprimenda por no contestar al momento a la llamada. Winston recorrió las salas, en las que sólo se le permitía estar, con la cabeza inclinada, el rostro enrojecido, las manos unidas en la espalda, recogiendo un libro, una carta, mirándolos y luego dejándolos caer, incapaz de concentrarse en algo que no fuera los Dardanelos. Parecía como si las recargadas habitaciones y los documentos oficiales se burlasen de él; el desierto salón, hasta hace tan poco lleno de aduladores, admiradores y pedigüeños, ahora sólo resonaba con el sonido de su voz. Representaba la imagen perfecta del ministro en desgracia. De nuevo exclamó en medio de la noche silenciosa: "¡Nunca lucharon hasta el final! (el Almirantazgo, el gabinete). No le dieron a mis esquemas un trato justo".»

El resto de la historia sobre Gallípoli tiene un cierto aire de pesadilla, y no hay necesidad de estudiarlo con detalle, ya que Churchill dejó de tener influencia sobre ella, aunque se encontraba en la exasperante situación de ser el culpable de cualquier contratiempo y de no tener capacidad para influir en las decisiones que se tomaban.

Por fin, el 31 de octubre, el general Munro, que había sustituido a Hamilton como comandante en jefe, despachó un telegrama recomendando la evacuación total de la península de Gallípoli y el abandono final de la campaña. Calculaba la pérdida de unos 40.000 hombres. Kitchener, atónito ante tal consejo, acudió a toda prisa a Gallípoli, y tras una serie de indecisiones reconoció la lógica del mismo.

Al final, la evacuación misma fue todo un éxito; a pesar de las tormentas invernales que arrastraban los malecones, y de la constante vigilancia de los turcos, se evacuaron a los soldados casi sin víctimas. Por la mañana, los turcos se aproximaron con cuidado y se encontraron las playas vacías y vastas montañas de



El general Munro, junto a lord Kitchener, tras una inspección de las tropas en Mudros.

suministros y municiones ardiendo en la costa. Todo había terminado.

¿Pudo haber tenido éxito? En los años transcurridos desde entonces, parece como si la opinión de Churchill, en lo principal, fuese justificada. Ciertamente, si alguien en 1915 hubiese anticipado las batallas, hasta la exterminación total, empeñadas en Francia durante los tres años siguientes, así como la Revolución rusa de 1917, si se hubiera puesto más ahínco en buscar los cañones y los hombres necesarios para Gallípoli. Si hubiera habido desde el principio una acción combinada, si Kitchener hubiera enviado un par de divisiones para que desembarcasen cuando la flota empezó a bombardear el estrecho en febrero de 1915, con toda seguridad se hubiera abierto el paso. Una proposición más difícil es la de si la flota por sí sola lo hubiera conseguido, y en este caso el peso de la opinión va en contra de Churchill.

Al final uno se imagina que todo fue cuestión de fe, y que en aquel tiempo no había suficientes individuos que, como Churchill, creyeran en la expedición. No fue tanto un asunto de certeza en el juicio como de resolución. El resumen que el propio Churchill hizo del asunto fue el de un error cometido al implicarse en una operación cuando no tenía la autoridad para llevarla a cabo, y se tiene la sensación de que pasó algo de esto. Si él hu-

biera sido el primer ministro, o incluso si Fisher y Kitchener hubieran desaparecido de la escena unos cuantos meses antes, se podría haber llegado a Constantinopla.

Tal y como ocurrió, sin embargo, la reputación de Churchill se hundía cada vez más con la llegada de las noticias de nuevos desastres en la península. A los conservadores ya les desagradaba por su política, y en ese momento se le despreciaba por su capacidad de juicio. A lord Riddell, que le vio en esta época le comentó: «Estoy acabado.» «No con cuarenta años», le dijo Riddell. Pero Churchill insistió en que sí, que era víctima de una intriga política y que ya no le quedaba nada.

Dimisión

En noviembre de 1915, ya no pudo aguantar más. La Cámara escuchó con frialdad la alocución en la que dimitía como

MR. CHURCHILL RESIGNS.

NO PLACE IN WAR COUNCIL.

CABINET WORK AT AN END.

OFFER TO SERVE IN THE FIELD.

Mr. Churchill has resigned his office of Chancellor of the Duchy of Lancaster, and has placed himself at the disposal of the military authorities, his regiment being now in France.

The following is the text of the letters which have passed between him and Mr. Asquith :—

La noticia de la dimisión de Churchill recogida por The Times del día 13 de noviembre de 1915.

canciller del ducado de Lancaster, y recibió sin gran excitación la noticia de que partía para Francia a luchar en las trincheras.

Unos días después, en medio de una fría lluvia de noviembre, el comandante Churchill se presentó a su coronel en el regimiento de los Guardias Granaderos, con el que iba a recibir un mes de prácticas antes de recibir un mando. El batallón estaba a punto de entrar en línea de fuego. Como desacreditado político de ideas anticonservadoras, como responsable de Gallípoli, Churchill no causó muy buena impresión allí y entonces, y no se le hizo caso durante media hora. Luego el coronel se permitió hacer un comentario: «Creo deber mío decirle que no se nos consultó en cuanto a su incorporación a este batallón.» Churchill estuvo seis meses en las trincheras de Francia en 1916; sólo un año después, durante el cual estuvo muy decaído defendiéndose ante la Comisión de Investigación sobre los Dardanelos, Lloyd George creyó que había rehabilitado lo suficiente su reputación y que se le podía readmitir en el Gobierno. El puesto que se le



Tras su dimisión, Churchill se reincorporó a un regimiento. En la imagen, aparece junto a John French (1852-1925), comandante en jefe del ejército británico en Francia



Churchill en Francia, en 1915, junto al general Fayolle y otros jefes militares del ejército británico.



Un tanque de las fuerzas británicas en el frente francés, en 1916.

encontró, el Ministerio de Armamento, era uno de los mejores. Constituía una gran organización, encargada de suministrar armamento y municiones no sólo a las fuerzas británicas, sino también al recién llegado ejército americano. A Churchill le debió suponer una gran satisfacción producir los nuevos tanques, los Gran Willies, objeto de tanta irrisión en los primeros días de la guerra cuando él tanto había hecho por su desarrollo.

El día 20 de noviembre de 1917, en Cambrai, 378 tanques junto con 98 auxiliares entraron en combate sin el bombardeo de artillería preliminar que hubiese destruido el elemento de sorpresa. Los alemanes rompieron en un frente de unos doce kilómetros, haciéndose 10.000 prisioneros. Fue la primera victoria decisiva en Francia, el principio del fin de la guerra. Cuando todo terminó, la Comisión Real que investigaba las demandas de los inventores añadieron la siguiente nota al informe:

«En una primera fase, la Comisión desea hacer constar la opinión de que, debido a la receptividad, valor y empuje del honorabilísimo Winston Spencer Churchill, tuvo realización práctica la idea general de dicho instrumento de guerra; pero el señor Churchill, muy correctamente, opina que todas sus ideas y su tiempo pertenecían al Estado y que no tenía derecho a reclamar ningún tipo de remuneración, incluso si lo hubiese deseado. Sin embargo, nos parece apropiado hacer constar el anterior comentario para que constituya un homenaje al señor Winston Churchill.»

El aire era su otro interés especial. En los últimos días de la guerra adquirió el hábito de levantarse temprano, terminar el trabajo en el ministerio por la mañana y volar a Francia para ver cómo iba el frente a media tarde. Regresaba al trabajo en Inglaterra por la noche. En la actualidad dicho comportamiento sería

excéntrico; en 1918 era casi suicida. Una vez el aparato se incendió sobre el canal; en otra ocasión volcó al despegar. Algo después, cuando él mismo lo pilotaba, la palanca de mando se estropeó y se estrelló, desde una altura de trescientos metros, en el aeródromo de Croydon. Salió de los restos y dos horas más tarde estaba hablando ante la Cámara de los Comunes. Por entonces se estaba acercando a los cincuenta años de edad.



Churchill a su regreso de un rápido viaje a Francia.

◄ *Churchill y Montgomery durante la celebración de la victoria, en París, 1918.*

5. Ministro con Lloyd George y nuevo cambio de partido

Durante los cuatro años que siguieron a las elecciones celebradas al final de la guerra, Churchill sirvió bajo Lloyd George en dos cargos ministeriales: primero como secretario de Estado para la Guerra y para el Aire, y luego como ministro de Colonias. En su hoja de servicios se distinguen tres actos de pacificación y dos hechos de la máxima provocación.

Reuter



Sus actos de pacificación apenas serían hoy criticados por ningún partido. En el ejército hubo un absurdo esquema para desmovilizar a hombres «clave», mecánicos y otros, que servirían para restablecer la industria británica. Se daría preferencia incluso a aquellos que sólo hubiesen permanecido unos cuantos meses en filas, con lo que estalló la rebelión entre los millones de hombres más antiguos que aún permanecían en las guarniciones de Inglaterra, Escocia y Francia. Se estaba perdiendo el control de la situación cuando Churchill llegó al Ministerio de la Guerra; aplastó el plan de los hombres clave, dio preferencia a los heri-

Churchill con su hija en el desfile de la guardia real ante el palacio de ▲ *Buckingham, en 1916.*

Churchill, ministro de la Guerra, y el mariscal de campo sir Henry Wilson pasan revista a las tropas británicas en Renania.



Imperial War Museum



Imperial War Museum

Lawrence de Arabia: «Una sola mente, una sola alma, una sola voluntad».

Parlamentarios irlandeses abandonando la Cámara de Representantes de Dublín, protegidos por voluntarios del ejército republicano irlandés. ▶

dos y soldados con mayor número de años en servicio e incrementó la paga de los que tendrían que esperar algún tiempo para su licenciamiento.

Asimismo tuvo éxito, en 1920, al pacificar el Medio Oriente, donde se había desarrollado una situación caótica tras la desmembración del imperio turco; y había estallado una rebelión en Irak. Tras convocar una conferencia en El Cairo, en la que T. E. Lawrence le sirvió de consejero principal, Churchill instauró a Feisal en el trono de Irak y a su hermano Abdullah con el título de emir en Transjordania. Se sustituyó el ejército británico (que costaba cuarenta millones de libras al año) por una guarnición de la RAF, lo que ahorraba unos treinta y cinco millones. El acuerdo continuó, en gran parte, hasta los años 60.

El otro éxito de Churchill se realizó en Irlanda. La cuestión irlandesa, que tanto ha complicado la política británica durante más de un siglo, puede que esté comenzando a desvanecerse, como si se tratase de una pesadilla medio olvidada, aunque todavía trágica, en la perspectiva histórica; pero, a principios de la década de los 20, a veces parecía como si este tema eclipsase a cualquier otro y como si no tuviera solución. Churchill, en calidad de ministro de Colonias, contribuyó a negociar, además de



defenderlo ante la Cámara de los Comunes, el Tratado de 1921, que fue el primer inicio real de paz en Irlanda. Se creó el Estado Libre de Irlanda con su propio Gobierno bajo Arthur Griffith y Michael Collins, y aunque la terrible guerra civil continuó, el tratado ha sido la base del acuerdo irlandés desde entonces.

Los hechos provocativos tocaban dos de los temas principales de su vida política, y es muy dudoso que se haya visto el fin de los mismos. En 1918, Lenin y los bolcheviques dominaban Moscú y las regiones centrales de Rusia. Debido a la paz por separado que habían firmado con Alemania y a la guerra abierta que seguían con los dirigentes rusos blancos que deseaban continuar la lucha, los aliados les consideraban enemigos declarados. Los dirigentes rusos blancos —el almirante Denikin, el general Koltchak y el general Wrangel— tenían el control de las provincias exteriores y recibían apoyo en Rusia de las tropas británicas, americanas, francesas e italianas. Los británicos entrenaban a unos tres mil oficiales rusos blancos en Vladivostok, al tiempo que se enviaba gran cantidad de armas por Murmansk y Arcángel. Hasta la derrota alemana, la política aliada fue muy clara: harían todo lo posible por derrotar a los bolcheviques, puesto que en la práctica éstos se habían unido al lado alemán.



«Permitamos a Britannia —decía Churchill— despojarse de los ridículos y desagradables atuendos y harapos, hechos en alemania y rusia, con que los socialistas pretenden que se vista. Dejad que se revele una vez más tal como es, sosegada y majestuosa en su trono». Caricatura sobre este tema.

Artillería del Ejército Blanco que, bajo el mando del barón de Wrangel, combatió a los bolcheviques en Ucrania y Crimea entre 1917 y 1920. ▶

Tras el armisticio, el caso era otro. ¿Debía dejarse que los rusos arreglasen sus propios asuntos (lo que era, más o menos, la opinión de Lloyd George y Woodrow Wilson), o debía continuarse con la ayuda a los rusos blancos, que habían sido sus aliados durante la guerra y que en ese momento eran exterminados (lo cual era la política de Churchill)?

Churchill no era imparcial en este asunto. En el pasado, y en cualquier momento de su carrera, había sido totalmente claro sobre la aversión que le producía el régimen marxista. La diatriba que pronunció sobre Lenin (entonces, lógicamente, era Lenin quien contaba) es uno de los discursos más devastadores y vituperantes —si se quiere, diabólicos— de todo su repertorio, y no se puede decir que fuese un aficionado en este campo.

«A mediados de abril de 1917, los alemanes tomaron una sombría decisión, a la que Ludendorff se refiere en voz baja. Hay que tener en cuenta las desesperadas bazas a las que los líderes alemanes ya se habían comprometido. Habían emprendido la guerra submarina ilimitada, con la seguridad de llevar a los Estados Unidos a la guerra contra ellos. En el frente occidental desde el principio habían utilizado los más terribles medios ofensivos que tuviesen a su disposición; habían empleado gas venenoso a gran escala y habían utilizado el lanzallamas. Y sin embargo, habían soltado sobre Rusia con algo de pavor la más espantosa de las armas. Transportaron en un vagón sellado, como a un bacilo de la peste, a Lenin desde Suiza hasta Rusia.»

Por lo tanto, con algo de aprobación personal, Churchill se dispuso, como ministro de la Guerra, a enviar otros 8.000 hombres y nuevos suministros a Rusia. Se pensaba que si sobrevenía lo peor, dicho contingente serviría, en cualquier caso, para cubrir la retirada de las tropas aliadas.

En 1919, Inglaterra se hallaba exhausta y se tenía la fuerte convicción de que había que dejar solos a los bolcheviques. Aunque Churchill no era, en forma alguna, el principal instigador de la política gubernativa sobre Rusia, las protestas se unieron, como otras veces antes, a su nombre. Al final se retiraron las tro-



pas, y desde ese momento se cerró Rusia a Occidente casi de la misma forma como ocurriría con China treinta años después.

El otro incidente provocador pareció ser mucho más serio en aquel momento. Según el Tratado de Sèvres, Turquía había aceptado la desmembración de su imperio, y se había instalado una guarnición de británicos, franceses e italianos en Constantinopla y a lo largo de una franja de los Dardanelos, en Chanak. En 1920 Mustafá Kemal, encabezando una fuerza patriótica de irregulares, repudió el tratado; ante esto, contra él marchó por Anatolia un ejército griego, hasta cierto punto animado por Lloyd George y los aliados. Tras una batalla de catorce días de duración, los griegos fueron derrotados, y tras una corta tregua Kemal siguió su avance hacia el oeste, con la aparente intención de cruzar hacia Europa. Churchill no había apoyado con gran fervor la política griega seguida por Lloyd George, pero no estaba dispuesto a que se desafiase a la guarnición aliada ni tampoco a que fuese rebasada, lo que podría dar como resultado que los Balcanes entrasen de nuevo en guerra. Por lo tanto, propuso que se enviasen refuerzos a sir Charles Harrington, el comandante británico en Constantinopla, y que se instruyese a la flota británica, ya en dirección del mar de Mármara, para abrir fuego en caso necesario. Al mismo tiempo se invitaba a Francia, Italia y a los Dominios Británicos a que enviasen nuevos contingentes a Turquía «con el fin de salvaguardar todo lo que se había ganado en la guerra».

Churchill, a petición del primer ministro y de sus colegas, preparó un comunicado en estas líneas. Iba más lejos de lo que se pretendía, e inmediatamente estalló la tormenta. ¿Había que iniciar de nuevo una guerra, y en el mismo lugar fatal, los Dardanelos? Mientras tanto, Poincaré, el *premier* francés, había hecho retirarse al contingente galo y en Inglaterra los conservadores, con Bonar Law, protestaron diciendo que la nación no podía actuar como si fuera el «guardián del mundo», con lo que el partido de la paz se volvió en contra de Churchill. Ya existía en el país la sensación de que el Gobierno de coalición de Lloyd George había durado demasiado, y este nuevo incidente constituyó el *coup de grâce*. No importó el que la política gubernativa de hecho, durante un tiempo por lo menos, tuviese un brillante éxito: Kemal retiró sus fuerzas de Chanak y se llegó a un acuerdo. El día 19 de octubre de 1922, en la famosa reunión celebrada en el Carlton Club, los conservadores decidieron (por 187 votos contra 87) retirar su apoyo a la coalición. Churchill y Austen Chamberlain intentaron, con escaso interés, crear un partido de



Mustafá Kemal (1881-1938), fundador de la Turquía moderna, desempeñó varios cargos militares durante la I Guerra Mundial y fue el principal artífice de la independencia de su país. La Asamblea Nacional le atribuyó el nombre de Atatürk, «padre de los turcos».

centro en contra de los socialistas, pero no resultó; en consecuencia, el cambio de Gobierno era inevitable. Así, la coalición de liberales y conservadores que se creara a raíz de la crisis de los Dardanelos en 1915 fue demolida, siete años más tarde, por la misma causa.

Salida del gabinete y del Parlamento

Bonar Law ocupó el cargo con un gobierno conservador en 1922. En las elecciones siguientes los conservadores obtuvieron una clara mayoría; Lloyd George salió y nunca volvería a ocupar un alto cargo. Churchill llegó a perder el escaño por Dundee; cuando se recontaron los votos se descubrió que estaba en el fondo de la lista con el candidato comunista, William Galagher. En ese momento se estaba recuperando de una operación de apendicitis, y comentó con cierta tristeza que estaba «sin car-

go, sin escaño, sin partido y sin apéndice». Se fue con su esposa al sur de Francia, a pasar el invierno, a una villa alquilada, «Le Rève d'Or», cerca de Cannes. Fue la primera vez, en más de veinte años, que no estaba en la Cámara de los Comunes.

Lo realmente importante para Churchill era la liviandad de los lazos que le unían al Partido Liberal, o más bien la debilidad del mismo partido. Estaba totalmente convencido de que había que formar una fuerza de oposición contra el Partido Laborista y contra los comunistas (a los que agrupaba), pero dicha función la estaba asumiendo con gran rapidez su antiguo Partido Conservador.

En 1924 ocurrió la ruptura. En la elección general de ese año la composición de la Cámara fue la siguiente: Baldwin y los conservadores, 255 escaños; Asquith y los liberales, 158; Ramsay Macdonald y los laboristas, 191. Cuando Asquith decidió apoyar a Macdonald creándose así el primer Gobierno laborista en



Winston churchill en un mitin celebrado durante la campaña electoral de 1924, en Epping.





The Times

Churchill participando en un partido de polo, en Roehampton, en 1923.





la historia británica, Churchill se separó de los liberales para siempre. Los laboristas eran sus oponentes; no había otra elección que regresar a los conservadores.

Mientras tanto, en vez de influir en estos cambios de gobierno, le era muy difícil regresar a la Cámara. En 1923 se presentó por Leicester West, donde fue derrotado con gran facilidad por Pethick Lawrence, el candidato socialista. Al año siguiente se presentó como independiente (con tendencias conservadoras) por la Abbey Division en Westminster, y aunque en un principio se dijo que había «ganado por cien», el recuento final reveló que en un total de 22.000 votos había perdido por 42. En este momento tenía tres derrotas sucesivas, y llevaba fuera de la Cámara cerca de dos años.

Vistos en retrospectiva, los cambios de partido realizados por Churchill no parecen acciones ilógicas o irresponsables. Siempre fue partidario del libre cambio, y cuando los conservadores le abandonaron él se separó de ellos para alistarse al Partido Liberal en 1904. Siempre fue opuesto al socialismo, así que cuando los liberales se unieron a los socialistas en 1924, regresó a los conservadores. De igual manera, sus hechos y política en los primeros tiempos de la guerra, en especial en Amberes y Gallípoli, constituían, vistos bajo la luz de todo lo que desde entonces ha ocurrido, la expresión de una mente racional y de gran ingenio.

Pero no todo el mundo lo veía de esta forma en aquella época. Para muchos votantes los cambios de partido simplemente eran signos de inestabilidad y de oportunismo; mientras que sus aventuras militares eran sólo fracasos que habían causado grandes pérdidas humanas. En estas elecciones se encontró con gritos de «¿y qué pasa con Amberes?, ¿qué pasa con los Dardanelos?», y con acusaciones de haber «chaqueteado». De lo que no se dudaba era de su valor y su conocida brillantez, aunque tampoco le hubieran servido de mucho si no hubiese sido también tenaz. En 1924 se presentó de nuevo a elección, tras la caída de la Administración Macdonald, y esta vez la sección de Epping de Essex le hizo pasar en el triunfo conservador con una sólida mayoría.

▼ *Churchill trabajando con su secretaria durante la campaña electoral de 1924.*

◄ *Los Churchill delante de los locales del comité, durante las elecciones parciales celebradas en 1924, a las que Winston se presentó por la Abbey Division.*

Regreso al Partido Conservador

Baldwin, asentado con firmeza en el poder con una mayoría de 211 escaños, vio con gran perspicacia que si tenía que contar con Churchill era mejor tenerlo en el mejor que le correspondía, en lo alto; y le ofreció el Ministerio de Hacienda. Churchill no había esperado nada tan importante; es más, existe la historia de que al principio no creyó que le ofrecían la cartera de Hacienda, sino la cartera del ducado de Lancaster, y aceptó al instante. Los siguientes cinco años él presentó el Presupuesto Conservador.

El Ministerio de Hacienda fue, en muchos sentidos, el periodo menos afortunado de Churchill en política; se recuerda sobre todo por dos temas que podrían haber llevado al país al desastre: la vuelta al patrón oro y la huelga general que la siguió.

Gran Bretaña había abandonado el patrón oro debido a la guerra, por lo que la libra esterlina había bajado al noventa por ciento su valor de 1914. A mediados de los años 20, cuando Churchill por primera vez llegó a Hacienda, sufrió fuertes presiones tanto de la City como de sus propios consejeros para devolver


BBC Hulton Picture Library

Stanley Baldwin (1876-1947), primer ministro británico en dos ocasiones. En opinión de Churchill, «sabía esperar los acontecimientos».


BBC Hulton Picture Library

El economista John Maynard Keynes (1883-1946) criticó abiertamente las actuaciones de Churchill como ministro de Hacienda.

a la libra su anterior crédito con el regreso al oro. Dicha política tenía el claro peligro de convertir la libra en una moneda tan fuerte que se encontrase dificultad en la venta de los bienes británicos manufacturados en el continente, a no ser, naturalmente, que se redujeran los precios, con la subsiguiente reducción de salarios. No obstante se decidió que lo más importante era el crédito de la libra esterlina y que había que arriesgarse.

J. M. Keynes describió los peligros de dicha acción con brutal e irónica claridad en el panfleto *The Economic Consequences of Mr. Churchill*, publicado tras dicha decisión. Tras demoler el consejo de los expertos de Hacienda calificándolo, con una frase lapidaria, de «meditaciones vagas y desustanciadas», continuó advirtiendo a Churchill que se estaba complicando en una política de reducción salarial y de rebajar el nivel de vida mediante la creación deliberada de desempleo; todo esto llevaría inevitablemente a conflictos industriales.

Por justicia habría que recordar que el iniciador de la política del retorno al oro no fue Churchill sino su predecesor, el canciller laborista Snowden. Sin embargo, las consecuencias se sucedieron con toda rapidez. Durante un tiempo, el Gobierno consiguió mantener los salarios de los mineros por medio de subsidios a los propietarios de las minas, pero dichos subsidios no po-

dían continuar. Los empresarios no tuvieron otra solución que reducir los salarios, con lo que los mineros salieron en huelga, llevándose con ellos a los obreros de muchas industrias.

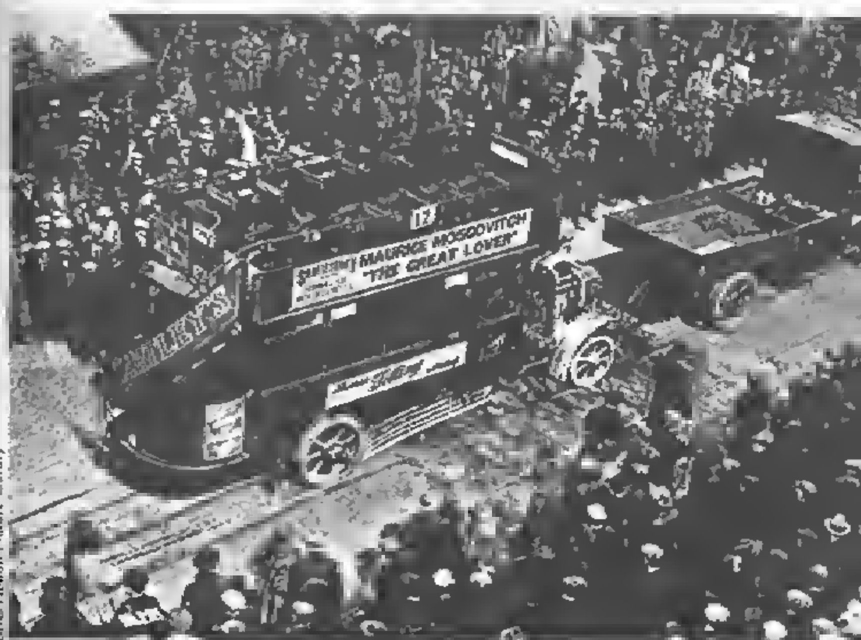
El día 4 de mayo de 1926 se inició la huelga general que continuó durante una quincena (a los mineros, no obstante, no se les obligó a volver al trabajo, por hambre, hasta seis meses más tarde), y que constituye uno de los episodios más graves de la historia social británica. Aparte de las consecuencias económicas (se dice que le costó al país ochocientos millones de libras) y de la gran influencia que ejerció sobre todas las elecciones y sobre las relaciones entre obreros y empresarios desde entonces, uno de los aspectos más interesantes fue que sacó a la luz el conflicto personal entre Churchill y Ernest Bevin, el jefe de los huelguistas. En los años siguientes, estos dos hombres, tal vez más que ningún otro, fueron responsables de unir al país durante las épocas de guerra y de dividirlo de nuevo en tiempo de paz. Con pasados tan totalmente diferentes y unas concepciones tan opuestas, ambos eran de forma casi absurda tipos característicos de sus partidos y de Inglaterra; y, siendo enemigos, tenían gran amistad. No era casualidad que los caricaturistas, la prensa, la Cámara y el público llamasen al hombre del sombrero de seda y al de la gorra de paño, no Bevin o Churchill, sino sencillamente Ernie y Winston; y en Inglaterra, la forma de ser de cada uno de ellos se comprendía por completo.

La intervención de Churchill en la huelga fue activa, rotunda y llena de éxito. Se hizo cargo de las prensas del *Morning Post*, y con ayuda de mano de obra voluntaria produjo la *British Gazette* casi como si fuese una operación de batalla. Con un tremendo empuje dirigió las imprentas, a los impresores y los medios de transporte necesarios. En el primer número sacó 230.000 ejemplares, y durante los restantes ocho días de existencia el periódico incrementó su tirada por diez. Como redactor-jefe, adoptó una actitud luchadora que hubiera sido aprobada por su abuelo, Leonard Jerome, quien había ejercido una gran influencia sobre la política «dura» patrocinada por el *New York Times* durante la guerra civil americana; es decir, Churchill parapetó las puertas y empezó a disparar con todo lo que tenía. Cuando al final de la huelga asistió durante una hora, emocionado y victorioso, al viejo teatro Imperio (Adele y Fred Astaire aparecían en *Lady Be Good*), el público asistente se levantó y le ovacionó.

Dos momentos de la huelga general de 1926. Arriba, un voluntario conduciendo un autobús con protección oficial. Abajo, los huelguistas contemplan la retirada de un autobús. ▼



BBC Hulton Picture Library



BBC Hulton Picture Library

The British Gazette

Published by His Majesty's Stationery Office.

LONDON, WEDNESDAY, MAY 5, 1926.

ONE PENNY

FIRST DAY OF GREAT STRIKE

Not So Complete as Hoped by its Promoters

PREMIER'S AUDIENCE OF THE KING

Miners and the General Council Meet at House of Commons

FOOD SUPPLIES

No Hoarding. A Fair Share for Everybody

HOLD-UP OF THE NATION

Government and the Challenge

NO FLINCHING

The Constitution or a Soviet

COMMUNIST LEADER ARRESTED

Mr. Saklatvala, M.P., Charged at Bow Street

SEQUEL TO MAY DAY SPEECH

MILK DISTRIBUTION

Control of Supplies in the Metropolis

Pero esta aureola no duró. Al gabinete laborista de 1929 le sucedió la coalición Baldwin-Macdonald de 1931; y ya no había lugar para un hombre que siempre estaba a sus anchas en acción y que estaba decidido a tener una causa. Gran Bretaña estaba hundiéndose en la larga y lenta depresión de los años 30; el hundimiento financiero había dejado al pueblo sin energía y sin propósitos, y no tenía ganas para causas. Los planes de Macdonald sobre desarme y la frase de Baldwin sobre la normalidad económica probablemente fueran fieles reflejos de lo que deseaba la nación, así que para mucha gente Churchill era un molesto anacronismo. Durante diez años permaneció en los bancos traseros de la Cámara, constituyendo una oposición turbulenta e independiente formada por un solo hombre. Ante el público presentaba la imagen del político prometedor que había perdido su oportu-

BBC Hulton Picture Library

James Ramsay MacDonald (1866-1937), primer jefe de gobierno laborista de Gran Bretaña. Churchill le llamó «la maravilla sin huesos».

Parte de la primera página del primer número de The British Gazette, *aparecido el 5 de mayo de 1926.*

nidad, del brillante orador que nunca era lo bastante elocuente. Poco a poco estaba alcanzando la posición de ser una permanente celebridad parlamentaria, divertida, contenciosa y para siempre desfasada.

Pero Churchill presenta una estructura de fondo; él parte de dos bases y nunca las abandona. En la Cámara de los Comunes pronuncia sus discursos, en casa escribe sus libros; y no importa lo que ocurra: si está o no en el gabinete, si vota con los conservadores o contra ellos, siempre se le puede encontrar en una y otra ocupación. Nunca le atrajo ningún otro tipo de vida; las promesas de cargos de gobernador o de grandes empresas nunca le distrajeron, y por lo visto nunca pensó en serio en retirarse. En medio de tantos cataclismos externos, él era la persona menos desplazada que se podía uno imaginar.

6. La voz que clama en el desierto

Por lo tanto, a principios de la década de los 30, cuando vio que no había sitio para él en ningún cargo público, se volvió hacia su vida privada en el hogar; y allí la dinamo empezó a correr como nunca. Churchill nunca había estado, económicamente hablando, seguro como Balfour o tantos otros contemporáneos conservadores; él tuvo que trabajar y luchar por casi todo lo que consiguió. Las veintitantas mil libras esterlinas que había obtenido por sus conferencias y libros a principios de siglo, ya estaban casi agotadas; pero siempre fue un periodista muy bien pagado (por ejemplo, el *Sunday Pictorial* le ofreció 500 libras por seis artículos, lo que era una suma muy alta en aquellos días), mientras que los emolumentos de los ministros tenían mucho más valor que en la actualidad. Además, en 1919 heredó inesperadamente un legado de unas 40.000 libras de su tatarabuela, la marquesa de Londonderry. Sus ingresos se elevaron a unas 5.000 libras al año. Aun así, a veces tenía problemas financieros, y no era un hombre acaudalado en el inicio de la II Guerra Mundial.

A principios de los años 20, tras un periodo de casi quince años, volvió a escribir. Entre 1923 y 1929 aparecieron cuatro volúmenes de *La crisis mundial: 1911-1918*; ésta era la narración personal de la I Guerra Mundial y de los acontecimientos que la causaron, y es algo asombroso que produjera una obra tan clara y autorizada mientras desempeñaba, por lo menos en parte, un cargo. Fue, y aún lo sigue siendo, un gran éxito. Invirtió parte de las 40.000 libras que obtuvo en la compra Chartwell Manor, en Westerham (Kent), donde aún residía en 1960.

Su madre, lady Randolph Churchill, que sobrevivió a su marido durante un cuarto de siglo y se casó dos veces más, murió en 1921; pero Winston ya tenía su propia y creciente familia, con cuatro hijos. Cartwell parecía más una aldea que una casa familiar, donde la actividad nunca terminaba. Además de los niños, había una gran población de gatos, perros, gansos, gallinas y peces; y casi todos los días la señora Churchill tenía invitados. Allí


London News Agency

Churchill con el duque de Sutherland, en la playa de Deauville, 1927.



BBC Hulton Picture Library

La casa y la propiedad de Chartwell Manor, en Westerham (Kent), adquirida por Churchill en 1922. Allí estableció su lugar de retiro para llevar a cabo su trabajo intelectual, recibir a sus amigos y practicar sus aficiones.



La pintura fue una de las aficiones favoritas de Churchill.

Churchill reparando el tejado de un cobertizo en Chartwell. ▼

llegaban muchas figuras políticas de importancia desde Londres, y a la casa afluía constantemente una corriente de informaciones e ideas, con lo que en cierto modo se convirtió en una especie de gabinete privado.

La afición a la pintura seguía, en especial hacia paisajes, bodegones y cosas así. Luego, al aficionarse a la albañilería, Churchill se construyó dos amplias cabañas y una piscina. Ponía un ladrillo por minuto.

Escribir se convirtió en el centro de su vida. Churchill escribía como pocos escritores; es decir, raras veces escribía, sino que dictaba a lo largo de la mañana a una secretaria, produciendo entre tres y cuatro mil palabras al día, cantidad verdaderamente asombrosa. En 1930, al año de dejar el Gobierno, publicó *Mis años mozos*, relato simple y delicioso de sus primeros vein-



BBC Hulton Picture Library

tiséis años, y muy probablemente lo más agradable que nunca haya escrito. Luego salieron uno o dos volúmenes de ensayos, y a principios de la década de los años 30, se embarcó en una gran obra, un estudio sobre su antepasado Marlborough.

Pidió a historiadores y a expertos militares que participasen en el asesoramiento y la recolección de datos; junto al profesor Lindemann (quien más tarde sería lord Cherwell, y consejero suyo en asuntos científicos), recorrió los campos de batalla continentales en los que participara Marlborough; además organizó una concienzuda búsqueda en Blenheim y otros lugares de todos los documentos contemporáneos. El trabajo intenso siguió durante media docena de años, y se plasmó en una de las principales obras históricas de la primera mitad del presente siglo. Sólo puede sentirse asombro ante tan gran proyecto (se publicó en cuatro volúmenes), realizado al tiempo que sus otras actividades, ya que seguía asistiendo a la Cámara de los Comunes y participando en todo gran debate. Puede ser que la misma inercia de la época le ayudara. Como A. L. Rowse ha comentado, «los años treinta fueron el momento de apogeo de la segunda categoría». No es posible que a Churchill la combinación de Bald-



John Churchill, primer duque de Marlborough. Churchill obtuvo el premio Nobel de literatura en 1953 por la biografía de su famoso antecesor, escrita entre 1933 y 1938. British Museum.

Churchill criticó la política seguida por Baldwin en la India: «¡La India es una abstracción!»



win, Macdonald y Neville Chamberlain, rectora de los gabinetes desde 1931 hasta 1939, le pareciese menos que catastrófica, y no hay duda de que lo mismo pensó Lloyd George.

La expresión más efectiva de lo que Churchill pensaba se puede ver reflejada en su feroz ataque contra Ramsay Macdonald ante la Cámara:

«Ya comenté el otro día, después de su derrota en una importante votación, la maravillosa capacidad que tiene para caer sin dañarse. Cae, pero vuelve a levantarse, sonriendo, algo despeinado, pero sonriente. Pero ésta es una coyuntura crítica, una situación que pondrá a prueba al máximo la extraña destreza de la que hace gala. Recuerdo que una vez, cuando niño, me llevaron a visitar el famoso circo de Barnum, donde se exhibían fenómenos y monstruos, aunque la pieza que yo más deseaba ver era la llamada "Maravilla sin Huesos". Mis padres consideraron que dicho espectáculo sería repugnante y desmoralizador para mis jóvenes ojos; y he esperado durante cincuenta años para ver a la Maravilla sin Huesos sentada en el Banco Azul.»

A partir de 1931, Churchill abrió una vez más el abismo existente entre él y los líderes conservadores sobre la cuestión de la India. Contra todos los partidos de la Cámara luchó con obstinación y, a veces, con gran ferocidad por conseguir que se retuviese el poder británico; repetía una y otra vez que el abandono significaría la guerra civil y la ruptura del Imperio. Además, la visión de Gandhi le molestaba; era «alarmante y también nauseabundo ver al señor Gandhi, un subversivo abogado del Middle Temple, aparentar ser un faquir o un tipo conocido en Oriente, y subir medio desnudo la escalinata del Palacio del Virrey».

Aparte de una minoría en el Partido Conservador, sus opiniones no tenían un apoyo real. La ley sobre la India en la que se prometía el estatuto de Dominio fue aprobada y, una vez más, Churchill se quedó clamando en el desierto.

Aunque se encontró mucho más solo y peleado con casi todo el mundo sobre la crisis de la abdicación. Ya es un poco difícil recordar el curioso silencio de hospital que se cernió sobre Gran Bretaña al conocerse en diciembre de 1936 que el rey Eduardo estaba decidido a abdicar, ya que, como rey, no podía casarse con la señora Simpson. Se sentía una gran simpatía por el rey, pero mucho más grande era el sentido de la conveniencia social personificado en Balfour y en el arzobispo de Canterbury. Cuando, por último, el presidente del Parlamento anunció la abdicación el 10 de diciembre, por todo el país se experimentó un profundo sentimiento de gratitud hacia el primer ministro.



BBC Hulton Picture Library

El rey Eduardo VIII, posteriormente duque de Windsor, en la época de su abdicación. «Me sentí obligado a colocar mi lealtad personal hacia él por encima de cualquier otra», dijo Churchill.

Churchill, acompañado por su esposa y su hija Sarah, se dirige al palacio de Buckingham, mayo de 1933. ▶

Reuter





Keystone



BBC Hulton Picture Library

Entrada de Hitler en Austria, marzo de 1938.

Llegada de Chamberlain a Londres, tras la firma del tratado de Munich, 30 de septiembre de 1938. ▼

Churchill fue totalmente a contrapelo en esta ocasión. Con la aprobación de Baldwin, visitó al rey y le asesoró. En el Parlamento defendió la causa real, pidiendo solamente que no se tomase ninguna decisión hasta que el Parlamento discutiera el tema. El único resultado fue fomentar la idea de que intentaba crear un partido del Rey independiente, y se le hizo callar con silbidos. Si hubiese existido oportunidad alguna para que Churchill regresara al poder (ya se estaba volviendo a su favor la popularidad), se hubiese perdido del todo en esta crisis. De forma algo vaga, se consideraba que había sido desleal.

Por otro lado, sus sombrías tronadas contra el creciente poderío alemán no eran muy populares. Hubo un gran alivio cuando Baldwin pudo señalar que todas las cifras ofrecidas por Churchill sobre la fuerza aérea nazi en expansión eran erróneas; y cuando, seis meses después, Baldwin, conciliadoramente, admitió que el errado era él, su retractación no consiguió hacer recordar al público que Churchill había estado en lo correcto. Más bien, se dijo que Baldwin había sido muy honesto y franco al reconocer su equivocación. En todos estos diez años, Churchill defendió casi en solitario la campaña por el rearme, y ni siquiera la marcha de Hitler sobre Renania en 1936, ni la conquista de Abisinia por Mussolini, ni el avance japonés sobre Manchuria, ni siquiera la anexión nazi de Austria llevaron mucha gente a su lado. Sí se inició un programa para incrementar las fuerzas armadas,

pero era exiguo, poco entusiasta, y estaba retrasado por un gran presentimiento de que los bombardeos y el gas venenoso supondrían el fin de la civilización de todas maneras.

Aún quedaba por cometer un nuevo error, el último y el más grande en esta década de errores, y cuando se cumplió en Munich, Churchill pronunció un discurso extrañamente fatídico, quizás uno de los más estadistas que nunca pronunciara. Dijo que se había recibido «una derrota total y sin paliativos», Francia mucho más que Gran Bretaña. Tal vez le hubiera ido mejor a Checoslovaquia si se le hubiera dejado que negociara con Alemania por sí sola; no podría haber obtenido peores condiciones.

Continuó diciendo que no había posibilidad de amistad con Alemania; la única esperanza que Gran Bretaña tenía era la de empezar el rearme, sobre todo en el aire, y a una escala que nunca antes se había intentado. Y concluyó:

«No veo mal que nuestro bravo y leal pueblo, que se preparó a cumplir con su deber a cualquier precio, que nunca vaciló bajo la presión de la pasada semana; no veo mal que sintiera una explosión de alegría y alivio al enterarse de que no se le exigiría más terribles sufrimientos por el momento; pero debe conocer la verdad. Debe saber que ha habido una total negligencia y múltiples dificiencias en nuestras defensas; debe saber que hemos sufrido una derrota sin guerra, cuyas consecuencias nos acompañarán; debe saber que hemos cruzado un terrible hito en nuestra historia, en el que el equilibrio total de Europa se ha roto... Y no debe suponer que éste es el final; no, tan sólo es el principio de la cuenta atrás. Es tan sólo el primer sorbo, es el primer trago de una amarga copa que se nos ofrecerá año tras año a no ser que, recobrando la salud moral y el vigor marcial, nos levantemos de nuevo y luchemos por la libertad, como antaño.»

Aún quedaban once meses de paz. En este tiempo, se fueron cumpliendo, uno tras otro, todos los avisos de Churchill. En marzo de 1939 lo que quedaba de Checoslovaquia fue engullido; durante Semana Santa, al mes siguiente, Mussolini tomó Albania. Luego, tras firmar un pacto de no agresión con Rusia, Hitler avanzó a la conquista de Polonia el 1 de septiembre. El 3 de septiembre, Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra. Ese mismo día, bajo la terrible presión de la crisis, Chamberlain se volvió hacia el hombre que la había predicho desde el principio: invitó a Churchill a intervenir en el gabinete de guerra como primer lord del Almirantazgo.

7. «Sólo puedo ofrecer sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor»

Aquella mañana dominical, el nuevo ministro recibió una ovación durante la sesión especial celebrada en la Cámara. Luego regresó a sus antiguas habitaciones en Whitehall y sacó los mismos mapas que utilizara veinticinco años antes al ordenar la entrada en acción de la flota. Se envió un mensaje a todos los buques y establecimientos costeros de la Marina: «Winston ha vuelto.»



Central Press

Churchill y Eden, camino del Parlamento, pocos días antes de que comenzase la guerra.



Churchill presidiendo una reunión del Almirantazgo, en noviembre de 1939.

Cuando Churchill volvió al Almirantazgo en 1939, tenía sesenta y seis años de edad, y pasaba de los setenta cuando la guerra terminó, seis años después, en el verano de 1945. Para entonces Roosevelt, Mussolini y Hitler habían muerto, y a Stalin, la otra gran figura del momento, le quedaban escasos años de vida.

Churchill era mayor que cualquiera de ellos: cuatro años más que Stalin, ocho más que Roosevelt, nueve más que Mussolini y sus buenos quince años más que Hitler. Otra cosa también le hacía diferente: entre todos sus amigos y enemigos contemporáneos era el único que no estaba en el poder cuando la guerra comenzó. En todos los casos los otros ya llevaban un lar-



BBC Hulton Picture Library

El primer lord del Almirantazgo es recibido con todos los honores a bordo del Exeter, *en Plymouth.*

go tiempo en el poder en 1939 y habían situado a sus propios nombramientos en los altos cargos, eran los comandantes en jefe de las fuerzas armadas, y cada uno de ellos poseía un fuerte sistema de gobierno bajo su control directo.

Churchill tuvo que crearse dicha posición con gran premura y en tiempo de guerra; y lo tuvo que hacer de forma que nunca anulara totalmente la voz del Parlamento. De hecho, y con la aprobación de la Cámara de los Comunes, se convirtió en un dictador, dándosele poderes que nunca hubiera recibido ni siquiera por dos minutos en cualquier otro momento. Como comentó Bernard Shaw, «si no hubiera sido por la reanudación de la guerra, Churchill nunca hubiera tenido ninguna oportunidad de co-

ronar su carrera parlamentaria siendo primer ministro». Lo que era totalmente verdad; pero también era cierto que todo el mundo estaba encantado de que así fuera, en tanto durase la crisis.

Por lo tanto, hay que analizar estos asombrosos seis años en la vida de Churchill, contrastándolos con este fondo del poder alcanzado a toda prisa, de forma total e inesperada al final de una larga carrera parlamentaria.

El preludio del Almirantazgo duró exactamente ocho meses, desde septiembre de 1939 hasta mayo de 1940; casi justamente el período de la guerra fría. Churchill, como primer lord, tuvo mucha suerte en que la Marina fuese no sólo la única fuerza de lucha efectiva en aquel momento, sino que también estuviese en acción. Además, tanto él como los ingleses aman el mar, y Churchill, desde el principio, tuvo hechos trágicos y maravillosos que contar. A los pocos días del inicio de las hostilidades, el primer ataque submarino alemán hundió el transatlántico *Athenia* frente a la costa occidental de Irlanda, al que siguieron otros muchos hundimientos con gran rapidez. Pero también se celebró la Batalla del Río de la Plata (tan parecida a la Batalla de las Islas Malvinas durante la I Guerra Mundial), en la que los cruceros *Exeter* y *Ajax* acorralaron al *Graf Spee* obligándole a hundirse en aguas sudamericanas. Churchill dijo: «En un oscuro y frío invierno ha calentado las entretelas de nuestros corazones.» Nuevamente, cuando el destructor *Cossack* entró en los fiordos noruegos y, al estilo corsario, arrebató 299 prisioneros británicos al vapor alemán *Altmark*, pareció de verdad como si todos se hubiesen levantado, tal y como Churchill apremiara a hacer en la época de Munich, y se aprestaran a luchar «por la libertad, como antaño».

Esta atmósfera de decidido peligro y regocijo que rodeó a Churchill le llevó hasta el cargo de primer ministro al colapsar, a las pocas semanas, la fracasada campaña de Noruega y al caer sobre los Países Bajos y Francia el arrollador ataque alemán. En cuestión de horas, toda esperanza se disipó en el desastre. Leopold Amery lanzó a Chamberlain en la cámara de los Comunes las palabras de Cromwell: «Digo que partas, y nos libraremos de ti. ¡Vete, en nombre de Dios!» Tal vez fuese el absurdo comentario hecho por Chamberlain unos días atrás, «Hitler ha perdido el autobús», lo que encendió la llama. El día 10 de mayo, mientras los alemanes invadían Francia en una de las ofensivas terrestres más espectaculares de los tiempos modernos, dimitió. Siguiendo el consejo de Chamberlain, el rey envió a por Churchill esa misma noche, y le pidió que formase gobierno.

Primer ministro

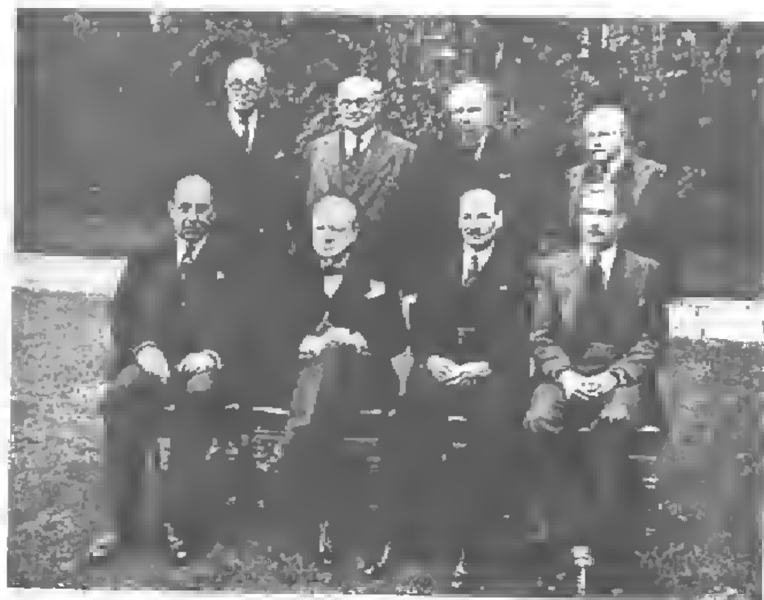
Churchill escribiría más tarde: «Me sentí como si estuviese andando con el destino, y que toda mi vida pasada había sido preparación para este momento y esta prueba.»

En los años que han transcurrido desde entonces, las palabras de los grandes discursos de Churchill han sonado tanto en nuestros oídos que tendemos a recordarlas como si fueran algún poema épico, algún pasaje de una tragedia clásica que tuvimos que aprender en la escuela. Al principio, parecen olvidadas, pero con que alguien nos recuerde el comienzo, las palabras nos vuelven con aquella cadencia familiar, la escena se revive de nuevo con el ambiente y la exaltación de aquellos momentos, y no importa las veces que se hayan repetido, pero a veces es difícil reprimir las lágrimas.

Sala de reuniones del Gabinete de gobierno en el número 10 de Downing Street.



National Buildings Record



The Times

El gabinete de guerra en octubre de 1941, en el jardín del número 10 de Downing Street. Sentados: Sir John Anderson, Churchill, Attlee y Eden. De pie: Greenwood, Bevin, Beaverbrook y sir Kingsley Wood.

En su primera alocución como primer ministro en la Cámara de los Comunes dijo:

«Diré a la Cámara lo que he dicho a los que componen este Gobierno: "Sólo puedo ofrecer sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor." Ante nosotros se alza una prueba de las más duras; tenemos ante nosotros largos meses de lucha y sufrimientos. Me preguntáis cuál es mi política. Os diré: presentar batalla por mar, tierra y aire, con todo nuestro poderío y con toda la fuerza que Dios nos conceda; presentar batalla a una monstruosa tiranía, nunca superada en el sombrío y lamentable catálogo del crimen humano. Esa es mi política. Me preguntáis cuál es nuestra meta; sólo puedo contestar con una palabra: victoria, la victoria a cualquier precio, victoria a pesar del terror, victoria por muy largo y duro que sea el camino...»

En el discurso que pronunció con motivo de la evacuación de Dunkerque, ocurrida con tan desconcertante rapidez apenas tres semanas después, dijo: «Aunque amplias zonas de Europa y muchos y antiguos Estados han caído o pueden caer en garras de la Gestapo y del odioso aparato rector nazi, no cederemos ni cejaremos. Continuaremos hasta el final; lucharemos en Francia,

E. Tweedy/Imperial War Museum



Churchill visita una zona de Londres bombardeada, septiembre de 1940.

Churchill con cinco jóvenes que lograron escapar de la Francia ocupada, en 1940.

The Times



lucharemos en los mares y en los océanos, lucharemos con creciente confianza y poderío en los aires. Defenderemos nuestra isla, cueste lo que cueste. Nos batiremos en las playas, nos batiremos en los aeródromos, nos batiremos en los campos y en las calles, nos batiremos en las colinas. Jamás nos rendiremos.»

Este fue el momento más peligroso de toda la historia del país, pero palabras tales no se habían vuelto a oír en Inglaterra desde tiempos de Shakespeare; de hecho, en los años que siguieron, se convirtieron en palabras normales en toda democracia y quizás contribuyeron tanto como cualquier otra arma a la derrota de Hitler. Bajo tal guía no había alternativa alguna, en realidad no había otro deseo que continuar luchando.

Los acontecimientos de la guerra han sido narrados tan a menudo, en especial por el mismo Churchill, que no hay necesidad de presentar más que una lista de los principales acontecimientos como guía auxiliar para seguir las actividades del primer ministro.

El año 1940 fue el año del desastre; Europa cayó en junio mientras que Gran Bretaña consiguió a duras penas rechazar el ataque aéreo alemán ocurrido en otoño. El único aspecto agradable del año fue la ofensiva del general Wavell contra el ejército italiano en el desierto occidental de Egipto.

En 1941 las partes ya estaban totalmente alineadas unas contra otras. En junio Hitler emprendió la ofensiva contra Rusia, y en diciembre Japón llevó a Estados Unidos a la guerra con el ataque a Pearl Harbor. Este fue otro año de derrotas para los aliados, en especial para Gran Bretaña, que fue expulsada de Grecia y Creta y cuyas fuerzas retrocedieron ante los japoneses en Extremo Oriente.

El año 1942 fue un momento de cambio. Los rusos defendieron Stalingrado, los británicos diezmaron al ejército del Eje en el desierto, en El Alamein, y los estadounidenses intervinieron en la guerra del norte de Africa.

Por lo general, 1943 fue un año de confusiones y disensiones. Toda Africa estaba ya libre del enemigo, pero la campaña del Mediterráneo se atascó en la península italiana, mientras que en el este no se desalojaba por mucho tiempo a los japoneses. Las únicas victorias notables en Occidente fueron el exterminio de los submarinos alemanes y el bombardeo cada vez más intenso de Alemania. Rusia, luchando sola contra 240 divisiones alemanas, pedía una y otra vez a los británicos y estadounidenses que abriesen un segundo frente, pero éstos no estaban preparados.

El año decisivo fue 1944: el desembarco de Normandía en junio, la reconquista de Francia, el avance ruso por el este, y el continuo bombardeo aéreo de Alemania. Las últimas esperanzas alemanas (la bomba volante y el cohete) llegaron demasiado tarde para tener ninguna influencia.

El año 1945 fue el de la victoria en la guerra y el de la derrota en la paz: la toma de Berlín y la muerte de Hitler ocurrieron en mayo; la rendición en masa en Italia y la muerte de Mussolini, unos días antes. Para cuando se arrojaron las primeras bombas atómicas en Japón, el Partido Comunista chino ya se había instalado en China y los ejércitos soviéticos habían invadido Europa oriental.

Este conflicto universal fue totalmente diferente a la I Guerra Mundial. Aquélla fue una guerra estática; ésta fue intensamente móvil, extendiéndose por todo el globo y los cielos circundantes; y con la casi inexistencia de las trincheras. En última instancia, no fue una guerra de hombres, sino de armas; en el momento real del golpe se necesitaba cada vez menos al hombre, hasta que al fin sólo se requirió un hombre para mover la palanca que soltó la bomba atómica sobre Hiroshima. Es decir, la II Guerra Mundial fue un conflicto en el que se determinaba quién

Kemsley Picture Service



Churchill entre las ruinas de la Cámara de los Comunes. «Hay que reconstruir la Cámara exactamente tal como era», ordenó.

tenía los mejores inventos y los mayores medios de producción en masa. Por lo tanto, y desde el mismo principio, no fue una guerra dirigida por los generales desde el mismo frente, sino que la controlaban los políticos desde la retaguardia, puesto que sólo éstos tenían los medios para construir en las fábricas y organizar el trabajo humano.

La principal contribución de Churchill fue su comprensión instantánea de la situación. Ante todo incorporó a los dirigentes laboristas y creó un pequeño consejo de guerra de sólo cinco miembros, repetición del consejo de guerra de Lloyd George durante la I Guerra Mundial, con una innovación: Churchill creó un Ministerio de Defensa, con él mismo en cabeza. En realidad, era un Cuartel General Supremo; los comandantes en el campo de batalla ya no informaban sólo a sus propios ministros, o a los jefes del Estado Mayor, sino también al mismo Churchill; y recibían con mucha frecuencia instrucciones directamente de él. En



«La pesadilla de Winterton». En mayo de 1942, el Parlamento discutió si la guerra tenía que ser dirigida por los jefes de Estado Mayor, presididos por el ministro de Defensa (Churchill), o por un solo hombre (Churchill). Lord Winterton declaró: «Esta última situación es la que ya existe».

todo esto, Churchill actuaba con el consentimiento del Parlamento y aconsejado por los jefes del Estado Mayor y por otros expertos; sin embargo, con este nuevo sistema llegó a ser el comandante en jefe real de las tres armas en la dirección diaria de la guerra. Es asombroso comprobar por sus memorias de guerra el estrecho contacto que mantenía con los acontecimientos, llegando incluso a dar instrucciones sobre la disposición de las divisiones y las brigadas.

Por otro lado, se libró casi enteramente de los asuntos interiores; éstos quedaron para otros, sobre todo para Ernest Bevin, Attlee, Anderson y Woolton, aconsejados por un equipo de administradores y hombres de negocios, y todos ellos dispuestos a aceptar el control global del primer ministro.

Habiendo establecido de esta forma su poder en Gran Bretaña, Churchill se volvió hacia la escena exterior, centrándose sobre el asunto que en realidad importaba: la organización de los aliados y los suministros. Comprobó que Gran Bretaña por sí sola no podría ganar la guerra y que sólo tendría una pequeña probabilidad de sobrevivir a no ser que se obtuviese ayuda desde el exterior; y durante el resto de la guerra, a partir de Dunkerque, dedicó todos sus esfuerzos a conseguir dicha ayuda externa. Incansablemente viajó de Estados Unidos a Rusia, fue y volvió al Mediterráneo, con un solo objetivo en el pensamiento: poner de acuerdo a los aliados, conseguir prestado e intercambiar armamento y fuerzas, dirigir toda las intenciones hacia la gran meta central de la liberación de Europa. De hecho, se convierte en el gran persuasor, y en casi todos los casos sus victorias se forman no por los hechos militares que todo el mundo conoce, sino por las que consiguió en privado meses antes al utilizar su persuasión en la mesa de conferencias.

El gran persuasor

Churchill nunca pidió reconocimiento por sus esfuerzos en las largas conversaciones celebradas con Stalin, con los estadounidenses, con De Gaulle y los otros dirigentes exiliados en Londres, con Chiang Kaishek y los primeros ministros de los Dominios; por los agotadores viajes y entrevistas, por las interminables cartas y conferencias por teléfono. Incluso puede que, a veces, disfrutase con algunas de estas experiencias (con la posible excepción de su asociación con De Gaulle: «Todos tenemos que soportar nuestras propias cruces —comentó una vez—. La mía



El presidente Roosevelt y Churchill en la reunión celebrada en un buque en medio del Atlántico, en agosto de 1941.

Conferencia de El Cairo, 22-26 de noviembre de 1943: Chiang Kaishek, Roosevelt y Churchill.





Conferencia de Casablanca, enero de 1943: Giraud, Roosevelt, Churchill y De Gaulle

La reunión de Teherán, noviembre de 1943, en la que participaron Stalin, Roosevelt y Churchill.



es la Cruz de Lorena...»). Pero tanto si disfrutó como si no, en este asunto nunca vaciló; soportó los insultos de los soviéticos, los ocasionales enfados de las potencias menores, y aceptó el papel no siempre agradable de ser el segundo violín de los estadounidenses. No tuvo que ser muy fácil soportar las constantes quejas por parte de Rusia y de los críticos en Gran Bretaña ante el retraso en abrir un segundo frente, retraso que estaba totalmente justificado.

En comparación con esas agotadoras relaciones, los peligros físicos de la guerra y la dirección del país eran un descanso y un gozo positivo. Siempre se sentía estimulado ante el peligro, y políticamente siempre se encontraba a sus anchas en tiempos de crisis. Ahora, por fin, la dirección era clara, y por primera vez en su vida él tenía el control completo. No habría más Gallípolis ni más almirantes Fisher o lores Kitchener que se lo impidieran. Como se puede comprobar, la anterior lista de acontecimientos militares no es una guía muy adecuada sobre las actividades personales de Churchill durante la guerra. En 1940, cuando todo el mundo estaba deprimido, él se encontraba en lo más alto. Dunkerque no fue una derrota, sino un magnífico reto. Al aceptar el cargo de primer ministro fue consciente, dijo, de sentir «un profundo alivio».

En junio de 1940 aún quedaba algo que salvar del desastre en Francia: París había caído, pero Reynaud todavía era primer ministro; la flota francesa todavía estaba intacta. Se podría establecer un nuevo Gobierno francés en el norte de Francia, y aún quedaba una parte considerable del ejército francés en Siria. Todo esto eran unos factores muy importantes.

Churchill voló tres veces a Francia para visitar a Reynaud, y luego se presentó con una oferta totalmente asombrosa: Gran Bretaña y Francia podrían formar una unión; habría un Parlamento conjunto, las poblaciones de ambos países tendrían la ciudadanía, y habría un mando conjunto de la guerra. Dicha oferta llegó demasiado tarde y no influyó en la moral francesa, cayendo en el olvido en los últimos años, pero no hay razón para dudar de su sinceridad, y de hecho fue una de las proposiciones más interesantes en toda la historia europea, un gesto que hace empalidecer los tanteos de posguerra en busca de los Estados Unidos de Europa.

Cuando la noticia de la rendición francesa llegó, Churchill estaba a punto de salir hacia Burdeos. Regresó a Londres y tomó una decisión, tal vez no la más inteligente, pero sí la más valiente de toda su carrera política: ordenó el bombardeo de la flota francesa anclada en Orán para impedir que se pasase a los alemanes. Al mismo tiempo, entró en el largo y enrevesado túnel que constituían las negociaciones con De Gaulle; uno de los grandes misterios de la época moderna es que los dos hombres y las dos naciones emergieran cuatro años después a la luz del sol como firmes aliados en la liberación de París.

Sin embargo, por el momento, en el verano de 1940 Churchill tuvo que dirigirse hacia Estados Unidos; no hay duda de que su nueva amistad con Roosevelt le ayudó a esto, así como el aterrador espectáculo que Gran Bretaña presentaba bajo las bombas, pero los acuerdos a los que se llegó en Washington aquel año deben considerarse como una gran victoria británica en la guerra. La flota británica recibiría cincuenta destructores estadounidenses, y los norteamericanos escoltarían a sus propios convoyes que cruzaban el Atlántico con rumbo hacia Gran Bretaña. La Ley de Préstamos y Arriendos fue aprobada, y los dos líderes, reuniéndose en el mar «en alguna solitaria bahía», firmaron la Carta del Atlántico, en la que se proclamaba una doctrina de libertad al mundo. A pesar de que la Carta del Atlántico creó mayor entusiasmo entre los políticos que entre el público, y de que los cínicos pueden decir que apenas queda alguna de sus cláusulas que no haya sido quebrantada, en aquel momento originó cierto sentimiento de afirmación. Fijaba, por muy tenue que fuera, una especie de meta espiritual ante los dos países, que contrarrestaba el credo nazi de muerte o gloria; y forjaba un lazo que, con todas las dificultades existentes en las negociaciones entre los británicos y norteamericanos, nadie deseaba romper. Demostraba que, por lo menos, nuestros instintos eran iguales, por muy dife.entes que fueran nuestros métodos.

Había un asunto que era vital para Gran Bretaña, y que podría haber ido mal si Churchill no se hubiera esforzado. Al entrar los Estados Unidos en guerra, en diciembre de 1941, hubo preferencia en poner todo el poder militar en el contraataque al Japón, mientras que Gran Bretaña se defendía en Europa. Desde el punto de vista de Churchill esto sería desastroso, y se opuso de la única manera posible. Declaró la guerra al Japón, tal y como había prometido hacer «en una hora», y fue directamente a Washington. Al llegar dio su palabra (y Roosevelt dijo que sólo quería su palabra) de que una vez que Alemania fuese derrotada, Gran Bretaña dirigiría todas sus energías contra el Japón. En respuesta, Roosevelt acordó que Alemania sería el enemigo número uno, y Japón el número dos. Los estadounidenses desembarcaron en el norte de Africa ese año.

Aún quedaba otro extremo importante entre Gran Bretaña y los Estados Unidos y que surgió hacia el final de la guerra, en el que Churchill no consiguió imponer su punto de vista. En 1944 quería que se abandonase el ataque en el sur de Francia y que, en cambio, se abriese paso por los Balcanes para ir en socorro de Checoslovaquia y Viena. Una vez más, tenía en cuenta el futuro y veía líneas de actuación que a los estadounidenses no les importaba, pero sí a los soviéticos. En aquellos días, Roosevelt no veía motivo de preocupación por el avance ruso en Europa (habría sido mala fe el sospechar de ellos) y Churchill no pudo hacer presión sobre dicho punto. En cualquier caso, la alegría de haber ganado la guerra por fin, flotaba en el ambiente, y Praga y Viena bajaron por el gaznate ruso sin provocar un murmullo en Occidente. Las consecuencias vinieron depués y pertenecen al período posterior a la guerra.

Las relaciones que Churchill mantenía con Rusia eran mucho más simples que las estadounidenses, tal vez por la misma razón de ser mucho más difíciles. Churchill nunca intentó negar su anterior odio por los bolcheviques; tenía una tesis muy clara: todo aquel que por el momento luche contra Hitler es amigo mío, y comentó en privado: «Si Hitler invadiera el infierno, yo haría por lo menos una referencia agradable al demonio en la Cámara de los Comunes.» Y partió rumbo a Moscú para intentar hacer algo con Stalin. De todos los protagonistas y antagonistas de Churchill durante la guerra, Stalin se nos muestra como el más hábil, el de mente más clara y el más decidido. Era más rudo que Churchill, mucho más despiadado e igual de duro, y, como Churchill, sabía exactamente lo que quería. Quería armas y quería un segundo frente.

En total, Churchill vio cinco veces a Stalin: dos veces en Moscú y luego en las conferencias de Teherán, Yalta y Potsdam. Y aunque Stalin tuvo que esperar tres años enteros por el segundo frente, sí obtuvo todo lo demás.

Hubo otro gran campo en el que Churchill tuvo que ejercitar sus poderes de persuasión; se encontraba en Gran Bretaña y en la Cámara de los Comunes. En 1942 se presentaron dos mociones contra él. En el invierno de aquel año había permanecido durante un mes en Canadá y en los Estados Unidos; cuando regresó en enero se encontró con la Cámara agitada y enfadada, no sólo por su larga ausencia, sino también por la forma en que se desarrollaba la guerra. El *Prince of Wales*, el mismo acorazado en que el primer ministro se había dirigido al encuentro con el presidente, había sido bombardeado y hundido por los japo-



«¡Preparados! ¡Listos!». En vísperas del «segundo frente», el mundo espera la señal para la «operación Overlod».

Daily Mirror

neses con aparente facilidad. Singapur estaba cayendo, junto con Malasia y Birmania. No había signo alguno de un segundo frente, y las noticias recibidas del desierto simplemente parecían indicar que los tanques británicos eran inferiores a los alemanes. En el mismo Whitehall había otro motivo de descontento: se creía que se mantenía a Stafford Cripps, el único hombre que podía ser un serio rival de Churchill, fuera del Gobierno de forma deliberada.

Churchill no tuvo muchos problemas en sobrevivir a esta borrasca, y poco después cortó en algo las posibles críticas al llevar a Stafford Cripps al gabinete de guerra en calidad de lord del Sello Privado y de portavoz del Gobierno en la Cámara. Pero, a mediados del verano, se desarrolló una situación mucho más seria. En el desierto occidental el ejército británico fue expulsado de Cirenaica, y el 20 de junio Tobruk cayó con la pérdida de 25.000 hombres, que fueron hechos prisioneros. En Extremo Oriente, no quedó nada del Imperio Británico.

Sir John Wardlaw-Milne presentó la siguiente moción de censura: «Prestando homenaje al heroísmo y aguante de las Fuerzas de la Corona en circunstancis de excepcional dificultad, la Cámara no tiene confianza en la forma en que se dirige la guerra.» Le apoyó el almirante de la flota sir Roger Keyes, el antiguo aliado de Churchill en los días de los Dardanelos. El debate que siguió fue interesante, sobre todo por el hecho de que Aneurin





◄ *Tanques británicos en la región de Tobruk (Libia), donde se desarrolló una larga e importante batalla entre el ejército británico y las fuerzas italo-germanas.*

Mackenzie King, primer ministro de Canadá, junto a Roosevelt y Churchill, en la conferencia de Quebec, agosto de 1943.

Bevan apareció como el crítico más vehemente del Gobierno, mientras que nadie superó a William Gallagher, el diputado comunista, en la defensa de Churchill.

Para entonces ya habían transcurrido tres años de guerra, en gran parte infructuosos, por lo que el debate sirvió para expresar, lógicamente, el aburrimiento y el descontento generales. Además de las derrotas mayores, había reveses menores (como la huida de los acorazados alemanes *Gneisenau y Scharnhorst* por el canal inglés) que de forma especial causaron gran consternación e hicieron creer al pueblo que la guerra iba a continuar para siempre. Este fue el punto más bajo en Gran Bretaña, y se añadió una carga más a la sangre, esfuerzos, lágrimas y sudor: la monotonía. Churchill no podía revelar que Roosevelt, de forma espontánea, había ofrecido cubrir todas las pérdidas de material en el desierto, y que ya se estaba realizando el desembarco en el norte de Africa. En estas circunstancias fue sorprendente que se rechazase la moción de censura por abrumadora mayoría: 470 votos contra 25.

Después, las críticas a Churchill desaparecieron, y su fortuna empezó a favorecerle en las noticias, cada vez mejores, procedentes del frente de batalla. La mayor parte del tiempo ya sólo tenía informes agradables que dar a la Cámara, y ninguno mejor que el mensaje recibido del general Alexander a principios de 1943: «Señor, se han llevado a cabo las órdenes recibidas el 15 de agosto de 1942. Se ha eliminado totalmente a los enemigos de Su Majestad, junto con toda su impedimenta, de Egipto, de la Cirenaica, de Libia y de la Tripolitania. Quedo a la espera de nuevas órdenes.»

Desde el principio, los británicos habían estado solos en el desierto, por lo que éste fue un triunfo totalmente británico. También fue la última vez que los británicos y sus Dominios marcharían solos, puesto que la cadena de aliados forjada por Churchill alrededor del mundo ya estaba completa. A partir de este momento, la guerra rodó inevitablemente hacia su conclusión.

En estos años, la vida de Churchill (ya fuese en la residencia oficial de Chequers en el campo, en el número 10 de Downing Street, o en el subterráneo anejo construido en Storey's Gate) dejó de ser privada. Se despertaba a las ocho de la maña-



Churchill dirigiéndose a través de la radio a un mundo en guerra.

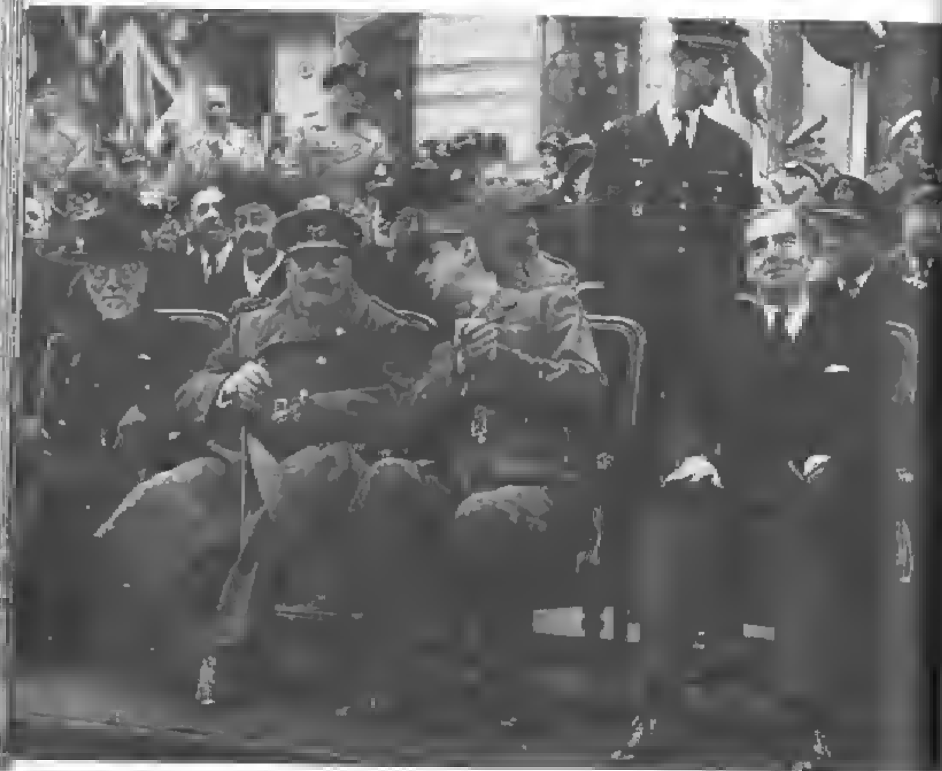
na, recibiendo al instante los comunicados nocturnos. Durante un par de horas leía y dictaba a los secretarios; cubría una asombrosa variedad de temas, y sus notas, cientos de miles de ellas, que con frecuencia se iniciaban con las palabras «por favor..., haga esto o aquello», fluían constantemente a través de sus dos principales ayudas, el general Ismay y sir Edward Bridges. A media mañana se levantaba, y en seguida aparecía vistiendo el mono de trabajo y almorzaba con los visitantes. Tras el almuerzo dormía una siesta de una hora o más de duración, y hacia el final de la tarde se encontraba dispuesto para seguir trabajando y recibir a los visitantes durante la cena. En el campo, a la cena seguía la proyección de una película, y se iniciaban a continuación los asuntos de la noche. En este momento le gustaba ver a las personas, que en muchas ocasiones seguían trabajando hasta las

tres de la madrugada. Durante estas sesiones tardías, se volvía expansivo, y exploraba un flujo interminable de ideas: «Tenía, por lo menos, cien ideas al día —dijo Roosevelt—, de las que al menos cuatro eran buenas.» Estas ideas buenas no incluyeron nada tan espectacular como el tanque, que por primera vez apareció en 1914, pero entre ellas estaba «Pluto», el gasoducto submarino que llevaba gasolina a través del canal hasta Francia; «Fido», el sistema de limpiar las nieblas de los aeródromos, y «Mulberry», el muelle artificial que se remolcó a través del canal tras el desembarco del Día *D* en Normandía.

Su salud presentaba la constante mágica del hombre que está completamente ocupado; en diciembre de 1943, al regresar de la conferencia de Teherán (donde celebró su sexagésimo noveno cumpleaños), cayó enfermo de pulmonía, la misma enfermedad que le persiguió cuando niño. En 1943 no se disponía de penicilina, y por un tiempo se temió que la enfermedad fuese grave. No obstante, se detuvo mediante tabletas de sulfamidas (que tomó sin inmutarse), recuperándose en Marráquex. Tuvo un nuevo ataque de pulmonía el año siguiente en una visita secreta a Italia, aunque fue de corta duración.

Por lo demás, disfrutaba la misma buena suerte que le había sacado de todas las guerras de su juventud y de los diferentes accidentes de aviación y de automóvil sufridos. Ninguna bomba le cayó cuando contemplaba los ataques aéreos desde el tejado de Storey's Gate en Londres, o en los desplazamientos a los frentes del continente. Estaba dispuesto a desafiar a los que trataban de protegerle; cuando Eisenhower le negó permiso para navegar el Día *D*, replicó que se uniría a algún buque británico sobre el cual el comandante supremo no tenía poder alguno. Sólo cuando el rey anunció que si Churchill iba, él también iría, aquél desistió del proyecto.

Gran Bretaña sentía por Churchill un inmenso amor en aquellos días. Ninguna otra personalidad, con la excepción del rey, la reina y la reina madre, ha alcanzado su popularidad o ejercido el mismo control emocional sobre las multitudes por todas partes. Se conocían todos y cada uno de sus uniformes y sombreros, los monos de trabajo, la corbata de lazo, los zapatos con cremallera, el bastón, el reloj de cadena, los guantes y las llaves colgando del bolsillo. Por lo visto, nada les hastiaba del signo de la «V» o del cigarro, y los primeros sonidos radiofónicos de la tranquilizadora voz gruñona silenciaban todas las conversaciones en los bares o recintos públicos. Se repetían incansablemente sus dichos; y es bastante sorprendente que no se haya com-



Churchill y De Gaulle, entre otros políticos, en la tribuna de los Campos Elíseos, contemplando el desfile del día del armisticio, 11 de noviembre de 1944.

9 de mayo de 1945, día de la «victoria en Europa». Churchill es aclamado mientras se dirige a la Cámara de los Comunes. ▶

pilado un libro sobre los miles de historias que se tejieron en torno a su nombre.

No fue todo un historial impecable; cometió muchas equivocaciones y errores de cálculo. Como todos los demás, subestimó totalmente la potencia luchadora de los rusos en un principio, pero la desconfianza que sentía por los dirigentes rusos no fue lo bastante fuerte como para no reafirmar a la Cámara su seguridad de que respetarían Polonia; comentó: «Creo que su palabra es fiable.» En Grecia permitió que se desarrollase una si-

The Times

tuación peligrosa hasta el punto de llegar a la guerra civil, problema que no se solucionó hasta que no apareció en persona; al mismo tiempo, la forma de tratar a los Dominios, en especial a la India y a Australia, no tuvo siempre mucho éxito. Mucha gente en Gran Bretaña también creía, algo injustamente, que sólo mostraba un escaso interés por la reconstrucción del país tras la guerra.

Sin embargo, todo esto no significaba nada comparándolo con la inmensa gratitud que la nación sentía; no sólo les había llevado a la victoria prometida: también había conferido a Gran Bretaña una nueva dignidad de la que todo el mundo formaba parte.

8. Victoria y derrota

Cuando, el 18 de mayo de 1945, por fin, se puso en pie para anunciar que la paz reinaba en Europa, pareció que la misma Gran Bretaña se había personificado en este hombre indomable; la Cámara se puso de pie y le ovacionó. Churchill presentó una sencilla resolución que era casi idéntica a otra aprobada un cuarto de siglo antes: «Que esta Cámara se reúna en la iglesia de St. Margaret, en Westminster, para dar humildes y reverentes gracias al Omnipotente Dios por librarnos de la amenaza de la dominación alemana.» Luego salió detrás del presidente en la procesión formada por los diputados con dirección a la iglesia al otro lado de la calle.

Aquella noche una vasta multitud se reunió junto a Whitehall, alzando la cabeza, gritando, hacia el balcón en el que se encontraba. Ernie Bevin marcó el ritmo mientras el pueblo cantaba: «¡Por ser un chico excelente!», canción que no era muy adecuada, y con la letra menos apropiada, ya que mucha gente allí presente, y de hecho personas en todo el mundo, no podía soportar la emoción del momento.

Once semanas más tarde, Churchill abandonó el Gobierno en una de las peores derrotas sufridas por los conservadores desde el inicio del siglo.

En el verano de 1945 Winston Churchill tenía setenta años de edad; Hitler había muerto. Bajo su dirección Gran Bretaña se había librado del miedo, y por dicha razón, si no por otra, gozosas multitudes le seguían por dondequiera que fuera. Pero en el fondo el descontento se acumulaba, de forma tan difusa, sin líder o punto de concreción, que nadie era capaz de evaluarlo o de predecir lo que estaba a punto de ocurrir, siendo tal vez el menos capacitado para ello el mismo Churchill.

Poco después de la derrota de Alemania, en mayo, Churchill expresó a sus colegas laboristas el razonable deseo de que se continuase con la coalición hasta la derrota de Japón. Sin embargo, el Partido Laborista se inclinaba a creer que esto era de-



Churchill y el general Montgomery inspeccionan los «dientes del dragón» de la «línea Sigfrido», ya conquistada, cerca de Aquisgrán.

masiado indefinido. Se oponían a una elección inmediata, pero, al mismo tiempo, ya habían pasado cerca de diez años desde que los conservadores obtuviesen la mayoría dominante en la Cámara, y además creían que el programa socialista no se podía retrasar más. Tras consultar a su partido, Attlee propuso que se fijase un límite de tiempo de tres meses, lo que se rechazó al instante por los conservadores sobre la base de que impondría una tensión terrible sobre la libertad de acción del primer ministro que aún estaría haciendo una guerra. De hecho, los tres meses hubieran llevado justo hasta la derrota del Japón, pero nadie lo podía haber adivinado. Se informó a Attlee que si había que convocar elecciones, lo serían inmediatamente. El 23 de mayo de 1945, Churchill dimitió, se fijó la fecha de las elecciones para el día 5 de julio, y en el ínterin se formó un Gobierno «provisional» que llevase a cabo los asuntos apremiantes del verano.

No se puede decir que los actos en Churchill fuesen previsibles, pero en la campaña electoral confundió hasta a los amigos que creían conocerle mejor. Tenía tan gran prestigio, y su nombre estaba tan identificado con la vida política de Gran Bretaña, que lo único que se necesitaba era el enfoque del «gran estadista»: varios discursos serios a la manera augusta, y unos cuantos envites bien humorados a sus oponentes. En cambio, de-



16 de julio de 1945: el final de Berlín. Churchill sale del refugio antiaéreo que Hitler tenía en la Cancillería.

cidió realizar la campaña como si la huelga general una vez más se abatiese sobre Gran Bretaña, y como si él mismo estuviese luchando a vida o muerte por su existencia política.

En el discurso inicial, emitido por radio, declaró que el socialismo llevaría a la creación de alguna forma de Gestapo en Gran Bretaña; por entonces la palabra Gestapo tenía un significado especialmente odioso, y tras esta andanada inicial el primer ministro siguió atacando por sus nombres a sus adversarios: sus antiguos colegas de la guerra, Attlee y Bevin, y en especial al profesor Laski, el presidente de la Ejecutiva del Partido Laborista.

Para muchas personas que sabían que Attlee y los otros dirigentes laboristas eran hombres honorables que discretamente habían apoyado a Churchill durante la guerra, dichas insinuaciones parecieron fuera de lugar, e incluso una afrenta. Con lo que sí estaban preocupados era con que no se volviese al desempleo y miseria que habían seguido a la I Guerra Mundial. Comparándolo con el preciso y drástico programa ofrecido por los socialistas, el plan quinquenal conservador preparado por lord Woolton parecía algo anémico y sin entusiasmo. En cualquier caso, Churchill no daba la impresión de estar muy interesado en el mismo. Las referencia a leche para niños y armarios empotrados para amas de casa sonaban algo irreales, igual que alguna dama



BBC Hulton Picture Library

27 de julio de 1945: el nuevo primer ministro británico, Clement Richard Atlee, saluda a la multitud que le aclama.

de la sociedad hablando sobre conservas de ciruelas para los pobres de la parroquia.

No obstante, con todos estos factores en función, el resultado actual de las elecciones constituyó una total sorpresa. Fue una mayoría que sólo se podía comparar con la victoria de los liberales sobre los conservadores en 1906. Los laboristas subieron al poder con 394 escaños contra 188 de los conservadores.

Durante algunos meses Churchill pareció seguir con sus asuntos como si estuviese demasiado asombrado y pasmado para dar crédito a lo ocurrido. Rechazó una condecoración del rey, y furioso afirmó que las elecciones eran «uno de los peores desastres que nos han golpeado en nuestra larga y variada historia». Nadie deseaba alegrarse por este revés brutal y casi increíble de su fortuna, pero se creía que lo mejor para todos los interesados sería que el anciano se retirase con toda su gloria a sus libros y cuadros en calidad del viejo estadista galardonado. Había sido

una vida maravillosa, pero ya era bastante. No había necesidad de que se preocupase más con triviales discusiones de partido en Whitehall; él se hallaba por encima de todo esto y necesitaba descansar.

Ya se dijo al comienzo de este estudio que quizás las crisis reales de la vida de Churchill no fueran las más conocidas, sino otras que él resolvió en la intimidad; y es posible que ésta fuese una de ellas.

Si existiese algo considerado como un *exceso de valor*, la expresión clara del mismo sería la decisión tomada por Churchill en este momento. Anunció que no se retiraba; no cedería ni la dirección del Partido Conservador, ni la de la oposición en la Cámara. No abandonaría ninguna de sus líneas políticas ni retiraría nada de lo dicho. En resumen, a pesar de haber perdido el poder, todo iba a seguir exactamente como antes, y con el mismo ritmo. Recobró hasta su maravilloso sentido del humor; cuando alguien le sugirió que hiciese una gira por las ciudades inglesas para que éstas le pudiesen homenajear, contestó: «Me niego a que me exhiban como a un toro de primera clase cuyo principal atractivo lo constituyen sus pasadas proezas.»

Los dos Churchill: «¡Animo! A ti te olvidarán, pero a mí siempre me recordarán.»



Evening Standard



Churchill en Teherán, en 1945, aclamado por el ejército el día de su 69º cumpleaños

Antes de un año, se pudo comprobar que en esto no había nada de la *intransigencia* de la vejez. Al recoger el título de doctor *honoris causa* otorgado por Westminster College, en Fulton, Missouri, el 5 de marzo de 1946, pronunció un discurso que puso los puntos sobre las íes, en cuanto a sus predicciones de guerra, y añadió unos cuantos más. El discurso, pronunciado ante el presidente Truman, provocó un escándalo en la época; allí estaba Churchill, el rusófobo profesional, dando batalla de nuevo; pero las ideas expresadas constituyen la base de la política exterior que las democracias occidentales siguen en la actualidad.

El telón de acero

«Un telón de acero ha caído sobre el continente desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático. Tras dicha línea se hallan todas las ciudades capitales de los antiguos Estados de Europa central y oriental. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas estas afamadas ciudades y sus poblaciones se encuentran en lo que se debe llamar la esfera soviética, y todas están sujetas de una forma u otra no sólo a la influencia soviética, sino también a un alto y, en muchos casos, creciente control por parte de Moscú... En casi todas ellas prevalecen los gobiernos policiales... Con excepción de la Comunidad Británica y de los Estados Unidos, en donde el comunismo está en su infancia, los partidos comunistas o las quintas columnas constituyen un creciente desafío y peligro para la civilización cristiana. Estos son unos hechos muy negros para que se comenten en el momento de una victoria ganada con tanta camaradería espléndida y por la libertad y la democracia, pero seríamos mucho más estúpidos si no les hiciésemos frente cuando aún hay tiempo...»

Este discurso se pronunció mucho antes de la aparición del senador McCarthy y de la guerra de Corea, antes de la invasión de Checoslovaquia. Hasta ese momento nadie había pensado en un telón de acero; aún se estaba en el calor de Yalta; la política seguida por Truman seguía siendo la de Roosevelt, y algo como el bloqueo de Berlín establecido por los rusos era inimaginable.

Numerosos estudios y múltiples discursos, llenos de indignación y fuera de tiempo, han situado la conferencia de Yalta, celebrada el mes de febrero de 1945, en un nicho especial: fue la conferencia en la que, según se dice, se perdió la paz. Roosevelt, inmerso en la idea de que podía «manejar» a Stalin, y decidido a no permitir que el «colonialismo» británico continuase, cedió en todo lo que deseaban los rusos.

Sin embargo, en Yalta no se decidió nada que no estuviese ya flotando en el ambiente. Puede ser doloroso recordarlo, pero existía un deseo global en el mundo de llegar a un acuerdo con Rusia en aquel momento. Ni en los Estados Unidos ni en Gran Bretaña hubieran podido Roosevelt o Churchill llevar a cabo una política abiertamente hostil a Rusia, incluso si lo hubieran querido. La diferencia entre los dos hombres no era sobre si se ofrecía amistad a Rusia o no, sino sobre el enfoque seguido. Roosevelt afirmaba que no se podía conseguir nada de Rusia aproximándose con la mano (la mano armada) detrás de la espalda. Churchill creía que no era muy inteligente, sin embargo, descubrirse demasiado; si había posiciones ventajosas que pudieran tomarse en el avance por Europa, había que tomarlas.

La situación de Churchill en Yalta fue de extrema dificultad. Vio que, hasta cierto punto, Roosevelt le estaba dejando a un lado; le disgustaba y temía el acercamiento débil ante Rusia, y le





molestaba que el presidente acusase a Gran Bretaña de colonialista. Pero no podía hacer mucho: Roosevelt no estaba dispuesto a convencerse; es más, creía que él y Stalin podían arreglar el mundo juntos, y que si Gran Bretaña se entrometía, sería peor para ella.

Además, en la política de Churchill se hallaba implícito que Gran Bretaña y Estados Unidos debían ayudarse mutuamente ante cualquier acontecimiento; por lo que, y por el momento, lo único que se podía hacer era esperar, como un amante olvidado, a que la caprichosa pasión que el presidente sentía por Rusia se enfriase con la experiencia.

Es totalmente falso, no obstante, que Churchill y Roosevelt disputasen por este asunto. Desde el día aparentemente desesperado en que Roosevelt envió un mensaje a Churchill diciendo que pasara lo que pasase él ayudaría a Gran Bretaña, Churchill siempre consideró al presidente como el mejor amigo de Gran Bretaña, y nunca dudó de dicha opinión.

Cuando Churchill pronunció el discurso sobre el telón de acero en Fulton en 1946, fue algo tremendamente impopular, y continuó siendo impopular entre el Partido Laborista inglés y entre los intelectuales progresistas de todo el mundo, hasta que el bloqueo de Berlín y la guerra de Corea hicieron que dicha impopularidad se convirtiese en algo grotesco.

Este discurso y otro pronunciado en Zurich en septiembre del mismo año iniciaron el retorno de Churchill a su anterior liderazgo, por lo menos en lo que se refiere a política exterior. El año siguiente, en un mitin multitudinario celebrado en el Albert Hall de Londres, presentó el Movimiento Europeo; otra de las agradables esperanzas con que se terminó la guerra. Churchill era el hombre más adecuado para dirigir dicho movimiento, y allí estaba presentándolo con el mismo entusiasmo con que reuniese a los aliados durante la guerra. Lo defendió de nuevo con gran ánimo en el Congreso de Europa, inaugurado en La Haya en mayo de 1948, y se esperaba que las palabras que dijera en la primera reunión del Consejo de Europa celebrada en Estrasburgo, el verano de 1949, le imprimiesen el impulso necesario para darle vida.

► *La conferencia de Yalta (Crimea), en febrero de 1945: Churchill, Roosevelt, Stalin.*

◄ *Churchill, Stalin y Truman, entre sus colaboradores, en la conferencia de Potsdam, agosto de 1945.*



El discurso de Fulton, 5 de marzo de 1945

La plaza de la Bolsa de Bruselas, el día 27 de febrero de 1949. Una gran multitud espera para oír el discurso de Churchill sobre la unidad europea. ▶

Pero para entonces ya habían ocurrido demasiadas cosas. En Francia e Italia los partidos comunistas tenían un gran número de afiliados; en Gran Bretaña, la opinión pública, tanto de derecha como de izquierda, se oponía al movimiento. Para los expertos, en especial los de Hacienda, parecía que no podía haber nada más peligroso que aunar la libra esterlina británica con las débiles monedas de Europa, de una Europa donde raras veces se recaudan los impuestos con objetividad y donde la Administración pública presenta criterios distintos de los británicos. Además, aún había una elección pendiente para unos meses.

El discurso de Churchill supuso una amarga desilusión para los entusiastas que confiaban en que, mediante algún cambio químico de la naturaleza humana, se podría hacer algo constructivo con la paz. Churchill dijo: «Debemos explorar muy concienzudamente todas las diferentes posibilidades; una comisión, que trabajase en serio y sin prisas, podría en unos meses mostrarnos los pasos prácticos que nos serían más útiles.» Y añadió: «Para seguir un refrán casero y familiar, también podemos ver a la chica antes de casarnos con ella»; frase que hizo pensar a sus oyen-




BBC Hulton Picture Library

Churchill en el Consejo de Europa, en 1949.

tes, con toda razón, que la boda se posponía por tiempo indefinido.

Parecía que una prudencia y sobriedad similares también se habían apoderado de la política interna de Churchill. Aún predecía grandes males para el país en tanto gobernasen los laboristas, pero no asistía tanto a la Cámara, por lo que algunas medidas iniciales socialistas, en especial la nacionalización de las minas y del Banco de Inglaterra, fueron aprobadas con apenas un murmullo de los escaños conservadores. Durante la campaña electoral de 1950 se eliminó toda referencia a la Gestapo y a la mala fe de los oponentes; además, esta vez el Partido Conservador no cometió el error de presentarse al país simplemente con la reputación de Churchill: también tenía su propio programa social, preparado por R. A. Butler y por otros, y aunque se dijo que Churchill no mostró mucho interés en él, por lo menos tampoco se opuso al mismo.

Como el mismo Churchill dijo, la elección fue «totalmente comedida», aunque los resultados fueron casi tan sorprendentes como en 1945. Se revirtió el gran voto laborista: sólo obtuvieron una mayoría de seis escaños; se hizo claro que no pasaría mucho tiempo antes de que se convocase una nueva elección. Además, se vio que, en vez de disminuir por su anterior derrota, Churchill estaba subiendo con la marea. Ya no se habló más sobre si Eden le reemplazaba en la jefatura del partido. Un día comentó entre risas: «Cuando quiero atormentar a Anthony, le recuerdo que el señor Gladstone formó su último gabinete a la edad de ochenta y tres años.»

Jefe de la Oposición

Entretanto, durante los cinco años transcurridos en la oposición, la vida privada de Churchill se llenó con un torrente de actividades que hubiesen agotado a cualquier hombre con la mitad de sus años, y con el doble del tiempo disponible. Adquirió unas doscientas hectáreas de terreno cercanas a Chartwell Manor, con lo que se pudo dedicar a los cultivos; al mismo tiempo estableció su cuadra de carreras. Los resultados, para un propietario tan tardío, fueron espectaculares. Un potro de tres años, *Colonist II*, que llevaba los antiguos colores de lord Randolph Churchill, marrón y rosa, ganó las carreras de Ascot en 1949, y en 1950 tuvo una serie de éxitos sucesivos. En total, y antes de ser vendido, *Colonist II* ganó trece carreras y los premios alcanzaron la suma de 13.000 libras esterlinas. También había buen material en otros cinco caballos que se entrenaban en la cuadra de Churchill.

Seguía con la pintura; cientos de obras, sin firmar y sin título, se apilaban contra las paredes y en los trasteros de Chartwell. Ninguno de estos cuadros últimos, con una sola excepción, se ofreció a la venta; se puede obtener cierta idea de su valor por dicha excepción. «El salón de estar azul en Trent Park» fue subastado, para obras de caridad, en Christie's en 1949; se vendió a la colección de São Paulo por 1.250 guineas. Francisco de Asls Chateaubriand, propietario de dicha colección, dijo que hubiera pagado 13.000 libras. Churchill ingresó en la Royal Academy con dos cuadros bajo el seudónimo de Winter, por lo que no se puede decir que se le aceptase por otra cosa que por sus méritos. Desde entonces exhibió en la Academia cada año, por lo general con tres o cuatro paisajes, fáciles de reconocer por sus formas atrevidas y colores fuertes.



Churchill hablando ante el Consejo de Europa, reunido en Estrasburgo, el 11 de agosto de 1950. Pidió la creación de un ejército europeo.

Associated Press



Churchill recibe la enhorabuena de su oponente laborista, tras las elecciones generales de 1950.

BBC Hulton Picture Library



Estas actividades constituían su forma de descansar a los setenta años. El trabajo real lo constituían sus escritos, muy abundantes. Había más de un millón y medio de palabras en los seis volúmenes que conformaban la historia de la II Guerra Mundial; para la producción de esta amplia compilación (apenas se le puede llamar libro), una vez más reunió a un equipo de secretarias, historiadores, expertos técnicos, investigadores y correctores. Estos se movieron por bosques y praderas de documentos de la guerra como una gran cosechadora, rechazando, clasificando y separando, y lo milagroso es que en tan poco tiempo una cantidad tan sorprendente de material pasase por una sola mente y que el texto final procediese del mismo Churchill. Había veces que diferentes turnos de secretarias trabajaban por la noche; con frecuencia se llegaron a dictar ocho o nueve mil palabras en un solo día. Como estudio de la guerra, estos volúmenes no se pue-



Associated Press

Churchill cultivó siempre que pudo su afición pictórica. En este cuadro suyo pintó uno de sus lugares favoritos, el de St. Jean-Cap Ferrat, en la Riviera francesa.

den comparar con ninguna otra obra en ningún idioma, y es muy probable que hayan sido más leídos, por lo menos en parte, por el público contemporáneo que ningún otro libro. Sólo la publicación en periódicos y revistas de todo el mundo lo ha llevado a millones de personas en muy diferentes lenguas, y los seis volúmenes del conjunto aún se siguen vendiendo. Se dice que por los derechos de publicación en serie Churchill recibió más de un millón de dólares; seguramente los ingresos totales por la obra debieron ascender a mucho más.

Existe una fotografía muy curiosa de Churchill durante esta época de trabajos literarios; en ella aparece a caballo, con la fus-



BBC Hulton Picture Library

Churchill en su estudio de Chartwell Manor.

ta en la mano y un sombrero negro en la cabeza, con unos setenta y cinco años de edad: el autor menos parecido a un autor que nunca existiera. Salía con los cazadores de Old Surrey y Burstow Hunt; en esta fotografía aparece de nuevo el enigma de su constitución aparentemente inagotable. No tiene una explicación perfecta; la mezcla de buena sangre británica y americana, y el pasado de una sólida familia en la Inglaterra victoriana constituían, naturalmente, un principio magnífico. Además, tenía una vida muy sensata: un hogar y su familia siempre estaban a su alrededor, y es muy cierto que su esposa fue una gran ayuda. Cual-



Reuter

Churchill con la señora Pandit, hermana del primer ministro de la India, en Chartwell, 1954.

quier daño que pudiera recibir en sus horas tardías estaba más que compensado por las comidas a horas fijas y la excelente costumbre de echar una siesta por la tarde.

Nunca estaba ocioso, y al moverse entre personas y acontecimientos interesantes nunca se aburría. Nunca tuvo vacaciones en el sentido normal, pero siempre tuvo una ocupación como la pintura o la albañilería que supuso un gran contraste con su trabajo, y siempre le encantó la tarea que tenía en la mano. En resumen, nunca fue un espectador: tomó parte activa en todas las experiencias, y la oposición le servía de estimulante.

BBC Hulton Picture Library

Churchill acompaña a los cazadores de Old Surrey y Burstors Hunt, cerca de Chartwell, en la víspera de su 74º cumpleaños.

Churchill, jefe de la oposición, llega a su colegio electoral de Londres para depositar su voto en las elecciones generales de 1951. ▶

Sin embargo, una vez dicho esto (y teniendo en cuenta las comodidades de su vida, los excelentes médicos, los cambios frecuentes de escena), aún sigue sin desvelarse el misterio de su continua energía, tan poco explicable como su fabulosa memoria, el *gusto* por los uniformes y los sombreros raros, la «s» mal pronunciada, o su curioso desagrado por los silbidos.

Sus amigos sentían que a pesar del peso de la vejez a los setenta años aún podía ser capaz de ponerse a la altura de las circunstancias como ya hiciera veinte años atrás; circunstancias que, tan importantes, a su modo, como cualquier otro hecho ocurrido antes, se presentaron en 1951.

En el otoño de dicho año, y tras apenas dieciocho meses en el poder, el Gobierno laborista cayó. Las reservas de oro estaban reduciéndose, aún continuaba el racionamiento de alimentos, y muchas personas, que habían votado con gran entusiasmo por las reformas sociales laboristas, sentían que la iniciativa en la vida se había perdido en un mar de prohibiciones y fuertes impuestos.



BBC Hulton Picture Library

◄ Churchill se despide de la reina Isabel, tras su última cena como primer ministro.



El primer ministro y su perro, un caniche, camino de Chartwell.

Associated Press

Primer ministro de nuevo

Todo esto iba a favor de Churchill, quien tuvo una campaña sobria y muy hábil. En los lugares en donde anteriormente su apariencia personal garantizaba un triunfo y, sin embargo, su política parecía irreal, la situación cambió. En este momento se le escuchó más por su sabiduría que por su personalidad o historial: lo que contaba del toro eran las proezas futuras y no las pasadas. La nación fue a las urnas en octubre y le hizo volver con una mayoría de diecinueve escaños.

Para Churchill, con más de cincuenta años en el Parlamento, esto supuso más que ninguna otra victoria en cualquier otra elección. Le habían llevado al poder, no debido a una crisis, ni por unas circunstancias excepcionales, sino porque era el líder reconocido de su partido en todos los momentos, buenos o malos. Ya no era un hombre peligroso, sólo útil en tiempos de tormentas o tempestades: ahora el marino había llegado a puerto.

Como por dispensa especial, los asuntos británicos tuvieron notable mejoría casi desde el momento en que Churchill tomó el poder. La guerra de Corea terminó, y cuando se consiguió llegar a un armisticio para Indochina en el verano de 1954, el mundo presentaba el menor número de conflictos desde el día en que Churchill por primera vez movilizase la gran flota británica contra el káiser, exactamente cuarenta años atrás.

9. Retirada a la leyenda

En el verano de 1955, la larga carrera de Churchill como jefe de Gobierno llegó a su fin; pero su vida política no terminó, puesto que en la elección de unas semanas después regresó a la Cámara de los Comunes como diputado por Woodford. No formó parte del gabinete de sir Anthony Eden, pero permaneció en la Cámara, sereno, venerado, incontenible, y siendo aún el parlamentario de mayor edad. De esta forma, la historia de esta extraordinaria vida comenzó a convertirse en leyenda.

No obstante, no es probable que se recuerde a Churchill por el calor y brillo de este veranillo en su ancianidad; ni tampoco su longevidad fue tan notable como lo fuera la coordinación real de su vida con la historia. Su carrera abarca casi de forma exacta el periodo comprendido entre la Revolución Industrial y su conclusión final en la energía atómica, desde la era de los privilegios hasta la era del hombre de la producción en masa, desde la era de los Estados soberanos aislados hasta la actual formación de grandes alianzas. Cuando Churchill nació, Gran Bretaña era la potencia más fuerte del mundo, pero no es muy probable que vuelva a tener una existencia separada insular; de una u otra forma, se volverá a unir al continente y actuará con los aliados en ultramar. A lo largo de seis reinados (los de la reina Victoria y su hijo Eduardo VII, y el de su hijo Jorge V, y el de su hijo Eduardo VIII, y el de su hermano Jorge VI, y el de su hija Isabel II), Churchill contempló la larga y difícil metamorfosis del mayor imperio del mundo en una comunidad de Estados autogobernados; proceso que siempre lo encontró algo reacio. Nunca creyó que la autonomía de gobierno fuese la panacea instantánea para el descontento social, y nunca estuvo dispuesto a sacrificar la tradición por una teoría política. Sus métodos fueron muy británicos: luchar contra los cambios con uñas y dientes, y luego, habiendo ganado o perdido, firmar una paz grande y magnánima. El cambio siempre fue el enemigo de Churchill, quien, sin embargo, sólo tuvo cambios; en consecuencia, casi siempre fue contra corriente.



Associated Press

Churchill junto a su sucesor, Anthony Eden, unos meses antes de presentar la dimisión como primer ministro.



Associated Press

Churchill bañándose con su perro Fluffy en la playa de Larvotto, Montecarlo.



Imperial War Museum

Churchill con el mariscal Tito de Yugoslavia.

Con el ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, Andrev Gromiko. ▶

Con Konrad Adenauer, canciller alemán.



Associated Press

Fue una atrayente y, a veces, pasmosa mezcla: la figura algo anticuada que siempre luchó con el futuro, el aficionado que se convirtió en profesional en todo lo que hizo, el agresivo individualista que fue uno de los más leales servidores de la Cámara de los Comunes. Churchill amó la Cámara de los Comunes; nunca, en ningún momento de su larga vida, trató de resistir sus decisiones ni de anular su autoridad.

No hay duda de que Churchill fue el primer ministro más expresivo de Gran Bretaña, no el más erudito y tal vez no el más elocuente, pero ninguno de sus predecesores, ni siquiera Disraeli, consiguió combinar los dones de la retórica y de la escritura como él. Casi parece imposible que su mejor discurso no pase a la literatura inglesa, aunque todavía no se conozca el lugar que ocuparán sus libros. El suyo es un estilo peligroso, que en los mejores pasajes va más allá de la excelencia entrando en otros niveles, pero que en ocasiones bordea el anticlímax. Al examinar algunas de sus pulidas y resonantes antítesis —«sólo decidieron ser indecisos, afirmaron ser irresolutos, se endurecieron en ser débiles, pusieron todo su poder en ser impotentes»—, parecen ser simples e ingeniosos juegos de palabras, es decir, una inmensa nada.

Pero ante la tremenda variedad e inspiración de su mejor obra, ante los soberbios toques de humor e ironía, y el maravi-



Fox Photos

lloso control que ejerce sobre el tema, dicha impresión desaparece.

Asimismo, no puede haber dudas sobre su capacidad de legislador y de árbitro. Desempeñó todos los cargos importantes en el gobierno, menos el Ministerio de Asuntos Exteriores, e innumerables leyes aprobadas por el Parlamento en el medio siglo último brotaron directa o indirectamente de su cerebro. Siempre se discutirá su talento como estratega bélico, aunque casi siempre se le puede encontrar en el lado ganador una vez que se disipan las nubes; y ciertamente, Gran Bretaña ha producido muy pocos líderes que se le puedan comparar en cuanto a la previsión política y las negociaciones con potencias extranjeras.

Considerándolo como prototipo de su época, se le puede llamar el más grande británico desde Wellington; y siguió siendo además, con su entusiasmo, encanto y contagioso placer, casi tal y como G. W. Steevens le describiera cerca de sesenta años atrás: «El hombre más joven de Europa.»

No obstante, al final hay mucha probabilidad de que todas estas cualidades sean suplantadas en el recuerdo por algo muy diferente y mucho más intangible. Las generaciones de británicos que le conocieron por lo menos, y tal vez muchas más, siempre recordarán que en el momento más deprimido de la historia de la nación, cuando todo parecía estar perdido, él de algún modo consiguió elevar el nombre de Gran Bretaña a una altura que nunca antes había ocupado.

En aquel mismo momento Churchill escribió su propio epitafio. Es dudoso que al oír las palabras «nunca nos rendiremos» no recordemos la voz, el tono adamantino, el completo valor y la dignidad que parecía conferir a todos los hombres honestos en todos los tiempos y lugares.

Epílogo

Honores de despedida

*por **Douglas Sutherland***

En 1955, Churchill rehusó un título nobiliario de duque; tras vivir siendo un leal servidor de la Cámara de los Comunes, quería morir siendo uno de ellos. Tan sólo dos veces antes se habían concedido ducados en recompensa por servicios meritorios al país: a Wellington y al antepasado de Churchill, Marlborough, y no es muy probable que se vuelva a ofrecer tal honor a otro plebeyo. En ese mismo año, con ochenta y cinco años de edad, se volvió a presentar al Parlamento por su antiguo distrito elec-

Churchill hablando en la Cámara de los Comunes, 25 de febrero de 1955. Acuarela de Edward Ardizzone.



Reuter



Associated Press

Churchill regresa a casa, tras una visita privada a Nueva York.

«Me casé y viví con gran felicidad». Sir Winston y lady Churchill, con su hijo Randolph y su nieta Arabella, celebrando las bodas de oro de su matrimonio, en Niza, 1958.



Keystone



Planet News

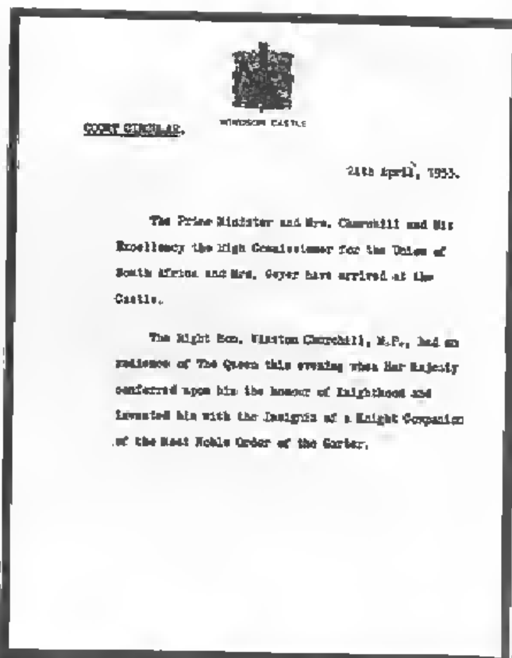
Churchill con el mariscal de campo lord Montgomery, en Hastings.

toral de Woodford; volvió con una mayoría de 14.793 votos para convertirse en el «padre de la cámara». En este momento el mismo peso de sus años daba el espaldarazo final a su ilustre carrera en el Parlamento.

Durante los nueve años que permaneció en el Parlamento después de abandonar el cargo de primer ministro, habló raras veces. En 1956 se levantó en apoyo de su viejo colega, sir Anthony Eden, sobre la crisis de Suez, y el año siguiente ofreció a la Cámara el beneficio de su larga experiencia cuando comentó el significado de los cambios de poder en el Kremlin. También habló, muy lógicamente y con gran pasión, sobre la necesidad de que Gran Bretaña dispusiese de una fuerza disuasoria nuclear independiente.

En cada aniversario, el mundo le honraba con regalos y felicitaciones. El pueblo se reunía delante de su casa en Hyde Park Gate, deseándole felicidad, viéndole marchar en coche a la Cámara; y cada año, tradicionalmente, mientras se dirigía en su silla de ruedas hacia el Banco del Gobierno, los miembros de todos los partidos en la Cámara se ponían en pie y le aclamaban.

Circular del 24 de abril de 1953 en la que se anuncia la concesión a Churchill de la insignia de la orden de la Jarretera.



COURT CIRCULAR. WINDSOR CASTLE

24th April, 1953.

The Prime Minister and Mrs. Churchill and His Excellency the High Commissioner for the Union of South Africa and Mrs. Geyer have arrived at the Castle.

The Right Hon. Winston Churchill, M.P., had an audience of The Queen this evening when Her Majesty conferred upon him the honour of Knighthood and invested him with the Insignia of a Knight Companion of the Most Noble Order of the Garter.

Reuter

Nombramiento de Churchill como Gran Señor de la Compañía de la Bahía de Hudson, al igual que su preclaro antepasado el primer duque de Marlborough.



The Times

Le llovieron condecoraciones de todos los lados. El general De Gaulle, con quien luchara en tantas batallas por la misma causa, le condecoró con la Cruz de la Liberación. Se le nombró Gran Señor de la Compañía de Aventureros Comerciantes Ingleses de la Bahía de Hudson. Fue Gran Maestre de la Liga Primrose y Lord Guardián de los Cinco Puertos (honor que sólo se concedía a aquel hombre reconocido como el más grande inglés vivo). Fue doctor *honoris causa* por más de veinte universidades y ciudadano de honor de unas cincuente ciudades, aunque rehusó serlo de Dundee, la ciudad que le rechazase como diputado tantos años atrás. Uno de los honores que más le agradaban era la invitación anual para que asistiese a la canción nocturna en Harrow School.

El interés por sus pasatiempos favoritos siguió siendo grande. Continuó visitando a sus caballos de carreras, y la pintura fue una fuente constante de placeres en los últimos años.

En 1962, durante unas vacaciones en el sur de Francia, se cayó rompiéndose el fémur. El mundo contuvo el aliento, dándose cuenta de las posibles consecuencias que tal accidente podría

Churchill, junto al presidente Eisenhower, Earl Alexander y Harold Macmillan, en una recepción ofrecida por el presidente estadounidense durante su estancia en Londres, el 2 de septiembre de 1959.





Winston Churchill y su esposa, en el aeropuerto de Londres, en febrero de 1960.

◀ *Churchill en la Wren Chapel de Chelsea, durante el bautizo del quinto hijo de su hijo menor, Mary, el 21 de julio de 1959.*

provocar en el anciano; él, no obstante, tuvo una recuperación espléndida y en unas semanas se hallaba de vuelta en Londres, su sonrisa tan amplia como siempre, haciendo con los dedos la famosa «V» ante la multitud que esperaba con gran ansiedad.

El día 2 de mayo de 1963 tomó la decisión de poner fin a su carrera parlamentaria. «No tengo que decirles la tristeza que siento al verme oligado a dar este paso», dijo al comunicar su decisión a la Cámara de los Comunes. «Tengo el honor y el privilegio de haberme sentado en la Cámara de los Comunes por más de sesenta años; treinta y nueve de los cuales han sido representando a Epping y Woodford. Entre los muchos aspectos y capítulos de mi vida, el que más estimo y valoro es mi nombramiento como miembro del Parlamento.»

Un año después, poco antes de la disolución del Parlamento, la Cámara aprobó por unanimidad una moción única: «hacer constar en actas la ilimitada admiración y gratitud por sus servi-



Churchill abandona el Middlesex Hospital, después de restablecerse de una fractura sufrida en 1962.

cios al Parlamento, la nación y el mundo». Churchill no se encontraba en su escaño para oír tal homenaje, por lo que la Cámara al instante levantó la sesión para que los líderes de los tres partidos pudieran presentarle el mensaje en Hyde Park Gate.

Seis meses más tarde celebró su nonagésimo cumpleaños. Cuando apareció con lady Churchill a la ventana de su casa para agradecer las aclamaciones de la multitud, se vio a dos enfermeras que se movían con ansiedad por detrás.

Uno de los últimos honores que recibió se le confirió en 1963, produciéndole un inmenso placer. Por un Acta del Congreso se le hacía primer ciudadano de honor de los Estados Unidos de América. Su viejo amigo, el presidente Eisenhower, se lo había ofrecido cinco años atrás, pero él lo había rehusado diciendo que aún era un político en activo y que no quería «tener un sello oficial sobre el afecto y consideración en que tengo a su país». Esta vez, al haber puesto fin a su carrera pública, pudo aceptarlo; su hijo Randolph viajó a Washington pra recibir la ciudadanía de honor de manos del presidente Kennedy. En Londres, el embajador estadounidense visitó a sir Winston en Hyde Park Gate para entregarle el pasaporte americano.

Churchill contempló la ceremonia americana por televisión, en un programa emitido en directo por el satélite *Telstar*; él, que se emocionaba con facilidad, tenía los ojos llenos de lágrimas. Le escribió al presidente Kennedy: «He recibido muchas muestras de amabilidad de los Estados Unidos de América, pero el honor que me habéis conferido no tiene paralelo alguno. Lo acepto con honda gratitud y afecto.»

El día 10 de enero de 1965, la nación se enteró de que Churchill había enfermado gravemente. Desde el principio se comprendió que no había esperanza alguna de recuperación; había sufrido un grave ataque. El médico, y viejo amigo, lord Moran utilizó palabras como «debilitamiento» y «deterioro» en los sucesivos partes médicos; sólo era cuestión de tiempo. Lord Moran anunció que sir Winston había «caído en un profundo sueño y no siente dolores o molestias algunos». Estas palabras debieron recordar a muchos los términos utilizados por el propio Churchill durante el funeral del rey Jorge VI: «Se durmió como muchos hombres y mujeres, que temen a Dios y a nada más en el mundo, confían hacer.»

Una delegación de todos los partidos presenta a Churchill la moción para su homenaje aprobada por la Cámara de los Comunes.



Aún seguía latiendo el bravo corazón. Mientras la multitud esperaba silenciosa delante de Hyde Park Gate y la nación rezaba, luchó su última batalla con la misma tenacidad mostrada durante su vida. El domingo, 24 de enero, amaneció un oscuro día gris con jirones de niebla envolviendo los árboles de Hyde Park. A las siete menos dieciocho minutos, los primeros espectadores de Hyde Park Gate vieron llegar a lord Moran. En la sala del piso bajo ya se encontraba reunida la familia alrededor de la cama: Clementine, el hijo Randolph y las hijas Sarah y Mary. Poco después de la llegada de lord Moran, sir Winston murió en el sueño.

Londres despertó al oír al «Gran Tom», la campana de la catedral de St. Paul, doblando a muerto; por lo general, sólo se tañe para anunciar la muerte del monarca o del lord alcalde de Londres. En la radio se emitieron los compases iniciales de la quinta sinfonía de Beethoven, el equivalente musical de los tres puntos y raya del código morse, que difundieron a los países europeos ocupados, en su hora más sombría, la señal «V de Victoria».

A las 8,35 se emitió un parte muy breve: «Hoy, domingo 24 de enero, poco después de las ocho de la mañana, sir Winston Churchill murió en su casa de Londres.» Todo había acabado. Churchill murió en el septuagésimo aniversario de la muerte de su padre, lord Randolph.

Miles de londinenses, como movidos por un instinto común, se dirigieron a Trafalgar Square; muy pronto la vasta concurrencia se desbordó hacia las calles laterales, permaneciendo de pie y en silencio mientras se transmitían plegarias por sir Winston por un altavoz en la base de la columna de Nelson. De todo el mundo empezaron a brotar mensajes de condolencia, tanto de los humildes como de los poderosos. Durante tres días yació en cuerpo presente en el palacio de Westminster, mientras que más de 300.000 personas desfilaban ante el catafalco; muchas habían aguardado durante horas en el frío para rendir su último adiós. Se celebraron honras fúnebres en las capitales mundiales para conmemorar su muerte; antiguos aliados y antiguos enemigos se unieron para prestarle su último respeto.

En Washington, Adlai Stevenson, delegado por el presidente enfermo, declaró con gran emoción: «Nunca más oiremos la memorable elocuencia e ingenio, el viejo valor y desafío, la gran serenidad de una fe indomable. Por lo tanto, nuestro mundo se

Churchill, al cumplir noventa años, en el jardín del número 28 ▶ de Hyde Park Gate.



ha hecho más pobre, nuestro diálogo político ha disminuido y las fuentes de la inspiración pública se nos han hecho más insípidas a todos. Hay un lugar solitario bajo el cielo.»

En Berlín occidental, dos mil personas se reunieron para oír el homenaje pronunciado por el presidente de Alemania del Oeste; un gesto muy adecuado en memoria de un hombre tan magnánimo en la victoria.

Gente de todos los niveles sociales llegaron al palacio de Westminster, espectador de casi mil años de historia inglesa y que casi fue destruido por una bomba alemana. La reina Isabel rompió la tradición y asistió a la capilla ardiente de un plebeyo; en la gran sala que presenciara el juicio por traición de un rey y oyera prestar juramento a Oliver Cromwell, bajo la Union Jack que cubría el féretro, yacía el más grande inglés de todos. Sobre la bandera estaba colocada la Insignia de Caballero Compañero de la Muy Noble Orden de la Jarretera.

La desaparición de sir Winston Churchill hirió los corazones de la gente corriente en todo el mundo. Cuando llegó el momento, el sábado 30 de enero, en que el último y triste cortejo fuera desde el palacio de Westminster hasta la catedral de St. Paul, más de un millón de personas cubrían las calles, en silencio ante el paso del gran séquito. Detrás de la cureña que transportaba el féretro caminaba el Earl Marshall de Inglaterra, el duque de Norfolk, y tras éste iban lady Churchill y sus hijas en una de las carrozas de la reina. En la escalinata de St. Paul la reina esperaba a la comitiva. Entre los portadores del féretro se encontraron tres antiguos primeros ministros y otros que habían sido camaradas de Churchill durante el gran conflicto en contra de los enemigos de Gran Bretaña; en las grandes mansiones y en las casas modestas por todo el país, una nación entera contempló tan solemne espectáculo en televisión.

El arzobispo de Canterbury ofició el funeral en St. Paul; cuando se dijo el último «amén», el gran órgano inició el estimulante «Himno de Batalla de la República» americano; un gesto típicamente churchilliano pedido por él mismo.

Tras el servicio religioso, se transportó el cuerpo por la City hasta la Torre, y desde allí, embarcado en una lancha, la *Havengore*, que lo subió por el Támesis hasta la estación de Waterloo. A petición del mismo Churchill, la última parte del funeral fue privada; sólo la familia acompañó al féretro en el tren especial que le llevó al lugar de descanso final en el pequeño cementerio del pueblo de Bladon, en el condado de Oxford, donde está enterrado el resto de la familia y donde su propia tumba se encuentra



La guardia de honor velando el cadáver de Winston Churchill en Westminster.

cercana a la de su madre. Lady Churchill colocó junto a la tumba una corona con esta inscripción: «A mi querido Winston. Clemmie.»

Durante la hora más sombría en la historia del país, Winston Churchill, con sólo sus discursos, hizo más por elevar la moral de una isla asediada que ningún otro líder de Gran Bretaña. La mayor parte de dichos discursos ya tienen un sitio no sólo en la memoria de sus oyentes, sino también en la historia. Hay uno que no es muy conocido; se pronunció para el Movimiento Francés de la Resistencia en la radio de la Francia Libre, y sus últimas palabras constituyen un epitafio adecuado para el hombre que las pronunció:

«... Así pues, buenas noches. Dormid bien y recuperad vuestras fuerzas, porque el alba llegará. Se alzará, brillante para el valiente y el leal, dulce para todos los que sufren por la causa, y gloriosa sobre las tumbas de los héroes. Y así amanecerá.»

Cronología

1874 Winston Spencer Churchill, hijo mayor de lord Randolph Churchill y de lady Churchill, nace en Blenheim Palace el día 30 de noviembre.

1888 Ingresa en el curso elemental en Harrow School.

1893 Churchill estudia con un «preparador» en Londres durante seis meses con el fin de aprobar el examen de ingreso en Sandhurst. Lo consigue al tercer intento y entra en Caballería.

1894 Se gradúa en Sandhurst.

1895 El día 24 de enero muere su padre. En marzo su destino al 4.º Regimiento de Húsares aparece en el Boletín Oficial. Consigue permiso para visitar Cuba, donde el ejército español ha entrado en acción contra una rebelión. Recibe su bautismo de fuego el día de su vigésimo primer cumpleaños. Envía artículos al *Daily Graphic* de Londres.

1896 Churchill sirve hasta 1897 como teniente segundo en la India. Estacionado al principio en Bangalore, consigue el traslado a la fuerza de campo de Malakand. Envía comunicados al *Daily Telegraph*.

1898 Churchill se une al ejército de Kitchener en Egipto, llegando a un acuerdo con el *Morning Post* londinense sobre una serie de comunicados. Toma parte en la carga del 21.º de Lanceros en la batalla de Omdurman. Se publica su primer libro, *The Malakand Field Force*.

1899 Churchill regresa a la India y participa en el equipo ganador del torneo de polo celebrado en Meerut. Abandona el ejército con el fin de entrar en política en Gran Bretaña. Se presenta a la eleccion parcial de Oldham y pierde por 1.500 votos. Octubre: parte a la guerra de los bóers como corresponsal del *Morning Post*. Capturado dos semanas después de su llegada, realiza una fuga asombrosa. Se reincorpora por un tiempo al ejército, y toma parte en la liberación de Ladysmith. Se publica *The River War*, relato de la reconquista del Sudán, y su única novela, *Savrola*.

1900 Después de entrar en Pretoria con el ejército vencedor, regresa a Gran Bretaña. Es elegido diputado conservador por Oldham en la «Elección Caqui» por una ligera mayoría y visita los Estados Unidos para dar una serie de conferencias. Se publican *London to Ladysmith* y *Hamilton's March*, dos libros sobre la guerra de Sudáfrica.

1901 El 18 de febrero, Churchill toma posesión del escaño en la Cámara de los Comunes por primera vez, y pronuncia su discurso inaugural.

1904 Tras tener constantes y crecientes fricciones y desacuerdos con el Gobierno de Balfour sobre la política proteccionista de Joseph Chamberlain, Churchill cruza la Cámara y se une al Partido Liberal.

1906 Churchill es elegido diputado liberal por el noroeste de Manchester. Recibe su primer cargo político oficial como subsecretario de Estado para las Colonias. Se publica la biografía de su padre, *Lord Randolph Churchill*.

1907 Hace una gira por Africa oriental.

1908 Churchill entra en el gabinete de Asquith como ministro de Comercio. Derrotado en una elección parcial en Oldham, pasa a ser diputado por Dundee. Se casa con la señorita Clementine Hozier el día 12 de septiembre. Se publica *My African Journey*.

1909 Churchill interviene, de forma importante, en el progresivo programa de legislación social del Gobierno: se establecen consejos sindicales, bolsas de trabajo, seguros de desempleo y enfermedad, etc. Se convierte en un defensor del polémico «Presupuesto del Pueblo» de Lloyd George, en la lucha contra el veto de la Cámara de los Lores. Nace su primera hija, Diana, el 11 de julio. Se publica *The People's Rights*.

1910 Churchill es reelegido diputado liberal por Dundee y es nombrado ministro del Interior.

1911 Octubre: le nombran primer lord del Almirantazgo. Nace su único hijo, Randolph, el 28 de mayo.

1912-14 Churchill moderniza la Marina; se interesa por la aviación, estableciendo el Cuerpo de Vuelo de la Marina Real, y hace que se construya una primitiva versión del tanque («la locura de Winston»).

1914 Octubre: organiza y acompaña a la expedición de Amberes. Noviembre: vuelve a llamar a lord Fisher como primer almirante. Nacimiento de su segunda hija, Sarah, el 7 de octubre.

1915 Febrero: Churchill crea un comité para los vehículos terrestres en el Almirantazgo para apresurar la producción de tanques. Tras el fracaso de la expedición de los Dardanelos, Churchill se ve obligado a abandonar el Almirantazgo, y acepta el cargo de canciller del ducado de Lancaster. El 11 de noviembre presenta su dimisión del gabinete para servir en Francia.

1916 Tras seis meses de lucha en las trincheras, el batallón de Churchill es absorbido, regresando él a la vida civil.

1917 Lloyd George nombra a Churchill ministro de Armamento.

1918 Churchill es reelegido diputado liberal por Dundee. Es nombrado secretario de Estado para la Guerra y el Aire. Nace su tercera hija, Marigold Frances, el 15 de noviembre (muere el 23 de agosto de 1921).

1919 Durante una salida aérea, Churchill se estrella con su aparato en Croydon, pero escapa sin sufrir daño alguno.

1921 Churchill es nombrado secretario para las Colonias, forma parte del Comité de Gobierno que negocia un tratado con los líderes de la Rebelión Irlandesa. En la Conferencia de El Cairo, Churchill negocia un acuerdo para Oriente Medio, con T. E. Lawrence como consejero suyo.

1922 Churchill se presenta como liberal nacional por Dundee a las elecciones generales; es derrotado por 1.200 votos. Se le hace Compañero de Honor. Nace su cuarta hija, Mary, el día 15 de septiembre.

1923 Se presenta a una elección parcial en Leicester West como liberal nacional; es derrotado por 4.000 votos. Se publica el primer volumen de *La crisis mundial: 1911-1918*.

1924 De nuevo es derrotado en una elección parcial en Westminster. En la elección general de octubre, es elegido diputado constitucionalista por Epping por una gran mayoría; es nombrado ministro de Hacienda en el Gobierno de Baldwin. Se reincorpora al partido conservador.

1925 Primer presupuesto de Churchill: anuncia el regreso al patrón oro para reforzar la libra esterlina.

1926 Durante la huelga general, Churchill edita la *British Gazette*.

1927 Churchill visita a Mussolini en Roma.

1929 Es reelegido diputado conservador por Epping.

1930 Churchill riñe con Baldwin debido a la política seguida por éste en la India. Se publica *Mis años mozos*, autobiografía.

1931 En enero presenta su dimisión del «gabinete en la Oposición» conservador por el tema de la India. Es reelegido como diputado conservador; visita los Estados Unidos y, en diciembre, un taxi le atropella en Nueva York.

1932 Se publica *Pensamientos y aventuras*.

1933 En agosto, Churchill pronuncia un discurso advirtiendo sobre el rearme alemán. Publicación del primer volumen de *Marlborough, his Life and Times* (el cuarto y último volumen se publicó en 1938).

1935 Es reelegido diputado conservador por Epping por una gran mayoría. Alemania presenta una protesta diplomática por un artículo de Churchill, en el que advierte de nuevo contra las intenciones de Hitler.

1936 Noviembre: Churchill exige una investigación parlamentaria en el estado de las defensas de la nación y ataca la política seguida por el Gobierno. Diciembre: le llaman para que sirva de asesor al rey Eduardo VIII en la crisis de la abdicación.

1937 Se publica *Grandes contemporáneos*.

1938 En marzo, Churchill visita París y tiene una serie de reuniones con dirigentes franceses. Octubre: describe el Acuerdo de Munich como «una derrota sin guerra».

1939 Julio: Churchill visita el frente de la Renania francesa. El 3 de septiembre, con el inicio de la guerra, forma parte del gabinete de Guerra como primer lord del Almirantazgo en el Gobierno de Chamberlain.

1940 Llamado por el rey, se convierte en el primer ministro y ministro de Defensa el día 11 de mayo; forma un Gobierno de coalición nacional en el que se incluyen los partidos laborista y liberal. Pronuncia el discurso de «sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor» el día 13; el 15 de mayo, Churchill manda un mensaje a Roosevelt en el que se pide el préstamo de viejos destructores americanos; visita por cuarta vez Francia en junio y entabla discusiones con el Gobierno Reynaud; el gabinete francés rechaza su oferta de la unión anglo-francesa. En julio ordena al almirante Somerville que hunda los buques franceses anclados en Orán si no cumplen las condiciones. En septiembre pronuncia su discurso de la «Batalla de Inglaterra», y pide la formación de unidades de comandos.

1941 Marzo: Churchill decide enviar fuerzas a Grecia. Junio: promete ayudar a Rusia cuando sea atacada por Alemania. En agosto se encuentra con Roosevelt a bordo del H. M. S. *Prince of Wales* en el Atlántico, y ambos firman la Carta del Atlántico. Diciembre: después de la entrada del Japón en la guerra, Churchill visita Canadá y los Estados Unidos, donde habla ante el Congreso.

1942 Churchill firma el Pacto de las Naciones Unidas en Washington (1 de enero). Regresa a Gran Bretaña, nombra a Attlee primer ministro delegado, y a Cripps, lord del Sello Privado y portavoz del Gobierno en la Cámara. En marzo envía a Cripps a la India con la oferta de concederles el estatuto de Dominio tras la guerra. Mayo: Churchill habla con Molotov en Londres. Junio: vuelve a los Estados Unidos de nuevo, donde tiene su primer encuentro con Eisenhower. A su vuelta a Gran Bretaña, una moción de «censura» presentada ante los Comunes es derrotada por 465 votos contra 25; toma la decisión de ocupar el África del Norte francesa y vuela a El Cairo en agosto; le da a Montgomery el mando del 8.º Ejército y nombra a Alexander comandante en jefe del Medio Oriente. El 12 de agosto Churchill visita en Moscú a Stalin.

1943 Enero: Churchill celebra una conferencia con Roosevelt en Casablanca. Octubre: tras un cambio de cartas con Stalin sobre los convoyes árticos, se niega a aceptar una nota y envía a Eden a Moscú. Noviembre: Churchill celebra una conferencia con Eisenhower y Alexander en Malta; asiste a la Conferencia de El Cairo con Roosevelt y Chiang Kaishek, y se encuentra de nuevo con Roosevelt y Stalin en Teherán. En diciembre contrae una pulmonía y convalece en Marráquex.

1944 El 15 de mayo celebra la última conferencia antes del Día *D*. 10 de junio: visita las playas de Normandía. En julio visita a Montgomery; en agosto habla con Tito en Nápoles y tiene una audiencia con el papa en Roma. En septiembre se encuentra con Roosevelt de nuevo en Quebec, luego con Stalin en Moscú (octubre) y con De Gaulle en el París liberado (noviembre).

1945 Febrero: Churchill asiste a la Conferencia de Yalta con Roosevelt y Stalin. 8 de mayo: Churchill anuncia el fin de la guerra en Europa en la Cámara de los Comunes. 23 de mayo: tras la ruptura de la coalición, Churchill forma el «Gobierno provisional» hasta las elecciones generales. 16 de julio: llega a Berlín para la Conferencia de Potsdam y se encuentra por primera vez con Truman. Está de acuerdo con el uso de la bomba atómica contra Japón. 26 de julio: se conocen los resultados de las elecciones generales. Derrota conservadora: Attlee sucede a Churchill como primer ministro.

1946 Churchill recibe la medalla de la Orden del Mérito. En septiembre, pide la creación de los Estados Unidos de Europa, en Zurich.

1948 Abril: Churchill es nombrado primer Académico Real de Honor Extraordinario. Mayo: inaugura el Congreso de Europa en La Haya. Se publica el primer volumen de *La II Guerra Mundial*.

1950 En febrero Churchill sugiere en Edimburgo una conferencia con Rusia, «al más alto nivel». Es reelegido diputado conservador por Woodford.

1951 26 de octubre: Churchill es de nuevo primer ministro tras la derrota laborista en las elecciones generales. En diciembre navega hacia Washington para celebrar una entrevista con Truman.

1952 Enero: Churchill visita Ottawa. Marzo: entrega el Ministerio de Defensa al mariscal de campo Alexander. Diciembre: durante unas vacaciones en Jamaica habla con Eisenhower.

1953 1 de abril: anticipándose a la coronación de la reina Isabel II, se nombra a Churchill Caballero de la Jarretera. Se le concede el premio Nobel de Literatura en octubre, y en diciembre asiste a la Conferencia de las Bermudas con Eisenhower y Laniel.

1954 Junio: Churchill visita a Eisenhower y firma el Tratado del Potomac.

1955 5 de abril: Churchill dimite como primer ministro y se retira a la vida privada. Le sucede sir Anthony Eden.

1956 Comienza la publicación de *Historia de los pueblos de habla inglesa*.

1959 Churchill visita Marruecos y Estados Unidos.

1962 Tiene un accidente en el sur de Francia y se fractura el fémur.

1963 Abril: el presidente Kennedy nombra a Churchill ciudadano de honor de los Estados Unidos de América.

1964 Julio: la Cámara de los Comunes aprueba una moción sobre Churchill «haciendo constar en actas la limitada admiración y gratitud por sus servicios al Parlamento, la nación y el mundo».

1965 10 de enero: Churchill sufre un grave ataque y muere tranquilamente en el sueño dos semanas después (24 de enero).

Testimonios

G. W. Steevens
Si sigue asl, a los treinta años se le habrá quedado pequeño el Parlamento, y a los cuarenta, Inglaterra.

Wickham Steed
Aunque le tocara vivir una situación que no pudiera desdramatizar, sería el mejor primer ministro que hayamos tenido nunca.

Charles de Gaulle
En junio de 1940, Churchill me pareció un hombre capaz de asumir con garantías de éxito la tarea más ardua y al mismo tiempo más grandiosa. Poseía en alto grado un juicio certero, una cultura extraordinaria y un profundo conocimiento de los problemas, países y personas a los que se enfrentaba, y además sentía verdadera pasión por el oficio de las armas. Era, en lo más hondo de su ser, un hombre nacido para la acción, para arrostrar peligros y desempeñar un papel relevante, y lo desempeñaba con plena dedicación y fría objetividad. En una palabra, le encontré firme y sereno como un capitán al mando de su navío. El futuro confirmó esta primera impresión mía, con un único añadido: mi descubrimiento de la peculiar y personal elocuencia de Churchill, y del perfecto dominio que tenía de ese arte. [...] Con él supo sacar a los ingleses de su tradicional indiferencia, y también con él sorprendió a personajes de gran talla de otras naciones. Su humor, con el que impregnaba sus gestos e iniciativas, y su virtuosismo, del que se servía para mostrar placidez en un momento y cólera al siguiente, evidenciaban su dominio del terrible juego en el que estaba sumido. Entre nosotros ha habido fricciones y escenas penosas, derivadas de la incompatibilidad de caracteres, de los intereses encontrados entre nuestros dos países y del abuso que Inglaterra ejercía sobre la maltrecha y debilitada Francia; a decir verdad, todo esto ha influido en mi actitud, pero no en mi juicio. Desde el principio al fin del drama, Winston Churchill fue para mí el gran Maestro de una gran Obra, y el gran artista de una gran Historia.

Dwight D. Eisenhower
A mis ojos, Churchill encarnaba la valentía y capacidad de resistencia de los ingleses en momentos de apuro, y su conservadurismo a la hora del éxito. Cuando se discrepaba de sus opiniones —y por fuerza llegaba el momento en que así sucedía— era un oponente difícil. Recurría a la retórica, incluso en una discusión de hombre a hombre, y esta actitud, a la vista de su tenacidad a toda prueba, era natural y lógica. Mostraba también cólera o humor dependiendo de las circunstancias. Cuando no estaba de acuerdo con una decisión, insistía una y otra vez sobre el asunto para que se reconsiderara. Pero tan pronto como la acción se ponía en marcha, olvidaba por completo el pasado para dedicar todas sus fuerzas a que tuviera éxito. Siempre intentaba ir más allá de lo que él mismo había prometido. Algunas de las operaciones fundamentales en el trascurso de la guerra hube de llevarlas a cabo contra el parecer de Churchill; en esas circunstancias yo me mantenía dentro de las atribuciones de mi mando, y él se limitaba a intentar persuadirme o a luchar para que se cambiara la estrategia de conjunto de los aliados. Con todo, he de reconocer que mi misión hubiera sido infinitamente más difícil sin su generosidad y entrega.

Adolf Hitler
¿Acaso Churchill, ese sujeto charlatán, borracho, embustero y holgazán, ha levantado algo de valor y duradero? De no haber acaecido esta guerra, los siglos venideros me habrían considerado a mí el forjador de grandes obras en tiempos de paz. En esta guerra el tiro le ha salido por la culata a Mr. Churchill, así que ¿quién hablará de él? No hay duda de que se recordará como el aniquilador de un Imperio, a él, y no a nosotros. Es uno de esos detestables personajes de la Historia Universal caracterizados por su erostratismo, un ser incapaz de crear o hacer algo positivo, un hombre sólo apto para destruir.

Lady Violet Bonham-Carter (Violet Asquith)
Estaba tan convencido de sus propias opiniones, que los demás para él no contaban, ni siquiera los que permanecían inmersos en su misma situación. No prestó oídos a nadie, porque era un enemigo, no un receptor: únicamente se interesaba por su propio mensaje y por la manera de hacerlo audible. Carecía de la receptibilidad o flexibilidad servil del demagogo. Keynes comparó en una ocasión a Lloyd George con un prisma «que capta y refracta la luz, y resplandece tanto más cuanto de más direcciones le llega». No es éste el caso de Churchill: él nunca recibió o reflejó luces ajenas. El era la fuente de la luz, un rayo intenso, directo y concentrado. Y este es precisamente uno de los motivos por los que los ingleses apartaron los ojos de él, parpadearon, como quien dice, durante dilatados periodos de su vida política: la gente desconfía de lo que brilla demasiado, no le gusta mirar de frente a la luz.

Herbert George Wells
Cree, llevado de su ingenuidad, que pertenece al círculo de los elegidos, de esos que opinan que un poder superior les ha entregado la vida de los mortales corrientes para que la utilicen como materia prima en la consecución de sus hazañas. Es un hombre fantasioso y poseído por sueños de grandeza. A este respecto sus fantasías oníricas son muy similares a las de d'Annunzio. Si éste hubiera sido inglés, se hubiera convertido en un Churchill; y si éste hubiera sido italiano, se hubiera convertido en un d'Annunzio... Churchill ansía por encima de todo un teatro del mundo repleto de rufianes y con un solo héroe: él.

George Bernard Shaw
Hay una pregunta que me gustaría sobremanera plantear a Churchill, y es la siguiente: si pudiera vivir otra vez, ¿malgastaría su vida en la Cámara de los Comunes —como así lo hizo— luchando dentro de un sistema parlamentario? Sobre todo teniendo en cuenta que su verdadera carrera fue la de soldado y escritor.

Bibliografía

Algunas ediciones en castellano de las obras de Churchill

Churchill: obras escogidas. Madrid, Aguilar, 1969.
Historia de los pueblos de habla inglesa. Barcelona, Luis de Caralt Editor, 1960. (6 vols.)

Obras sobre Churchill

ALESIO ROBLES, M.: *Winston Churchill*. México, Botas, 1943.
BALANYA, E. S.: *Winston Churchill. Vida de un hombre de acción*. Madrid, Pace, 1944.
BLACK, E.: *Churchill*. Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1972.
BROAD, L.: *Winston Churchill*. Madrid, Ediciones Pegaso, 1944.
CHASTENET, J.: *Churchill y la Inglaterra del siglo XX*. Barcelona, Editorial Ariel, 1957.
GUIFFAN, J.: *Churchill*. Paris, Masson, 1978.
KIERNAN, R. H.: *Churchill. Biografía*. Barcelona, Aymá, 1944.
MERTENS, A. Th.: *Churchill*. Barcelona, Editorial Argos-Vergara, 1970.
LORD MORAN: *Winston Churchill. Memorias de su médico*. Madrid, Taurus Ediciones, 1967.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumemberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway**, por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.